

CRÍMENES DRAMÁTICOS

UNA NOVELA NEGRA DE SUSPENSE E INTRIGA

A woman with long dark hair, wearing a dark red blazer and a purple skirt, lies motionless on a cobblestone street at night. The scene is dimly lit, with a tree trunk visible on the left and a building facade in the background. The overall mood is somber and mysterious.

ADRIÁN Y MIGUEL

ARAGÓN

Crímenes dramáticos

Adrián y Miguel Aragón

Edición Amazon Kindle

Copyright © 2019 Adrián Aragón

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

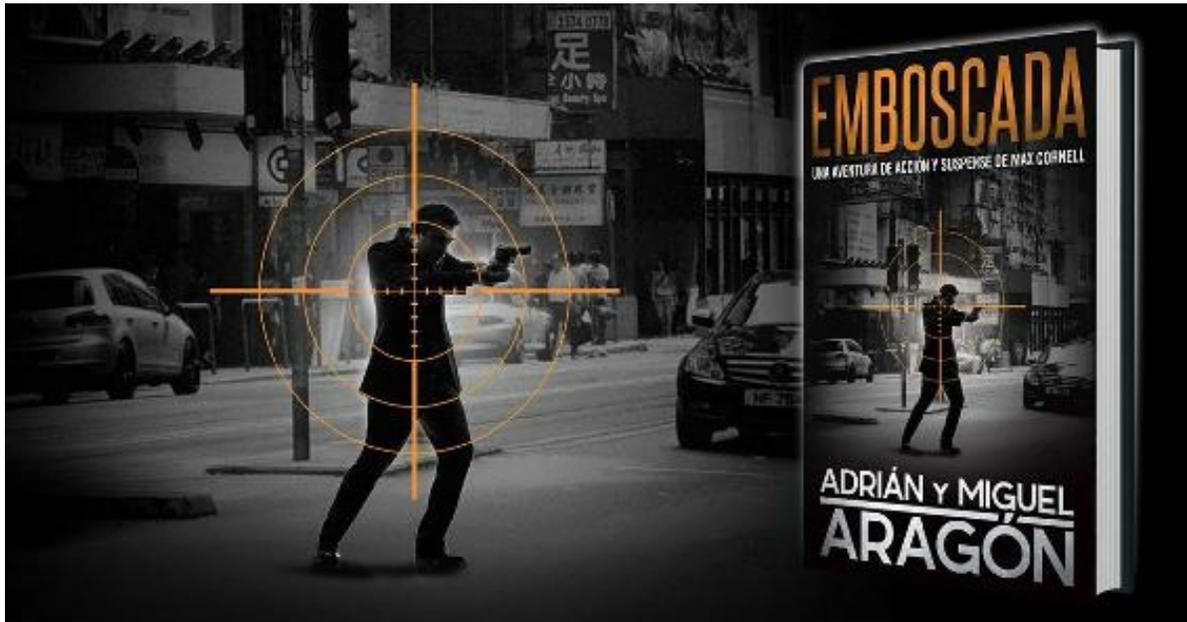
Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Consultores de publicación y marketing

Lama Jabr y José Higa

Sídney, Australia

www.autopublicamos.com



Suscríbase a nuestra lista de correo para obtener una copia gratis de «Emboscada: Max Cornell thrillers de acción nº 1» y mantenerlo informado sobre noticias y futuras publicaciones de Adrián y Miguel Aragón. Haga clic [AQUÍ](#)

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Nota de los autores](#)

[Otras obras de Adrián y Miguel Aragón](#)

Capítulo 1

William Bell llega en taxi al taller de los hermanos Muffin. Le dijeron que su querido Mustang estaba listo. Cuando se acerca a uno de los mecánicos para preguntar por su coche, se queda de una pieza al ver aquel conocido rostro.

—Mike, ¡Mike Cummings!, ¿eres tú?

—Bill, viejo zorro, qué alegría verte. Claro que soy yo —dice Michael Cummings, mecánico jefe del taller de los Muffin—. Cuántos años hace que no te veía. Espera, espera, no me lo digas, tú eres el poli dueño de ese precioso caballito salvaje, ¿a que sí? De manera que te has hecho policía. Vaya, vaya con el señorito Bell...

William ríe ante la irónica insinuación de su antiguo compañero de estudios.

—Así es la vida, Mike. No sabía que lo tuyo era la mecánica. Por aquel tiempo te iban más otro tipo de motores...

—Sí, ja, ja. Motores de dos grandes y potentes pechos y glúteos turboalimentados, cierto. Eso se acabó. Estoy casado —dice mostrando a Bell su anillo— y tengo dos preciosas niñas. Pero sí, no era mal mecánico por entonces, ahora que no me oye Liza.

—¿Es tuyo esto?

—No, es de un par de colegas, los hermanos Muffin. Bueno, era, ahora uno de ellos está muerto. El otro apenas viene por aquí. Yo soy el encargado, pero sigo metiendo estos gruesos dedos en el interior de mis queridos motores. No me va mal, estoy contento.

—Dime, ¿has sido tú el que ha reparado mi coche?

—Yo en persona, amigo. Está perfecto, créeme. Si hubiera algún problema te lo diría, pero casi todo era chapa. Lo que sí hubo que hacer fue rectificar la dirección y un par de cosillas más, pero el motor, que es el corazón, estaba

intacto. ¿Quieres verlo? Está ahí, bajo esa lona.

—Más tarde. Ahora me gustaría tomarme algo contigo y recordar los viejos tiempos, si dispones de un rato libre.

—Hay trabajo, pero esta visita tan ilustre merece una pausa. Hoy estamos todos, así que los muchachos podrán ir haciéndose con todo, son rápidos trabajando. Vamos, hay aquí un bar de portorriqueños donde la cerveza sabe mejor que en ningún lugar de Miami.

Capítulo 2

Mientras saborean una cerveza helada de medio litro, el par de amigos se ponen al día sobre sus últimos años de vida. Michael le cuenta a William cómo empezó en la mecánica automotriz por pura casualidad. Un día, mientras llevaba a casa a una mulata caribeña impresionante, pinchó una rueda. Empezó a cambiarla, y lo estaba haciendo tan torpemente que ella se bajó del coche y lo apartó, poniendo la rueda en dos minutos, dejándolo de una pieza. Ese día se dijo que aprendería mecánica para no volver a hacer el ridículo delante de ninguna mujer.

—¿Te has hecho mecánico porque una tía cambió aquella rueda mejor que tú, en serio? —pregunta Bell frunciendo el ceño.

—Como te lo cuento. Ni siquiera pude besarla después de aquello. La llevé a casa, no dijimos palabra, ella se bajó y yo me fui de allí chillando rueda, justo la que ella acababa de cambiar. ¡Qué vergüenza pasé! Llamé a un colega que tiene un taller en Coral Terrace y le dije que me metiera a aprender, aunque fuera gratis. Y así lo hizo, el cabronazo no me pagó ni un céntimo durante aquel verano. Tres meses gratis, pero aprendí muchísimo. Después mi hermano consiguió meterme aquí.

—Tu hermano Jerry, lo recuerdo. Apuntaba maneras como boxeador ya desde niño. Por cierto, ¿qué pasó con él? Fue campeón de los pesados, vi aquel combate con ese ruso del demonio tan rocoso.

—Exacto, Bill. El problema fue justo ese ruso. El gancho de mi hermano, con el que ganó el combate, le produjo fractura mandibular y cuando cayó se rompió una vértebra. Estuvo muy mal el ruso, tuvo que abandonar como profesional. Mi hermano se llegó a sentir tan culpable que dejó el boxeo también. Yo me alegro, acaban todos muy tocados físicamente. Ese combate lo hizo millonario y ha sabido administrar bien su dinero. Ahora es un exitoso

empresario. Es un gran tío, es mi héroe, mi hermano mayor, lo es todo para mí. Viene siempre aquí a cambiar las ruedas o el aceite de sus tres coches. Un día te lo presento. Pero cuéntame un poco de ti, señor policía.

—Soy detective, estoy en el Departamento de Homicidios de la ciudad de Miami. He trabajado siempre solo, pero ahora tengo un compañero. Un blanco, Mike, un yogur, es más pálido que la leche.

Michael ríe con ganas, pero contiene las carcajadas ante el gesto con la mano de Bell.

—Me ha salvado la vida. En nuestro primer caso juntos, el de las rosas negras, puso dos balas en la frente del que estuvo a esto de darme *matarile*. Impresionante, en serio. Es un chico gordito, aunque estoy poniéndole en forma. Está mucho mejor, parece blando y lento, pero con una pistola en las manos es dinamita pura, letal. O sea, aunque parezca lo contrario, es el compañero perfecto. Aposté con el jefe a que no duraría un mes en la comisaría, pero nos ganó la apuesta el cabrón.

—Miami es una ciudad muy sucia, Bill, tendrás que tener mucho cuidado, cada vez hay más crimen, lo envuelve todo.

—He estado a punto de palmarla varias veces, pero aquí sigo. Alguien tiene que hacer el trabajo sucio y sacar la basura, ¿no crees?

—Desde luego. ¿Y cómo lo llevas? Quiero decir, ¿te gusta tu profesión?

—No se trata de gustos, Mike, tío, se trata de si vales o no vales. Yo valgo para esto y, de momento, sigo. Tenía muchas ambiciones, quería llegar a comisario jefe pronto, pero ahora... no lo sé. Simplemente detengo hijoputas que luego, a veces, cuando tienen demasiada pasta, salen por otra puerta, riéndose en mis narices. Me la tienen jurada, lo sé, un día caeré, pero por el momento les hago caer yo a ellos, y reza para que siga así.

—Lo haré, Bill, amigo. Bueno, ahora disculpa, pero debo regresar al taller.

—Yo también tengo mucho trabajo. Me ha encantado volver a verte. Vamos a ver cómo ha quedado mi caballito.

Capítulo 3

Esa misma mañana, mientras Bell de parte con su viejo amigo, Darren Wachowski machaca su cuerpo en un gimnasio cercano a donde vive. Algunas semanas entrenando a fondo en casa de su compañero, Bell, le hicieron albergar esperanzas en tener un mejor cuerpo que lo volviera más ágil en las persecuciones. Ya había bajado seis kilos, pero aún le quedaban muchos más por perder. Era su primer día en este gimnasio; está corriendo en la bicicleta estática con un programa que simulaba escalar puertos de montaña. Lleva treinta minutos pedaleando y suda a mares. La entrenadora personal que se ocupa de sus ejercicios se acerca a Darren.

—Bien, señor Wachowski, no está mal, veo que con la bicicleta no tiene problemas. Bueno, ya hemos calentado. Ahora vamos a hacer un circuito para conocer algunas de las máquinas. Lo haremos rápido, en veinte minutos. De momento, hoy, solo quiero que se familiarice con la ejecución de los movimientos. Apenas pondremos cargas, no se preocupe.

—No, si no me preocupo. Después de entrenar con William, cualquier otra cosa me va a parecer gloria bendita.

—¿Ese William es su compañero de trabajo del que me ha hablado al entrar?

—El mismo, un tío que parece hecho para hacer flexiones, dominadas, abdominales y todo tipo de ejercicio agotador.

—Bueno, pues no quiero que aquí se sienta demasiado cómodo entonces. Esto no es un hotel, aquí se viene a trabajar el cuerpo y a quemar grasas — dice la joven, una rubia de ojos verdes con ropa deportiva bastante ajustada que hace las delicias de Darren.

—Hombre, me gustaría sobrevivir, si no es molestia, tampoco se tome mis palabras al pie de la letra. Soy un tipo que no ha hecho deporte casi nunca,

estoy empezando.

Helen, la entrenadora, ríe con ganas la ocurrencia del cliente mientras le explica la dinámica de una máquina para trabajar hombros y pectorales. Ella se sienta y hace, despacio, los movimientos, indicándole cuándo coger aire y cuándo expulsarlo. Le insiste en la importancia de la respiración para poder ser más efectivo. Él apenas escucha, solo tiene ojos para su trabajado y atractivo cuerpo, aunque trata de disimular sin saber bien dónde mirar. Decide centrarse en sus grandes ojos y en su bonita boca, pequeña, de labios finos.

Capítulo 4

Bell ya conduce su querido Mustang por las amplias carreteras de Miami. Se lo han dejado impecable. No nota ningún problema; acelera, confiado, deseando escuchar el bramido profundo de ese motor que tanto ha echado de menos mientras se ha visto obligado a estar sin él. No se percata de que circula ya a casi ciento ochenta kilómetros por hora. Cuando fija su atención en el velocímetro descubre que dos motocicletas de la Policía lo persiguen. «Lo que faltaba, una multa nada más cogerlo». En ese preciso instante su móvil suena. Es de la comisaría. Acaban de descubrir el cadáver de una mujer. Detiene el vehículo en el arcén y espera que uno de los agentes, el que ha detenido la moto delante del Mustang, se acerque a su ventanilla.

—Buenos días, señor. Conducía usted muy deprisa.

—Lo sé, compañero. Aquí tiene mi placa, acaban de llamarme acerca del homicidio de una mujer, por eso iba tan deprisa. Si no os importa, ponedme la multa rápido, porque no puedo detenerme más.

—Por favor, continúe, detective Bell, lo conozco. No sabíamos que era usted. Disculpe, que tenga buen día.

—Gracias. Iré un poco más despacio esta vez.

William llega a la escena del crimen. Los chicos del forense se encuentran ya ahí, al completo, bajo las órdenes de Julius Stanford. Localiza el coche de Darren, «el caldero», como lo llama Bell, y aparca justo detrás de él. Tras atravesar las cintas amarillas que contienen el paso a los ciudadanos, se encuentra con un cuerpo tendido en el suelo, cubierto con una manta gris. Darren está ahí, junto al cadáver.

—Buenos días, Bill.

—Resume, Darren.

—Mujer joven, de unos treinta años, de apariencia latina, muy bella. Está muy arreglada, es probable que la mataran al salir de la ópera —explica Wachowski, sucinto.

—¿Qué opinas? —añade.

—¿Qué voy a opinar, Darren, colega? No hay nada sobre lo que pensar, no sabemos nada aún. Que es terrible, desde luego, pero nada nuevo bajo el sol, un crimen más en esta ciudad llena de corrupción y ansias de dinero fácil.

Están en Biscayne Boulevard, muy cerca del edificio Florida Grand Opera. Por la noche tuvo lugar la actuación estelar de tres famosos tenores y el éxito fue colosal. Demasiada gente, innumerables testigos, se dice Bell, pensativo.

El forense jefe, Stanford, se acerca a Wachowski y Bell. Aún no ha echado un vistazo al cuerpo, acaba de llegar. Tras un imperceptible saludo con la cabeza, se agacha para retirar la manta y observar el rostro de la muerta. Un silbido llama la atención de ambos detectives, especialmente de William, que conoce bien a Julius y sabe que eso no es nada frecuente en él.

—¿Qué ocurre, Julius? ¿A qué viene ese silbido? ¿Acaso la conoces? —pregunta Bell muy sorprendido de la reacción del tranquilo forense.

—¿Que si la conozco? Muchachos, ¿vosotros la habéis mirado bien? Echad una nueva ojeada, por favor.

Tanto Darren como William miran con detenimiento, en silencio, el rostro de esa mujer de gran belleza, pero no la reconoce ninguno de los dos. Ambos mueven los hombros al mismo tiempo dando a entender que, por más que miren, si el médico no les ayuda se quedarán sin saber la identidad de tan famoso personaje.

—Vaya, creí que todo el país conocía a Sandra Álvares —exclama Stanford, sorprendido a su vez de la ignorancia de esa pareja.

Julius deja unos segundos para que rebusquen en su memoria, pero, al

parecer, ese nombre no les dice nada de nada.

—¿Ni siquiera el nombre os suena? Bien, es una famosísima actriz de telenovelas. No me digáis que no habéis visto ni un solo capítulo de *Reflejo de luna*. ¡Qué culebrón! Todas las mujeres del país estaban enganchadas. Y no pocos hombres, por cierto, aunque muchos no quieran reconocerlo.

—¿Eres tú uno de ellos, Julius? —pregunta Bell sin mucho interés, solo por seguir el tema que ha iniciado el médico forense.

—Alguno vi con mi madre. Cuando voy a verla le gusta que me siente con ella a mirar alguno de sus programas favoritos, que suelen ser este tipo de series melodramáticas y exageradas. Pobre, la noticia la va a dejar de una pieza. No seré yo quien le informe, ya se enterará por las noticias. Es ella, no hay duda.

A continuación, Stanford, junto con dos ayudantes, se dedica a hacer una primera inspección ocular del cadáver.

—Ahora una actriz de culebrones, Bill —murmura Darren—, ¿qué está ocurriendo en el mundo del espectáculo? ¿Se han vuelto todos locos?

—¿Quiénes exactamente, querido Wachowski? —responde preguntando su compañero.

—Ya sabes a qué me refiero. Podría tratarse, de nuevo, de celos profesionales, envidias, etc.

—Es muy pronto para sacar conclusiones, Darren. Vamos a ver qué dice Julius. De momento, voy a echar un vistazo por aquí.

Tanto Bell como Wachowski se dedican a inspeccionar la zona, a la búsqueda de algo con lo que iniciar las pesquisas, mientras esperan el informe preliminar del forense. Darren se pone sus guantes blancos de látex por si acaso. Cuando se ha terminado de ajustar el segundo descubre, entre unas maderas, un trozo de tubería. No sabe por qué, pero intuye que tiene que cogerla, le ha llamado la atención.

—¡Bingo! —exclama.

Bell se acerca a su compañero a la carrera, preguntándole qué ha encontrado.

—Mira, aquí hay restos de lo que podría ser sangre. He visto esa tubería ahí tirada y, sin saber por qué, me he acercado y la he sacado de entre esas tablas.

—Intuición, muchacho. Bienvenido al maravilloso mundo del detective perdido en un mar de objetos, de los que, sin saber bien cómo, ha de hallar los que de verdad importan.

Se acercan al cadáver, donde el forense sigue inspeccionando partes del cuerpo.

—La muerte parece ser debida a una fuerte contusión en la nuca, justamente aquí —dice señalando un punto concreto de la parte posterior de la cabeza de la mujer, donde hay restos de sangre seca y un gran chichón.

—He encontrado este trozo de tubería, en el extremo hay lo que parece ser sangre seca —dice Darren entregando la tubería a uno de los policías.

—Analízalo cuanto antes —ordena Bell al agente que la recoge, guardándola meticulosamente dentro de una bolsa transparente.

—No suele haber restos de sangre visible en los objetos, a no ser que en este caso golpearan varias veces. Un solo y fuerte golpe deja restos de tejidos del cuero cabelludo o de la piel, pero raramente sangre si se ha producido un solo golpe —explica con su lenta cadencia el forense—. Pero viendo la herida, no parece que hubiera más de un golpe. Todo esto lo aclararé en la autopsia, aquí no lo aprecio bien, sin mis lámparas; ya veremos.

Bell pregunta a los policías que han llegado en primer lugar si han encontrado algo junto a la víctima, algún objeto personal, llaves, bolsas. Le contestan que nada de nada, estaba así, tirada, con el vestido de noche. William se queda pensativo. En un principio lo más lógico es pensar en el

asalto, un robo con violencia, con resultado de muerte, quizá no deseada. Pero esas solo son, se dice, conjeturas que luego no llevan a ninguna parte.

Capítulo 5

Tanto Darren como William se apartan de la escena del crimen. Bell necesita saber las impresiones de Wachowski sobre ese asesinato, pero prefiere hablarlo a solas.

—Dime, Darren, tú has llegado antes que yo. Cuando has venido, ¿ella no tenía ningún bolso cerca? ¿Sabes si lo han cogido, quizá, los muchachos?

—Un bolso, dices...

—Sí, hombre, me refiero a los típicos bolsos pequeños, de mano, que llevan las mujeres a una fiesta especial cuando van muy arregladas, no el clásico bolsón de cuando van simplemente a la calle o al trabajo. ¿Sabes a cuáles me refiero?

—Sí, sí, por supuesto. Estoy pensando... No, ni lo he visto ni me han dicho que lo hayan hallado. De hecho, me han dicho claramente que no han encontrado ningún objeto personal de ella, eso es seguro. Es muy extraño, sí, a no ser que ese haya sido el motivo del asesinato, robarle el bolso quizá.

—Me parece improbable que saliera de su casa, o de donde viniera, de esta manera, sin algún bolso, grande o pequeño, aunque tampoco sería imposible, por supuesto. Pero al menos un teléfono, no sé... —dice Bell más para sí mismo que para su compañero.

—Estoy de acuerdo contigo, William, tienen que haberse llevado algo, sí. La lógica así lo dice —responde Wachowski.

—Tenemos mucho trabajo por delante, Darren. Ahora tendremos que interrogar uno por uno a todos los posibles sospechosos que logremos hallar. Tenemos que empezar ya. El director de la Florida Grand Opera ya está informado. En estos momentos se dirige hacia aquí. Le han dado instrucciones de que avise y haga venir a todos los porteros, aparcacoches y gente de seguridad que ha trabajado esta pasada noche —informa Bell.

Capítulo 6

Darren y William están en el interior del edificio de la ópera. Está cerrado al público y ya se encuentran presentes todas las personas que trabajaron durante la noche. Muchos de ellos tienen ojos de sueño, pues han sido despertados a lo largo de la mañana, que es cuando suelen dormir. Ninguno de ellos parece estar de buen humor para un interrogatorio policial, y menos habiendo descansado tan pocas horas.

Deciden empezar con el guardia de seguridad a cargo de las cámaras de vigilancia. Trabaja en un pequeño cuarto con varias pantallas desde el que, tanto él como dos ayudantes, observan sin cesar cuanto ocurre dentro y fuera del recinto. Es un estadounidense de origen dominicano.

—Buenos días, señor Cifuentes. Este es mi compañero, Darren Wachowski, y yo soy el detective William Bell, del Departamento de Homicidios de Miami. Acabamos de hallar, asesinada, a la señorita Sandra Álvares. Al parecer, es bastante famosa en este país. ¿Usted la reconocía si la veía venir, sabía de quién se trataba?

—Por supuesto, caballeros. ¡Quién no conoce a la gran Sandra! Es una actriz extraordinaria, no me perdía un solo capítulo de aquella serie. Si tenía que trabajar, mi mujer me grababa el capítulo para verlo luego, al volver a casa. Más de una vez le pedí un autógrafo. Siempre eran pedidos de familiares, amigos... Ya saben, uno está aquí, tiene acceso a los famosos y... Es una terrible pérdida, estoy desolado, la verdad.

—¿Recuerda haberla visto llegar anoche? —pregunta Darren sacando una libreta negra de tamaño mediano, de páginas blancas lisas, de marca Moleskine, su favorita.

—Oh, estaba deslumbrante, verdaderamente divina... ¡Qué mujer! Para mí es una de las mujeres más guapas del mundo, se lo digo como lo siento.

—¿Podría describir su atuendo? —interviene Bell, sin mencionar el asunto del bolso para no condicionarlo.

—Sandra vino ayer embutida en un ajustado y lindo vestido de color turquesa, verde o azul verdoso, ahora mismo no sabría definir el tono, pero me inclino más por el verde; sí. Estaba preciosa. Vestido verde, ajustado, con un poco de escote. Llevaba un collar, de eso me acuerdo, quizá fuera de perlas, pero eso desde aquí no se aprecia bien, como comprenderán.

—¿Algún detalle más? Pulseras, reloj... —tercia Darren.

—Es posible, pero no lo recuerdo ahora. Lo que sí recuerdo es que llevaba un bolsito muy pequeño, como de color plata o gris claro. Lo llevaba en la mano, lo recuerdo muy bien.

Darren y William se miran al mismo tiempo, en un gesto de inteligencia que no capta el guardia.

—¿Está usted seguro de este detalle, señor Cifuentes? —pregunta William.

—Del todo —responde, firme.

—Lo digo porque no se ha encontrado ningún bolso junto al cuerpo, pero, según usted, ella vino a la ópera portando un bolso de mano, un bolso pequeño, ha dicho.

—Así es, lo recuerdo bien. Así como no recuerdo si llevaba reloj u otras joyas, lo del bolso lo recuerdo, quizá me fijara por algo, o brillaba con los focos, no sé, pero recuerdo un gesto de ella, entrando, saludando con la mano, de lejos, a unas personas, con la mano izquierda, mientras con la derecha sujetaba ese bolsito.

Wachowski va apuntando todo en su Moleskine. Bell también toma alguna nota rápida en una libreta mucho más pequeña que la de su compañero, pero más gruesa.

—Perfecto, este dato es de mucho interés para nosotros. ¿Le pareció que venía sola o acompañada?

—Entró a la vez que otras dos mujeres, pero no las vi hablar entre ellas, podrían ser simples espectadoras que entraron al edificio al mismo tiempo. Eso no lo puedo decir con seguridad.

—Díganos, ¿vio también su salida tras concluir el espectáculo? —pregunta Wachowski.

—No, requirieron mi presencia y tuve que ir cerca del escenario. Mis compañeros podrán contestar a esa pregunta. Ya no volví a verla a través de las cámaras. Es todo lo que recuerdo sobre Sandra. Entró, saludó con rapidez y una sonrisa y se metió dentro. Sobre los zapatos... no llegué a verlos, el vestido era muy largo.

—Es todo, señor Cifuentes, gracias —dice Bell dando por terminado el interrogatorio a ese hombre.

A continuación deciden preguntar a uno de los aparcacoches, el único que ha venido. El otro no se encuentra en la ciudad, pues acababa de empezar sus vacaciones. Es un joven de dieciocho años, con muchos granos en la cara. Sin ellos, se dice Darren, sería guapo, pero necesita hacerse una limpieza de cutis en profundidad. Se le ve nervioso, aspecto este que, como bien conoce ya Wachowski, altera a Bell, quien no soporta que la gente se ponga nerviosa por unas simples preguntas.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —dice Bell mirándole a los ojos, lo que incrementa el nerviosismo del joven.

—Larry Cooper. No entiendo qué hago aquí. Apenas he dormido, me han dicho que teníamos que venir todos. He estado trabajando hasta muy tarde. ¿No tenemos derecho al descanso nosotros?

—No estoy ahora para disquisiciones de temas laborales que no me conciernen —casi gruñe William—. Ya estás aquí, cuanto antes contestes, antes podrás irte a seguir durmiendo. Una mujer ha sido asesinada aquí al lado. Por la noche acudió a las actuaciones de este teatro. Su nombre es

Sandra Álvares. ¿Te suena?

—No, no tengo ni idea de quién es. No conozco el nombre de los famosos, si es que lo era. Me limito a estar mis horas, aparco algunos coches, los traigo de vuelta a medida que me los piden y me voy —dice Larry con un tono desagradable, pasota y algo chulesco. Darren sabe que eso puede encender a Bell y trata de endulzar el diálogo.

—Mira, Larry, aquí tenemos algunas fotografías de ella. Míralas bien y dínos si aparcaste algún coche del que saliera esta mujer del asiento del copiloto. No sabemos cómo vino aquí.

El joven las mira un par de segundos y se las devuelve a Wachowski, negando con la cabeza.

—No la recuerdo, la verdad, lo que no significa que no viniera en coche. Somos dos. Quizá Bobby...

—Bobby está de vacaciones. Estamos tratando de localizarlo por teléfono, no vendrá —interviene Bell—. Bien, no crees haber visto ese rostro, de acuerdo. ¿Te suena haberla visto otras veces por aquí?

—Ya te digo que no la conozco, ni recuerdo su cara.

—Bien, lárgate a dormir, a ver si el sueño hace algo por tu memoria. Nada más.

—¿Nada más? De manera que hoy no voy a pegar ojo porque un par de maderos querían hacerme dos preguntas sobre una pava que...

Bell se acerca al joven, lo coge por el cuello de la camiseta y le dice algo al oído. El chico se echa a temblar, asintiendo con la cabeza. Darren no ha conseguido escuchar ni una sola palabra.

—Perdonen ustedes, me retiro, si no me necesitan más. Adiós.

—William, hombre, ¿era necesario asustarlo así?

—No voy a permitir que un niño con granos y menor de edad me insulte y desprecie mi trabajo. Si tú lo consientes, Darren, es asunto solo tuyo, pero

yo no paso ciertas cosas, lo sabes más que de sobra.

—Bueno, de momento solo sabemos que vino, pero no a qué hora salió —
dice Darren.

Capítulo 7

William piensa que quizá con los acomodadores tendrían más suerte. Todo depende del tipo de persona. Si eran como Larry, lo mejor sería volver a la comisaría, pero siempre había personas que se fijaban en los detalles. Era solo cuestión de dar con ellas. Comienzan con Ely Ross, una mujer de unos cincuenta años. Conocía bien a Sandra, no se perdía un solo capítulo de su programa. Queda muy afectada cuando le dicen que la han asesinado. La vio desde lejos, ya sentada, pero no recuerda haberla visto hablar con nadie. Dice que fue cuestión de un segundo. No volvió a verla en toda la noche, el teatro estaba a tope y había mucho que hacer.

A continuación interrogaron a Henry Smith, un hombre mayor que debería estar, por su aspecto, jubilado hace muchos años, pero ni Bell ni Wachowski se atrevieron a preguntar qué hacía trabajando a su edad.

—¿Les importa si respondo a sus preguntas sentado? —dice Henry cogiendo una banqueta de un rincón. Están en uno de los pasillos de la gran sala.

—Por favor, póngase cómodo —dice Bell, al que la educación de las personas o la ausencia de ella le afecta mucho.

—Bien, no sé si sabrá usted, Henry, que han matado a Sandra Álvares —anuncia William.

—Es una grandísima desgracia, sí. Lo sé, me lo han dicho nada más llegar al teatro. Venía mucho por aquí, era asidua de este lugar. Me gustaba mucho verla buscar su localidad. Cuántas veces la he ayudado a llegar hasta su sitio. Era tan amable, siempre sonriente... Y muy bella, claro que sí.

—De momento no conseguimos saber si vino sola o acompañada. ¿Usted la vio de cerca ayer? —pregunta Darren.

—La verdad es que, ahora que lo pienso, pero solo ahora me ha venido a

la mente, la vi en el segundo descanso de la noche. Y no, no estaba sola en ese momento. Déjenme, por favor, unos segundos para que me venga bien la imagen a mi mente. La edad... me hago viejo ya, esta memoria no funciona como antes, pero aún resiste. Sí, sí, habló con otra mujer, lo recuerdo. Estaban las dos junto a las escaleras de una de las puertas, en diferentes escalones. Sandra, al ser un poco más alta que aquella mujer, estaba un escalón por debajo de ella.

—Entiendo, Henry, perdone que le interrumpa —corta Bell—, ¿le pareció que eran amigas o simples conocidas que se saludaban?

El anciano se queda unos instantes meditando sobre la pregunta, llevándose la palma de la mano a la nuca y frotándosela. Después responde:

—A tanto no llego, si les soy sincero. No lo sé, no puedo decir otra cosa. Si eran amigas o no, me es imposible afirmarlo. Pero tanto pensar sobre esto me ha hecho recordar algo, sí. Ya les digo que ignoro la relación de ambas. Lo que sí es seguro es que la otra mujer, a la que no conozco, aunque quizá sea famosa, pero no me sonaba su cara, le dio a la señorita Álvares un objeto pequeño. Creo que era un encendedor de esos caros que funciona con gasolina, ¿saben de cuáles les hablo?

—Por supuesto, Henry —contesta Darren—. Suelen ser plateados, y hacen un ruido característico al abrirlos y cerrarlos, sí. Dígame, ¿estaba usted tan cerca como para ver esto o solo le parece que era un mechero?

—Verán, estoy viejo, sé lo que están pensando, me fallan las rodillas, la espalda, la memoria ya es peor, pero sigo teniendo una vista excelente, por eso continúo trabajando aquí. No estaba demasiado cerca, pero no lo necesito, o era un mechero o era otro objeto con una forma idéntica a un encendedor de esos. Eso se lo puedo garantizar a ustedes. Eso sí, era pequeño, alargado, plateado; claro, por eso creo que era un encendedor. No era cuadrado, tomen buena nota de eso. Algunos de esos encendedores son finos y alargados. Así

era este.

—Es perfecto, Henry, nos está ayudando usted mucho, de verdad —interviene Bell para alentarlo y que siga contándoles detalles sobre el encuentro entre las féminas.

—Dice usted que la mujer le dio a Sandra un mechero. ¿Ella lo guardó en alguna parte o lo sostuvo en la mano? —pregunta Wachowski, que no para de apuntar datos en su libreta.

—Álvares llevaba esa noche un bonito bolso, uno de esos pequeños, de fiesta, con una gran cadena, pero lo llevaba en la mano. No vi que lo guardara, más bien retuvo el objeto dentro de su mano, supongo que lo guardaría después, es obvio, pero no lo guardó de inmediato. Es muy extraño.

—Díganos, señor Smith, está usted contándolo muy bien, ¿a qué se refiere con lo de extraño? Es extraño que no lo guardara o el hecho de que le dieran un mechero, y perdone esta nueva interrupción, pero cada detalle puede ser vital en la investigación.

—Lo comprendo, claro que sí. Es la primera vez que declaro para unos detectives como ustedes. Digo que es extraño porque jamás he visto fumar a Sandra Álvares. Es cierto que no se puede fumar dentro del recinto, pero existe una sala especial para ellos, los fumadores. Sandra jamás iba. Al menos, no era fumadora compulsiva. De todas formas, bien pudo haber sido un obsequio, desde luego, pero quería que ustedes supieran este dato. Intenten confirmarlo, pero me parece que ella no fumaba.

—Es muy interesante lo que dice. Parece usted muy observador —dice Bell, admirado de la sencillez y la inteligencia de ese hombre.

—Quizá sea mi excelente vista la que me haga serlo, no lo sé. No creí tener dotes de observador, pero es posible que me fije en cosillas, sí.

—Sea como fuere —tercia Darren—, sus declaraciones nos van a ser de grandísima ayuda, no lo dude. Si recuerda algo más entre ellas...

—Ya no pude ver nada más porque me reclamaban en la sala para ayudar a quitar unos cables y otras cosas. No volví a ver a ninguna de las dos. Es todo lo que puedo decirles.

—Bien, Henry, volvamos al momento anterior a la entrega del encendedor, o ese objeto que parecía un mechero caro; ¿le pareció a usted que departieran con amabilidad, como dos amigas, o, por el contrario, discutían? —pregunta Bell. Darren lo mira, extrañado por esa pregunta, pero le deja hacer.

—Las dos reían, sobre todo la señorita Álvares. Sí, parecían contentas, no sé si bromeaban o eran simples risas sociales de las mujeres, pero me pareció que estaban a gusto, aunque estuve solo unos instantes y no da para tanto, espero que me comprendan.

—Bien, señor Smith, ya solo me gustaría que nos describiera brevemente a esa mujer —dice Darren, pensando que si no lo decía, se les iba a pasar ese trascendental dato.

—Era, como les he dicho, una mujer un poco más baja que Sandra, pero alta también, qué duda cabe. Muy bella pero muy diferente; rubia, muy pálida, de ojos claros, azules o verdes, no lo recuerdo ahora, pero claros. Sus rasgos me recordaron a una escandinava, ya sabe, los descendientes de los vikingos. Una sueca, danesa... Algo así, pero es probable que me equivoque. Llevaba un vestido negro de noche, muy elegante. Lucía un collar que parecía de perlas. Ahora mismo no recuerdo más detalles.

—Es magnífico, Henry, son muchos datos —dice Bell escribiendo a gran velocidad unas notas.

—Me alegro de haberlos ayudado.

El hombre se queda mirando a los policías, esperando alguna pregunta más. Ellos se limitan a mirar sus notas y le dicen que puede retirarse. Le piden su teléfono por si necesitaran volver a hablar con él. Darren y Bell se quedan solos en uno de los pasillos del teatro.

—Darren, un encendedor —dice William—. No tiene sentido, ¿no crees? Si fuera un regalo, habría estado envuelto. Si no fue un regalo, ¿quién da a otra persona que no fuma un mechero, y además usado? Habrá que comprobar el hecho de si Sandra fumaba o no, pero parece ser que no lo hacía. Me parece que este hombre, aunque dice que posee buena vista, no vio bien lo que le entregaba. Ha de ser otro objeto, pues esto no me cuadra de ninguna de las maneras.

—Sí, en efecto, es extraña esa entrega, a mí también me lo parece, pero no podemos descartarlo. Quizá fumara en ocasiones. Creo que, de momento, tenemos que aparcar el tema del fumar y el mechero, no vamos a salir de las meras conjeturas. Vayamos a la oficina para conseguir todos los datos posibles sobre ella. Tenemos que elegir a la persona más idónea. Lo ideal sería ir donde algún familiar, pero es demasiado pronto, la noticia los habrá destrozado.

Capítulo 8

Ya en la comisaría, Wachowski y Bell encuentran que Sandra vivía sola en Miami. Su familia brasileña está en Brasil, sus padres y seis hermanos. La embajada será la que deba hacer el trabajo de informarlos. Así, pues, deciden hablar con el director de la serie que la llevó a la fama, *Reflejo de luna*. El hombre se llama Heitor Martins y trabaja en unos estudios en las afueras de Miami, junto a una gran playa. Darren y William se presentan allí una hora después. Están filmando una miniserie de diez capítulos y a Martins no le hace ninguna gracia tener que interrumpir el rodaje. Le dicen que dos policías lo esperan en su despacho.

—¡Maldita sea! Lo que me faltaba hoy, todo está saliendo mal, mal, fatal. ¡Joder! —le grita a un subordinado.

Se dirige a su despacho a grandes pasos, dispuesto a despachar a esos polizontes en dos segundos.

—Buenos días, señores —dice abriendo la puerta de repente—. Voy a contrarreloj y no dispongo de tiempo, lo siento. Si vienen esta tarde, a última hora, quizá pueda atenderlos, pero ahora mismo me temo que será imposible.

—Seremos muy breves, señor Martins —dice Bell, que no se deja avasallar por los rudos modales del director ni por sus urgencias.

—Ya les digo que debo volver al set de grabación, disculpen. Vuelvan a las siete, por favor.

—Sandra Álvares está muerta —dice William en voz bastante baja y con cara de pocos amigos.

La noticia descoloca al hombre. Tiene cincuenta y seis años, está calvo y ostenta una gran barriga. Suda mucho. Le cambia el gesto. Busca una silla. Ya no siente urgencia por volver al rodaje. Los detectives le dejan tiempo para que asuma la noticia, no sin observarlo con mucha atención. Se sienta a su

mesa, dejándose caer como un fardo.

—Es terrible, la gran Sandra...

—Ha sido encontrada esta mañana, al amanecer, junto al teatro de la ópera de Miami. Ha sido asesinada —informa Darren con voz clara y muy despacio.

—Hemos venido, señor Martins, y esta visita es muy importante para nosotros, para conocer algunos detalles personales sobre ella. No tiene familia aquí, no sabemos quiénes son sus amigos, por eso hemos pensado en usted. Fue usted el director de esa serie en la que ella aparecía, ¿no es así?

—En efecto. Gracias a ella la serie fue un auténtico bombazo, era la estrella. Dos años y medio rodando capítulo tras capítulo. No puedo creerlo, ¿quién querría matar a una mujer así? Era buena, maravillosa, preciosa, encantadora...

—Díganos, por favor, ¿sabe si estaba con algún hombre? Formalmente, en nuestros ficheros aparece como soltera, pero una mujer así, de esa belleza, no suele estar sola.

—No tengo ni idea, desde que terminamos el rodaje apenas la he visto en un par de fiestas. Sé que tenía una legión de admiradores. Cuando digo legión es porque eran miles, en serio. Pero si estaba con alguno de ellos, lo ignoro por completo. Era muy discreta con su vida privada. Incluso en las entrevistas que le hacían por televisión. No sé si habrán visto alguna.

—Todavía no hemos tenido tiempo, pero lo haremos, sin duda —contesta Bell.

—Bien, pues, como les decía, en las entrevistas no hablaba de su vida íntima, jamás. Solo trabajo, aficiones, se podía comprometer con cuestiones políticas. Eso sí, daba su opinión sincera, pero la condición, según me han dicho, era que no habría preguntas sobre su vida íntima. Por eso es muy difícil contestar a su pregunta sobre la pareja. Yo creo que nadie va a poderles contestar, a no ser que el novio, si lo hubiera, decidiera dar la cara él mismo.

—Este tema está claro. Nos interesa mucho saber si ella fumaba, o había fumado en algún momento de su vida —dice Bell.

—No, estaba muy en contra del tabaco, eso es seguro. Jamás la vi con un cigarrillo en la boca. Ella respetaba las decisiones de los demás, pero el humo le molestaba bastante. Además, tenía la garganta delicada, por lo que evitaba tomar helados, bebidas frías y exponerse al humo del tabaco. Si alguien fumaba en su presencia, en la calle, procuraba alejarse. Todos sabían de su aversión al humo. Así que, en este caso, les puedo decir que no categóricamente.

—Es importante este dato. Hace un rato, un trabajador del teatro de la ópera nos ha contado que vio cómo por la noche, en uno de los descansos, una mujer le daba a Sandra un mechero y ella se lo quedaba. Si no fumaba, como usted nos está confirmando, es algo muy extraño.

—Del todo —confirma el director, pensativo y extrañado—. Es bastante raro, sí.

—Cuéntenos lo que sepa sobre ella. Aficiones, gustos, adónde le gustaba ir... —propone Darren con su libreta preparada.

—Verán, señores, Sandra Álvares —dice con un perfecto acento portugués, con otra erre y otras eses diferentes a como pronuncian el nombre los norteamericanos— se limitaba a trabajar, y lo hacía muy bien. Apenas sé datos personales sobre Sandra, a pesar de que alguna vez intenté cenar con ella para proponerle otras series, otros proyectos. Siempre rechazaba todo. Las propuestas había que hacérselas ahí mismo, donde la pillaras, en un pasillo, en su camerino... No quedaba con nadie. Era muy curioso. Siempre amable, con su sempiterna sonrisa, pero reservada; mucho. Sé que amaba los dulces, sobre todo el chocolate. Aborrecía el pescado y el marisco, nunca los comía. Solía comer ensaladas y, de vez en cuando, algo de carne, pero siempre comía poco, esa es la verdad. No probaba el alcohol. Era como con el tema

del tabaco. Prohibido. Ni una gota. Podía brindar con una copa de champán si se la daban, pero sus labios no tocaban el borde de la misma. Saludaba a todos, tenía siempre una palabra amable para cada persona, pero no se abría al resto. De todas formas, todos la apreciaban mucho y respetaban su forma de ser. Quiero decir con esto que no es fácil hablar de Sandra, a pesar de que he trabajado con ella muchos meses.

—Usted ha pronunciado muy bien su nombre y apellido, señor Martins —apunta Bell—. ¿Sabe portugués? En Brasil se habla portugués, tengo entendido.

—Portugués brasileño, sí, con algunas variantes, pero es portugués. Es que soy brasileño también, como Sandra. Nací en Río de Janeiro.

—Vaya, habla usted inglés sin acento —observa Darren.

—Mis padres son estadounidenses, nací allí por el trabajo de mi padre. En casa hablaba inglés con ellos y el portugués lo aprendí en la escuela. Solo estuve allí nueve años, pero cuando lo aprendes de niño no se te olvida. De hecho, Sandra y yo hablábamos a veces en portugués. Sobre todo cuando quería echarle alguna bronca. Me di cuenta de que reaccionaba bastante mal a las críticas, y cuando tenía que hacerle alguna se la hacía en su idioma natal.

—Entonces, ¿ustedes se conocían de antes? Quiero decir, ¿conoció a Sandra en Brasil?

—De ninguna manera. La conocí aquí, en Miami. Cuando hicimos las pruebas para la actriz principal de la serie, ella se presentó. Su inglés era bueno, pero con bastante acento, por lo que decidí descartarla, aunque las pruebas de cámara fueron extraordinarias. La cámara la amaba, no sé si saben lo importante que es esto en el mundo del cine. Hay personas, da igual si es hombre o mujer, que son bellas, pero que la cámara no las quiere; no salen bien, o salen solo a veces, en un perfil, o solo de frente, en algunas ocasiones... Y hay gente que siendo muy bella, tras la cámara lo es aún más.

Era justo el caso de Sandra. Todos los cámaras me dijeron que era ella lo que estábamos buscando, era perfecta. Tuvimos que hacer ajustes en el guion para que fuera una inmigrante brasileña en vez de la chica de California que teníamos pensado. Mereció la pena. Como actriz era estupenda, además. Había estudiado interpretación en Sao Paulo, su ciudad natal.

—Bien, señor Martins, esto es interesante. ¿Con quién solía relacionarse aquí, en el set de rodaje?

—Ella se iba siempre a su camerino y se encerraba ahí, no se relacionaba mucho. Sí solía hablar un poco más con las chicas de maquillaje, pues la mayoría son mujeres; se podía detener a veces a charlar unos minutos con ellas, pero siempre llegaba y se iba sola.

—Sandra Álvares no tenía carné de conducir en Estados Unidos. Ignoramos si sabía conducir, pero suponemos que utilizaría taxis o alguien del rodaje la llevaba y la traía. No vivía, precisamente, cerca de aquí —explica Bell.

—En taxi siempre, sí —confirma Heitor.

—Anoche Sandra fue a la ópera. Como le hemos dicho, una mujer le dio algo, que al acomodador le ha parecido un mechero. Esa mujer parecía extranjera, era rubia, de tez muy pálida. ¿Le suena que Sandra tuviera una amiga así?

—No tengo ni idea, señores —dice Martins, pero a Bell no se le escapa que ha cambiado la postura y el gesto al ser preguntado por Darren—. No estuve ayer en la ópera, por lo que no puedo contestarles a esto. Es posible que Sandra tuviera muchas amigas fuera del trabajo. Como nunca contaba nada, es un misterio para todos nosotros.

—De acuerdo, señor Martins, no lo molestamos más. Gracias por su tiempo.

Darren y William salen del despacho de Heitor y se dirigen a la salida. El

Mustang está junto a la puerta, en el aparcamiento. Ambos discuten sobre la conversación con el director. A los dos les extraña el aura de misterio alrededor de esa mujer, Sandra Álvares. Nadie sabe nada sobre ella, apenas tienen datos. No hay familia a quien preguntar, no se le conocen amigos ni novios. Es frustrante.

—A este paso, vamos a tener que coger un avión hasta Brasil para enterarnos de algo —dice Bell pensativo.

—¿Tú sabes portugués, Bill? Porque yo ni palabra.

—No me fastidies, Darren, era ironía. No pienso dejarme caer por allí. Tenemos que encontrar algo aquí, y rápido. Vamos.

Cuando están abriendo la puerta de entrada, una mujer les aborda por detrás.

—Señores, por favor, un minuto. ¿Podríamos hablar unos instantes? —les pide una joven muy bella, de grandes ojos verdes, pelirroja, con algunas pecas en las mejillas.

—Sí, claro, ¿quién es usted? —pregunta William.

—Me llamo Isabella Winters, trabajo para Martins. Salgamos, por favor, será mejor.

Salen los tres a la calle, pero ella prefiere hablar lejos de la puerta, dando la vuelta al edificio, escondida de cualquier mirada curiosa.

—Bien, cuéntenos qué ocurre —dice Darren, con libreta y bolígrafo prestos.

—Verán, acabo de enterarme de la muerte de Sandra, es horrible.

—La prensa aún no lo sabe, ¿cómo es posible que usted se haya enterado? —pregunta Bell.

—Acaba de decírmelo Heitor, por eso lo sé.

—Bien, continúe.

—Yo quería saber... bueno, si es posible que ustedes sepan...

—Hable sin miedo, por favor —la alienta William, que siempre tiene palabras amables y modula su tono cuando se trata de mujeres bellas.

—¿Han encontrado su bolso? ¿Tenía un bolso en la mano?

Darren y William se miran un segundo, intrigados.

—¿Por qué le interesa justo ese dato, señorita Winters?

—Verán, que la hayan matado es horrible, pero también es horroroso, para mí en este caso, el hecho de que no aparezca el bolso. Ella me pidió prestado ese bolso para ir a la ópera, no era de ella. Tampoco es mío. Lo teníamos para rodar un episodio, es un préstamo, es un bolso carísimo, tengo que recuperarlo lo antes posible, por favor, ayúdenme.

—Señorita Winters, todo esto es muy extraño. Sandra ya no trabajaba aquí, ¿cómo pudo ella saber acerca de este bolso si no aparece por los rodajes? — quiere saber William.

—Ella me llamó y me preguntó si tenía algún bolso elegante porque había perdido el suyo la semana pasada, se lo había olvidado en una tienda, o algo así, y no lo pudo recuperar. Le dije que no, que yo no tengo bolsos caros de noche, pero me acordé de que nos acababa de llegar ese bolso para el próximo rodaje de un episodio. Le dije que hoy mismo tendría que venir aquí, a devolvérmelo.

—Entiendo, ¿Sandra vino aquí por él? ¿Cuándo? —pregunta Wachowski.

—No, quedamos en el Centro, y yo se lo di hace dos días.

—Bien, si aparece el bolso, Isabella, se lo haremos llegar en cuanto podamos a su legítimo propietario, pero es muy probable que sea analizado, pues podría haber sido el móvil del robo y del posterior homicidio. Ni siquiera sabemos si lo llevaba en el momento de la muerte.

—Oh, sí, quizá no lo llevara al final y lo tenga en su casa —apunta ella.

—Todo es posible, señorita. Ahora, por favor, esté tranquila y espere noticias nuestras. Deme su teléfono, si es tan amable —dice Bell.

Isabella le da su número.

—Tendré que informar de lo sucedido a la tienda, claro —dice Isabella con lágrimas en los ojos.

Darren se pone nervioso cuando una mujer se echa a llorar, no sabe qué hacer, cómo consolarla, qué decir. La situación lo espanta. Bell, en cambio, se muestra tranquilo y seguro. Está acostumbrado a tratar con las mujeres alteradas, que pierden los nervios en situaciones dramáticas. La tranquiliza y le dice que se van a ocupar de todo.

—A ver, señorita Winters, calma, tranquila, dígame, ¿qué tipo de bolso es ese? ¿De qué marca?

La mujer duda unos instantes, se enjuga las lágrimas y mira a Bell fijamente. Entonces reacciona.

—Sí, por supuesto, disculpe, me he quedado en blanco. Es un bolso de la marca Chanel, uno muy caro, especial. Costará alrededor de cincuenta mil dólares, o más. Luego voy a mirarlo por Internet. Dios mío, estoy tan nerviosa... ¿Qué voy a hacer si no aparece?

—Calma, es un bolso, peor está Sandra, ahora es un cadáver, piense en eso —dice Bell.

—Manténganme informada, por favor. Al menos, si se enteran de que no llevó el bolso a esa gala podremos recuperarlo. Pobre Sandra, qué tragedia.

William está con ella unos minutos, hasta que se calma y puede regresar a su trabajo. Entonces sale con Darren hacia el coche. Entran con rapidez y salen de allí disparados.

Capítulo 9

—¿Qué te parece todo esto, Darren? Esa historia del dichoso bolso... Es alucinante, ahora resulta que el mismo bolso es carísimo y podrían haberla matado para robarlo.

—Es todo muy raro, Bill, qué quieres que te diga. Esta chica, ahora... apareciendo así. No sé, me parece extraño que si Martins ha dicho la verdad sobre el carácter de Sandra, esta le pidiera a Isabella un bolso, como si fuera una cajera de supermercado que está a fin de mes sin dinero para comprarse nada. Era una estrella conocida en todo el país, podría haberse comprado cualquier bolso, Bill. Algo no cuadra aquí.

—En efecto, pero que la chica está histérica, muy preocupada, no hay más que verlo; le dejó ese bolso, en cualquier caso. Bien, ahora es clave la situación con esa otra mujer, ahí vamos a analizar qué le da y podremos ver en profundidad ese bolso. Las cintas de las cámaras tienen que estar ya en la comisaría. Les he dicho a Mike y a Phill que era muy urgente, espero que las hayan conseguido. Aquí faltan muchas piezas todavía. Podrían haberla atacado por el bolso, si, en efecto, es tan caro. Podrían también haberlo hecho por el contenido del bolso, por eso que a Henry le ha parecido un mechero, pero que, por supuesto, es probable que fuera otra cosa. También es posible que el maldito bolso no tenga nada que ver con su muerte y fueran solo a matarla. Otra posibilidad es que la confundieran con otra, pero una cara así, tan exótica, si era tan famosa... Esta última es muy improbable.

—Tenemos que localizar a su último novio, ligue, o lo que sea. No me dirás que una mujer como esa era virgen, Bill. Tuvo que haber alguien alguna vez.

—Si lo hay, estará tan asustado que se habrá escondido bajo una piedra. Si no da la cara él mismo durante el día de hoy, nos tocará buscarlo. De

momento, me parece prioritario descubrir la identidad de esa misteriosa mujer de las escaleras. Quién es, por qué estaba con Sandra y qué era eso que le dio y que Álvares metió en su bolso.

En la comisaría, los compañeros confirman a Bell que están todas las cintas sobre su mesa. Les da las gracias y, acompañado de Darren, comienza a ver las imágenes. Bell va adelantando a gran velocidad, pero se ve obligado a retroceder. Tiene que ir más despacio. Las cámaras están lejos de la gente y no se aprecian bien las caras. Tras casi una hora de búsqueda, hallan al fin la escena en la que Sandra se encuentra con esa mujer. No consiguen ver si estaban juntas o una de las dos aborda a la otra, pues la cámara que lo ha captado es giratoria. Van viendo fotograma a fotograma. Ambas mujeres ríen, se miran, Sandra saluda de vez en cuando a diversas personas. Por sus gestos, parece que la mujer rubia le está explicando algo importante. Sandra escucha con atención. Están muy cerca, seguramente el ruido de tanta gente hablando les obliga a juntarse mucho. De repente, la rubia echa mano a su bolso, uno pequeño, triangular, negro como su vestido, y saca un objeto.

—¡Aquí lo tenemos, Darren! El dichoso mechero, o lo que sea.

Por más que amplían la imagen, no consiguen apreciar si es un mechero u otro objeto. Nada, desde ese ángulo es imposible verlo, la espalda de la rubia tapa la imagen.

—Henry tuvo que verlo desde esa esquina, claro, por eso él pudo ver la forma del objeto, nosotros no podemos verlo —dice Darren.

—¡Con la mano derecha! Si se lo hubiera dado con la izquierda, lo habríamos visto a la perfección. Darren, ¿recuerdas cuántas cámaras había en ese pasillo? Ese hombre nos habló del número exacto de cámaras.

—En esa sala solo era una, Bill, no vamos a disponer de más imágenes.

—¡No! Ahora mismo la información de Henry es más valiosa que estas

imágenes, pero sigo creyendo que se confunde, no es un mechero. La rubia le está explicando a Sandra algo, y es después cuando se lo da, tras la explicación. O yo creo que es una explicación. Fíjate con qué atención escucha Sandra. Es algo pequeño, pero tenemos que descartar que sea un mero papel. Si a Henry le pareció un encendedor fue porque se trata de algo metálico, o al menos de plástico, con forma alargada.

William avanza y retrocede alrededor del momento de la entrega, pero no ven nada nuevo. La gente alrededor de las mujeres no se ocupa de ellas, aunque algunos, sobre todo hombres, miran hacia Sandra de vez en cuando. La cámara hace una pasada circular, y cuando vuelve al punto donde se encontraban Álvares y la mujer rubia descubren que ya no están ahí.

—El problema es que Sandra no lo mira, lo guarda en la mano, por eso no podemos ver nada, es una pena. Sí podría ser un mechero, cabe en la palma de la mano, pero... —dice Bell.

—Sí, podría ser; pero, como dices, parece que antes de entregárselo hay algún tipo de explicación previa. Si hubiéramos visto cómo comienzan a hablar, podríamos deducir si eran amigas o no, pero así es difícil de saber. Sigamos viendo más, a ver dónde se sienta esta rubia o con quién está.

Media hora después, gracias a una singular bufanda amarilla que lleva la mujer, la localizan en uno de los asientos de la parte posterior, en las últimas filas. Durante la actuación, como es obvio, permanece en silencio. Más tarde, en un descanso, se levanta y se dirige a la salida sin hablar con nadie.

—No parece que haya ido acompañada, pero estas pobres y lejanas imágenes tampoco son pruebas concluyentes —opina Bill, que recibe el asentimiento de Darren.

—Estoy pensando que todo esto parece un atraco que ha salido mal. Porque dime, William, ¿cómo sabían que Sandra iba a ir justo esa noche con ese bolso tan caro?

—Insinúas que la tal Isabella es la que lo ha planeado, y lo de antes fue una actuación para que no recaigan sospechas sobre ella... Ha hecho todo ese teatro para tener una coartada.

—Sé que parece estúpido de su parte, sí, pero es un robo fácil, quitarle un bolso de mano caro a una mujer sola. Pan comido para un ladrón.

—Sí, pero... ¿matarla? Además, con ese tubo. Demasiado extraño todo, Darren, aunque no descarto que sea, en efecto, un simple robo que ha salido, como tantas veces, mal. Es posible, pero, en mi opinión, poco probable.

William les pide a los programadores que le saquen unas buenas tomas de la mujer que entrega el objeto a Sandra y que se las envíen a su móvil. Quiere ir con ellas al estudio de televisión de Martins. Habla del plan con su compañero, quien decide ir con él. Son las ocho de la tarde. Bell tiene la esperanza de que siga allí. Prefiere no llamar, para que no tenga respuestas preparadas, aunque no sepa de qué se va a hablar. Podría ponerse a la defensiva.

—Es posible que, cuando llegemos, ya no haya nadie —comenta Wachowski.

—Es tarde, Darren, sí, pero lo bueno es que ya no habrá tráfico y el Mustang es potente.

—Lo que significa que vamos a volar en vez de rodar, ¿no?

Bell, por toda respuesta, ríe divertido y da una fuerte palmada en el hombro izquierdo de Darren.

Los dieciocho kilómetros que separan la comisaría del estudio de grabación son para Wachowski terroríficos. Nunca le gustó la velocidad, pero a raíz del accidente que sufrieron en el último caso, ha cogido pánico a ir con Bell en el Mustang.

—Tranquilo, amigo —dice William sonriendo mientras Darren intenta frenar agarrando el salpicadero, echando hacia adelante su rodilla derecha y

haciendo los clásicos gestos de todo copiloto aterrizado.

—No termino de acostumbrarme a tu conducción, Bill, aunque voy bien, sé que eres bueno volanteando y todo eso, pero ya sabes, aquel reventón nos dio un susto morrocotudo.

—Pocas veces revienta una rueda de esa manera, Darren, no te preocupes. Voy un poco ligero porque quiero ver la cara de este Martins cuando mire las fotografías de esta joven. Algo me dice que sabe más de lo que aparenta, aunque aún no sé por qué.

Bell aparca el coche y en ese momento Martins sale, despidiéndose del vigilante de seguridad.

—¿Lo ve usted, señor Wachowski? Si hubiéramos ido a su ritmo, este pájaro habría volado. Lo tenemos.

—Esta vez tiene usted razón, señor Bell. Adelante, no dejemos que llegue al coche.

Los detectives abordan al director, que se muestra muy sorprendido al verlos. Bell piensa que además está asustado. Necesita averiguar qué es lo que le causa ese aparente temor. Él les ofrece hablar dentro, en su despacho, donde estuvieron por la mañana.

—Bien, señor Martins, gracias a las cámaras de seguridad hemos podido averiguar que Sandra, anoche, habló con una mujer. No sabemos si fueron juntas a la ópera, creemos que no, pero podría ser. Quizá usted, que conocía bien a Sandra, conozca a esta mujer. Mírela con atención —dice William mostrándole las fotos que los policías especializados en informática le han preparado.

El señor Martins mira y remira los fotogramas sacados de las cintas y, finalmente, niega con la cabeza.

—Ni idea, no conozco a esta joven —declara con voz firme.

—¿Está seguro?

—Las fotos no es que sean muy buenas que digamos, pero, en principio, no me suena.

—De acuerdo, entiendo —dice William—. ¿Qué me dice de ese bolso que lleva Sandra? ¿Le es, quizá, conocido? Es muy exclusivo, al parecer.

—¿El bolso? Pero ¿de qué me hablan ustedes? ¿Qué significa todo esto? Esta mañana, perdiendo un buen rato de mi valioso y escaso tiempo, les he dicho todo lo que sé sobre Sandra. No entiendo qué más quieren de mí. Les repito que no estuve ayer en la ópera, ni vi ni mucho menos estuve con Sandra. Díganme, se los ruego, qué ocurre, para que yo pueda avisar a mi abogado si es que soy sospechoso de algo, pero no entiendo de qué. El que hayan vuelto aquí el mismo día, ahora para enseñarme estas fotos, me hace pensar lo peor.

—Solo estamos recopilando datos, nada más. Como persona que trabajó algunos años con la víctima, y al carecer de otras personas que tuvieran relación con la señorita Álvares, no nos queda más remedio que recurrir a usted. ¿Tanto le molestan unas pocas preguntas? No creo que sea tan horrible. Se trata de mirar unas fotos y de decirnos si conoce a quien aparece en ellas. Que no la conoce, lo dice y punto, pero guárdese todas esas paranoias peliculeras de «avisaré a mi abogado si es que soy sospechoso y bla, bla, bla». El asunto es muy serio, se trata de un asesinato.

—¡Es que no sé una mierda sobre todo esto! Qué quieren que les diga, no fui ayer a ese lugar, hace muchos meses que no veo a Sandra, no conozco ni su vida, ni sus costumbres, ni sus amistades. Me están ustedes molestando más de la cuenta. Les he dicho que no conozco a la mujer. Después me preguntan si el bolso me suena. No soy experto en accesorios de mujeres, lo siento. No acabo de entender lo que pretenden de mí.

Bell está muy molesto con la actitud del director. No va a dejarlo irse tan fácilmente.

—Bien, señor Martins, el asunto de las fotos y del bolso está claro. Ahora

díganos, si le parece oportuno, dónde estuvo usted anoche y qué hizo.

—Ayer tuve una cena con unos diplomáticos checos que están de visita por el sureste de Estados Unidos.

—Checos... de Checoslovaquia —intenta aclarar Bell.

—No, señor, de Chequia. Checoslovaquia se dividió hace ya muchos años en República Checa y Eslovaquia. Antes eran uno, sí, pero ahora son dos países distintos.

—Perfecto, gracias por la puntualización. ¿Podría decirme el nombre de ese restaurante?

—Es un famoso restaurante del Centro, se llama Brasería Hermanos Romualdo.

Darren apunta el nombre en su libreta. William, en cambio, se limita a mirar a Heitor con cara de pocos amigos. Cada vez le gusta menos la actitud de este hombre y prefiere no disimular esa impresión.

—Si no tienen más que decirme, ¿puedo irme a mi casa? Estoy fatigado de veras, hemos tenido una jornada muy difícil con el rodaje.

—De momento, señor Martins, repito, de momento, acuérdesse después de esta pequeña frase, puede usted irse —contesta William hablando a velocidad extremadamente baja y silabeando, como cuando se habla para un tonto.

—Se lo agradezco de veras. Entonces, buenas noches a los dos, señores.

—Después de hablar con usted, ni la noche ni lo que queda de semana pueden ser buenas —exclama Bell moviendo la cabeza de izquierda a derecha.

—Escuche, señor... ¿cómo era su apellido?

—Bell —responde William mirando con fijeza al director, tratando de provocarlo, para ver si así consigue sacarle algo más de información.

—Bien, señor Bell, oiga, no quiero ningún conflicto con la policía ni que se me malinterprete. Estoy cansado y quizá haya sido algo brusco, lo reconozco, ustedes están haciendo su trabajo. Siento que haberme venido a ver

les suponga tantos quebraderos de cabeza, pero...

—Quebraderos de cabeza, ni uno solo; por si no sabe lo que es la ironía, le explico: mi frase era irónica y significaba que es bastante desagradable hablar con usted. ¿Lo quiere más claro aún?

Martins se queda cortado ante tal afirmación de un policía negro, con mirada de lobo hambriento, elegante, musculoso y cabreado. No sabe qué decir. Prefiere emprender el camino hacia la salida y dejar las cosas como están. No se atreve ni a despedirse de ellos.

Capítulo 10

—¿Qué opinas de este sujeto, Darren? —pregunta William una vez que han subido al coche y emprendido camino hacia el centro de Miami.

—A mí tampoco me gusta, la verdad, pero no es un delito, al menos todavía y en esta nación, caer mal a los demás. No sé, se le ve nervioso, parece que oculta algo, pero ¿qué podría ser?

—Ahora vamos al restaurante donde dice haber cenado con esos diplomáticos. ¿Has apuntado el nombre? Estaba escribiendo sobre otra cosa y se me ha pasado —dice William.

—Claro, Bill. No me hace falta mirarlo. El lugar se llama Brasería Romualdo.

—No me suena de nada. De todas formas, hay tantísimos restaurantes que ni con memoria de ordenador puede uno acordarse de todos. ¿Tú lo conoces?

—Me parece que es el restaurante de una familia argentina, me suena haber estado una vez, aunque no estoy seguro. Ahora mismo busco dónde está. Un segundo —pide buscando información en su teléfono.

Bell conduce como suele hacerlo cuando está muy concentrado con un caso, a gran velocidad, sin apartar la vista de la carretera, controlando todo a través de los espejos de vez en cuando. El motor del Mustang ruge con los acelerones que le imprime Bell.

—Aquí lo tengo, Brasería Hermanos Romualdo. Creo que estuve ahí, sí, viendo la foto de la entrada. Está en Biscayne Park, en la 115 Noreste.

—Muy bien, al norte, nos pilla casi de camino. En menos de diez minutos estamos —dice Bell animado con la noticia.

—A este ritmo, en menos de tres, diría yo —contesta Darren posando su mirada sobre el velocímetro, pese a que siempre se dice que no lo va a mirar más, aunque sin poder evitarlo.

—Tienes que relajarte, muchacho, vamos tranquilos, ligeros. No digo que vaya pisando huevos, pues no sé conducir despacio, simplemente no sé hacerlo, tío, pero no estoy yendo deprisa.

—Voy acostumbrándome poco a poco —se excusa Wachowski con un ligero temblor de rodillas, que espera que su compañero no note.

Siete minutos después, el Mustang está aparcado frente al restaurante especializado en carne argentina.

—Darren, dime, ¿has estado aquí?

—Sí, este es el sitio. Hace unos tres o cuatro años, con mi padre, celebrando su cumpleaños. Comí tanto que no pude ni desayunar al día siguiente, ¿puedes creerlo?

—Eso sí que no me lo creo ni aunque lo jures bajo tortura, Darren, en absoluto me lo creo. No, señor. ¿Cuánta carne te metiste entre pecho y espalda?

—Bueno, el dueño nos preguntó si teníamos mucha o poca hambre.

—No quiero ni escuchar la respuesta. Sáltate esa parte —interrumpe Bell.

—Bien, al decirle que de lobos, nos dijo que había un asado de lomos de vaca que iba a hacer nuestras delicias, aunque era un plato para al menos cuatro personas, más bien para cinco.

—Bueno, erais dos, pudisteis con ello.

—Lo malo es que mi padre casi no probó bocado. Me comí yo casi todo. La carne de este sitio es divina, Bill.

—Por eso te lo he preguntado. Quería saber si los precios son prohibitivos, porque hoy sí que tengo un hambre, como dices tú, lobuna. ¿Qué me dices? ¿Nos damos un pequeño homenaje?

—Los precios son asequibles, en serio. No es nada caro, para la altísima calidad de la carne. Me parece una idea excelente, William. No te imaginas

los ruidos de mi pobre estómago. No quería decirte nada, pero estoy bajo mínimos.

Uno de los camareros los conduce a la única mesa que queda libre a esas horas. El local no llama la atención por su decoración, que es sobria en demasía.

—Sé lo que estás pensando, Bill, no parece gran cosa, pero espera a probar la carne. La decoración no es su fuerte, lo sé.

—No me importa en absoluto, estoy solo mirando. Tenemos que hablar con el dueño. Si vinieron aquí diplomáticos, traídos por Martins, tuvo que haber reservado antes.

Cuando se acerca uno de los camareros para tomarles el pedido, Bell le dice que necesitan hablar con el propietario de un asunto importante. El camarero, un chico joven, moreno, de pelo muy rizado, que habla inglés con un fuerte acento español, se asusta en un principio. Medio minuto después, aparece el propietario del local, un argentino llegado a Estados Unidos a finales de los años noventa. Él mismo prepara la mayoría de los platos. Está sudoroso y su delantal luce lleno de grasa debido a la carne.

—Buenas noches, señores. Soy Marcelo Romualdo. Díganme qué se les ofrece, pero tendrá que ser rápido. Tengo el local a rebosar y soy el cocinero principal.

A Bell le gusta desde el principio. Un hombre trabajador y que va al grano.

—Sentimos mucho esta pequeña interrupción, señor Romualdo —dice Bell—; será cosa de cinco minutos. Vamos al asunto. Mi compañero y yo somos detectives de Miami. En principio veníamos solo por un delicado asunto que ahora le explico, pero Darren, aquí presente, me ha dicho que comió aquí una vez y que no puede olvidar el sabor de su deliciosa carne, así que también vamos a cenar, pero primero necesitamos que nos conteste a unas preguntas, será muy rápido. Siéntese aquí con nosotros, por favor. La clientela está

mirando.

Romualdo se da cuenta de que gran parte de los comensales tiene la vista puesta en la mesa de los policías y se sienta.

—Yo me llamo William Bell. ¿Heitor Martins cenó aquí anoche, señor Romualdo?

—Sí, señor Bell, aquí estuvo.

—¿Cenó él solo?

—No, vino acompañado de dos personas, un hombre y una mujer, que creo eran padre e hija.

Bell le tiende una fotografía al argentino.

—Mírela despacio, con atención. ¿La había visto usted antes?

—Es justo la señorita de ayer, la que vino con el señor Martins y el otro hombre. Sí, no cabe duda de que es ella.

La foto es una de las que le han enseñado previamente a Martins.

—Díganos, señor Romualdo —tercia Darren—, ¿ella llevaba ayer, cuando cenó aquí, esta misma ropa?

El argentino duda unos instantes.

—No quiero decirlo con seguridad, pero creo que no, aunque es posible que no me fijara bien, discúlpenme. De la cara no tengo duda, esta mujer estuvo cenando aquí ayer, pero no sé si iba así vestida. Sí que me suena ese pañuelo, sí, el pañuelo es el mismo, pero sobre el vestido... Creo que era de otro color, aunque no puedo afirmarlo con seguridad.

—¿A qué hora más o menos llegaron?

—Fueron los últimos clientes, llegaron tarde, casi a las diez. A las doce echo la persiana, por lo que no solemos aceptar a gente pasadas las nueve y media, pero el señor Martins había reservado, diciéndome que iba a venir con unas personas muy importantes y que llegarían hacia las diez, como así fue; por eso recuerdo bien la hora. Serían las diez menos diez o menos cinco.

Darren no para de tomar notas en su Moleskine. En cambio, Bell escucha y mira con atención las expresiones del cocinero mientras explica todo.

—Perfecto, señor Romualdo. Una última pregunta y le dejamos tranquilo. ¿A qué hora salieron de su restaurante?

—Casi a las doce, fueron los últimos en salir. Estuve hablando con ellos unos minutos. A las once y media me gusta tener la mayor parte de la cocina recogida y limpia. Así que tuvo que ser hacia las once y media cuando me senté con ellos diez minutos.

—¿Se fueron los tres juntos? —pregunta Wachowski.

—Sí, los tres juntos.

—Supongo que el señor Martins es cliente habitual de este local —insinúa Bell.

—Le gusta mucho la carne, en efecto. Es un buen cliente, trae a gente importante del mundo del cine. La verdad es que lo aprecio mucho. ¿Ha habido algún problema con él? ¿Le ha pasado algo?

—No, no, nada de eso, no debe preocuparse. Está todo bien. Y sus acompañantes también. De acuerdo, señor Romualdo, no le entretenemos más. Siga con lo suyo, por favor —dice Bell.

—Me alegro de corazón. De inmediato viene uno de mis hijos a tomarles nota. Les recomiendo el asado de buey, pocas veces tenemos esa carne. Es deliciosa.

—Estamos tan hambrientos que creo que nos comeríamos cualquier tipo de animal, señor Romualdo —reconoce Wachowski con una gran sonrisa ante la perspectiva de llenar al fin su paciente estómago.

Cuando el cocinero se retira hacia la cocina, Darren le comenta a Bell que su estómago estaba haciendo tantos ruidos que pensaba que todo el restaurante lo estaba oyendo.

—Dime, en serio, ¿no lo oías?

—Tranquilo, Darren, en un local con tanta gente, donde todos están hablando, eso pasa desapercibido.

—Es que a veces me ruge como si fuera un león de doscientos kilos. Por cierto, ¿a qué se debe tanta mentira por parte de ese Martins?

—Eso quisiera saber yo, querido amigo, eso mismo me estoy preguntando. Estoy a punto de salir como un cohete hacia su casa ahora mismo, pero estoy que desfallezco de hambre. Mira, hagamos una cosa, vamos a pedir lo que esté ya hecho, lo que sea más rápido, nos lo ventilamos en diez minutos y vamos por Martins, a su casa.

A los quince minutos ya están ambos subidos al Mustang. Darren se abrocha el cinturón y busca, instintivamente, un segundo al que asirse, intuyendo que la velocidad a la que va a circular su compañero no será, precisamente, de crucero.

Es de noche en la ciudad de Miami. Una ligera lluvia que no consigue bajar la temperatura acaba de comenzar a caer. Bell traza las curvas a velocidad de vértigo; Darren no sabe dónde mirar ni dónde meterse. Le gustaría estar lejos de ahí, en su casa o en la oficina, en cualquier lugar menos de copiloto de un tipo al que admira, aunque no consiga sobrellevar el pánico que le provoca su conducción al límite.

—No creo que vaya a ninguna parte a estas horas, Bill, vamos a velocidad de misil.

—Recupero el tiempo que hemos perdido con la carne. Estaba muy buena, la verdad.

—Si continúas a este ritmo, Bill, me temo que parte de la mía va a quedar esparcida por tu cuidadísima tapicería.

—¿Vas a vomitar? ¿Paro?

—De momento no, el miedo mantiene a raya mi estómago, por suerte, pero nunca se sabe.

Llegan a la mansión de Martins. Se trata de una lujosa villa de setecientos metros cuadrados situada en Biscayne Bay, rodeada de palmeras junto al mar, con dos piscinas.

—Cómo se cuida el señor Martins, ¿eh, Darren?

—No está mal la choza.

Bell llama al timbre que hay justo en la verja negra de entrada, donde una cámara de seguridad los está grabando. Contesta una voz de mujer con mucho acento.

—¿Quién es?

—Policía de Miami, señora —dice Bell enseñando su placa a la cámara. Darren hace lo mismo un segundo después.

—Oh, un segundo, por favor, enseguida abro, pero es que ahora los perros están sueltos y podrían tener algún problema, hay que meterlos en sus casetas. Enseguida se ocupa de ello el personal, esperen un par de minutos.

—De acuerdo, pero dense prisa, es muy urgente.

—Desde luego, señor.

Tres minutos después, los cuatro perros que vigilan el territorio de la mansión están a buen recaudo, pero se siguen oyendo sus fuertes ladridos. La mujer les abre la puerta y ellos, a través de un camino de gravilla flanqueado por docenas de rosales de flores rojas y blancas, llegan hasta la puerta de entrada. Carmen, el ama de llaves, los espera bajo el umbral.

—Buenas noches, disculpen las horas, pero necesitamos hablar de inmediato con el señor de la casa, Heitor Martins. Somos los detectives de homicidios Wachowski y Bell —explica William.

—Pasen, por favor, ya he informado al señor de que están ustedes aquí. Los espera en la terraza. Síganme.

Se trata de una terraza abierta, entre palmeras, que da al embarcadero donde Martins tiene dos lanchas y una pequeña barca de pesca. Es noche

cerrada, y la fina lluvia se está empezando a convertir en un auténtico aguacero. Martins los aguarda con una copa en la mano, en una mesa con toldo blanco de tela, con cara de muy pocos amigos.

—De manera que no me voy a librar de ustedes dos en lo que me queda de vida, parece —gruñe, más que dice, por todo saludo.

—De la misma manera que no vamos a recibir una sola verdad de sus labios, ¿no, señor Martins? —contesta Bell, imitando a la perfección el tono y el timbre de voz del director.

—Están en mi casa, caballeros, así que compórtense esta vez, o no tendré más remedio que rogarles que vuelvan otro día.

—Sin medias tintas ni bobadas esta vez, Martins. U obtenemos una explicación satisfactoria o usted se viene detenido con nosotros, con las esposas puestas. Fíjese cómo va a ser nuestro comportamiento. Espero que le agrade.

A Martins le cambia la cara y deja caer la copa de ron con hielo de las manos. El vaso no se rompe al golpear la mesa, pero su contenido le mancha el traje. Él ni se inmuta, no mueve un músculo. Bell lo mira, Darren se mantiene en un segundo plano, por detrás de William.

—¿Qué quieren saber? —dice al fin con un tono patético, medio llorica, medio aterrado, lo que enfurece aún más a Bell, que ya venía caliente al saber la noticia de la mentira del director.

—No voy a repetir más esta pregunta. Es la segunda vez que la voy a formular, y esta vez, o hay respuesta o hay rejas. ¿Quién es la chica de la fotografía con la que usted cenó ayer noche en el restaurante de la familia Romualdo? No solo la conoce, sino que ha cenado con ella hace pocas horas.

—Verán, todo tiene una explicación lógica, y voy a dársela de inmediato, pero no nos precipitemos, por el amor de Dios, calma.

—Aquí el único nervioso parece usted, señor Martins, nosotros estamos

tranquilos —dice Darren.

Bell asiente al comentario de su compañero y espera, con la paciencia bajo mínimos, la respuesta del dueño de la fastuosa mansión.

—Sus mentiras anteriores serían, por lo tanto, terribles y lamentables precipitaciones, entiendo —dice Bell con la mano derecha metida en la elegante americana, tentando su pistola reglamentaria, lo que suele hacer cuando alguien está muy nervioso y miente sistemáticamente.

—¿Me está llamando, acaso, mentiroso en mi propia casa?

—Decir a la policía que investiga un asesinato que la mujer que se le muestra en una fotografía le es desconocida cuando había cenado con ella unas pocas horas antes, ¿qué mierda es exactamente? ¿Sería tan amable de sacarme de esta duda? —va diciendo William a medida que se acerca mucho al cuerpo de Martins, que reacciona, por instinto, echándose un poco hacia atrás en la silla de juncos acolchada con cojines.

—Como acabo de decirles, todo tiene su explicación.

—¿Nos la dará antes de que amanezca, por fortuna, o tendremos que estar aquí, bajo esta puta lluvia hasta que el señorito de la casa se digne a contestar a una pregunta que hasta un niño de teta podría responder mejor? —grita Bell dando un golpe sobre la mesa con la palma de su mano izquierda, provocando un pánico tal en Martins que termina cayéndose de la silla hacia atrás.

Darren le susurra al oído, mientras el dueño de la casa trata de levantarse con la mayor dignidad posible, aunque sigue aterrado, que se tranquilice.

—Todo esto ha sido por querer ayudar a esta mujer, Dagmar —reconoce Martins.

—La mujer de la fotografía se llama, por tanto, Dagmar, perfecto —dice Darren tratando de que Martins se tranquilice y hable, evitando que Bell dé otro de sus terribles manotazos.

—Es la hija de un diplomático checo. Ella está empeñada en ser actriz,

quiere intentarlo, está obsesionada con el tema. Me pidió ayuda, pero el padre está totalmente en contra de esto, no va a permitir que su hija, para la que tiene otros planes que tienen que ver con la carrera diplomática, se dedique a esta profesión. Tiene una belleza exótica y creo que podría quererla la cámara, pero necesito hacerle pruebas. Ella fue a la ópera para entregarle a Sandra un lápiz electrónico con algunas de sus fotografías artísticas que se había hecho en Praga, en secreto, sin el conocimiento de su padre.

—De acuerdo, de momento está claro, pero todo esto es bastante extraño. Por qué un hombre formal, diplomático de carrera, que en principio, según usted relata, no está interesado en el mundo del espectáculo, y mucho menos querría que su hija se ganara la vida en él, queda para cenar con un conocido director de televisión —dice Bell, que se muestra más calmado y habla con algo menos de velocidad.

—Dagmar era una apasionada de la serie que protagonizaba Sandra. Tiene todos los capítulos. Los veía en checo y en inglés. Le pidió a su padre conocerme y él, como tiene los contactos adecuados, me hizo llegar la propuesta. Yo accedí encantado.

—¿Qué interés tenía usted en cenar con dos completos desconocidos, uno de ellos diplomático de carrera? Usted me ha dicho hace pocas horas que no le sobra el tiempo precisamente. Más bien, es al contrario —inquire Bell, incisivo.

Martins no sabe qué responder a eso, y permanece en un incómodo silencio que se prolonga mientras la lluvia golpea el toldo y cae a chorros sobre los anchos hombros de Bell, que a esas alturas tiene la chaqueta totalmente empapada. Darren está aún más mojado, se le ve incómodo, pero prefiere no intervenir en ese momento. El silencio del director es llamativo, se dice.

—Su actitud es muy extraña, señor Martins. Primero nos miente de manera

descarada, después se pone muy nervioso cuando sabe que conocemos que usted cenó con esa mujer. Ahora no sabe qué contestar a mi última pregunta. Creo que es mejor que nos acompañe a la comisaría. Allí podremos interrogarlo mejor, estaremos más cómodos.

—No, no, por favor, señor... lo siento, he olvidado su apellido.

—Bell.

—Señor Bell, es que usted impresiona, esos prontos que le dan, esa fuerza que tiene, parece un...

Martins calla de repente, consciente de que el detective, de raza negra, ha podido interpretar la frase, aunque la ha dejado sin terminar, como muy racista, cuando no era esa su intención. El silencio posterior no ha hecho sino complicar aún más la situación.

—¿Mono, gorila, macaco quizá? ¿Esa es la palabra que no se ha atrevido a pronunciar?

—En absoluto. Iba a decir animal, sí, pero no esos animales, quiero decir... Dios mío, no sé ni lo que quiero decir, pero sí sé que yo no pretendía, de ningún modo, ofenderlo así, no es mi estilo.

—William —interviene Darren, pues piensa que Bell puede acabar perdiendo los nervios más pronto que tarde—, no creo que el señor Martins quisiera insultarte de esa forma, en serio. Estoy contigo en que ha mentido y eso es muy grave. Díganos, señor Martins, ¿qué le une al padre de Dagmar?

—No me une nada, lo juro. Lo conocí ayer. Verán, todo fue por hacer un favor a un amigo.

—¿Se puede saber el nombre de ese amigo, para confirmar lo que está diciendo? No le oculto que ya no me fío de usted en absoluto —dice Bell más tranquilo de lo que tanto el director como Darren esperaban.

—Se trata del gobernador de Florida. Él sí conoce a este hombre, Franz Hrabe. Me pidió que lo atendiera bien y que lo llevara a comer a un sitio

donde hubiese buena carne. Por eso elegí ese restaurante. El gobernador también me comentó que la hija quiere ser actriz, pero su padre no aprueba esa decisión.

—Comprendo. ¿El hecho de que Dagmar llevase sus fotos a Sandra también fue idea del gobernador? —quiere saber Darren, que no las tiene todas consigo y teme otra explosión de su compañero, al que las mentiras sacan de quicio. Mientras dice esto mira de reojo a Bell.

—No, eso fue idea mía —titubea Heitor.

—Extraña idea, si me permite decirlo —interrumpe Bell. Cada sílaba pronunciada por él es como un mazazo para el dueño de la mansión. La intensidad de su mirada contribuye a que no pueda pensar con claridad.

—No entiendo... ¿por qué ahora esto le parece extraño? De verdad que no le estoy mintiendo, fue idea mía. Como había que evitar que su padre pudiera sospechar nada, decidí que podía ponerse en contacto con Sandra.

—Usted nos dijo, señor Martins —dice Bell cruzando los brazos, ya fuera de la protección del toldo, escullando agua por todos los poros de su piel—, que llevaba tiempo sin saber nada de Sandra, que no tenían relación. Por eso digo que es extraño que metiera usted a la brasileña en este asunto, si tan delicado y secreto era. ¿No le parece?

Una vez más, el famoso director se queda sin respuesta ante la rapidez de reflejos del experimentado detective.

—Usted tendría que haberse puesto de acuerdo con ella de alguna manera, supongo. ¿Cómo lo explica?

—Bueno... —balbucea Martins con un leve temblor del labio inferior.

En ese momento, una persona, como si fuera la campana de un cuadrilátero de boxeo, acude a salvar a Heitor. Una impresionante mujer, protegida de la lluvia bajo un gran paraguas de color verde botella, hace acto de presencia.

—¿Qué ocurre, querido? ¿Qué significa todo esto? —pregunta ella.

Lleva un vestido de noche negro, ajustado y con gran escote. Es muy blanca, rubia; sus ojos, son grises y grandes. Apenas lleva maquillaje. Es tan bella que Darren no puede evitar quedarse con la boca abierta ante su irrupción.

—Señores, les presento a Natalia, mi invitada. Todo está bien, querida, tranquila, no ocurre nada. Son policías, necesitan conocer en profundidad algunos datos, nada más.

—Encantado de conocerla —dice Bell, al que la presencia de la bellísima mujer, que mide más de metro ochenta, calma de inmediato.

Natalia, que sujeta el paraguas con la mano derecha, se queda mirando a William durante un instante. Después, desconcertada, mira a Darren. A continuación, cierra el paraguas y se acerca a Heitor, preocupada.

—Qué pinta horrible tienes, ay, Heitor —exclama Natalia mirando de inmediato a Bell; su intuición le dice que el repentino mal aspecto de Martins se debe en especial al policía negro.

—¿Han pegado ustedes a él en propia casa suya?

—Aquí nadie ha pegado a nadie. Estamos hablando, conversando con tranquilidad, ¿no es así, señor Martins? —responde Bell mirando a Natalia con la mejor de sus sonrisas, lo que desconcierta a su compañero, que no acaba de acostumbrarse a los extremos cambios de humor que le producen a William las beldades femeninas.

—Natalia es rusa, aún no domina el inglés, pero está en ello —aclara Martins, temeroso de que la mujer le ponga en un nuevo compromiso.

—Se le entiende de maravilla. Ni había notado que era extranjera, la verdad —dice William—. Bien, señor Martins, estábamos hablando, cuando apareció esta encantadora señorita, de Sandra. Entonces, ¿no era cierto lo que nos dijo acerca de que ya no tenía apenas relación con ella, que no sabía nada de su vida y todo aquello?

—¿Sandra? ¿Quién es Sandra? —pregunta Natalia.

—La protagonista de la serie, Natasha, has visto todos los capítulos. Sandra Álvares —dice Martins llevándose una mano a la frente para quitarse parte del agua que la cubre.

—Sandra Álvares está muerta, señorita... ¿cómo se apellida usted? —tercia Wachowski.

—¡Muerta! No, no es posible. ¿Cómo, cuándo? Heitor, no has dicho nada de esto a mí. Ah, por cierto, mi apellido es Vekareva.

—Señorita Vekareva —continúa Darren—, la famosa actriz brasileña Sandra Álvares ha sido asesinada. El crimen se produjo hace menos de veinticuatro horas, en el edificio de la ópera de Miami.

—¿Es usted la esposa del señor Heitor Martins? —pregunta Bell.

—No, no es mi marido, yo soy...

—Es una actriz rusa que está pasando unos días en mi casa, es mi invitada. Espero que eso no les suponga otra extrañeza, aunque me da igual lo que les parezca —interrumpe Martins.

—Habla el suficiente inglés como para explicar las cosas por sí misma. Continúe, por favor, señorita Vikar... perdone, creo que no puedo pronunciar bien su apellido —dice William.

—Vekareva. Iba a decir que soy amiga de Heitor, eso es todo.

—Perfecto. Ahora, si nos disculpa, nos gustaría terminar nuestra pequeña conversación con el señor Martins —explica Bell dedicándole a Natalia la mejor de sus sonrisas. La lluvia amaina de repente.

—Claro, no hay problema. Yo voy. Después hablamos, Heitor —dice ella mirando fijamente a Bell a los ojos.

Cuando la mujer abandona la terraza, andando despacio, con un fuerte y marcado taconeo, moviendo mucho las caderas, Bell recupera su tono severo de interrogador.

—Bien, señor Martins, no he querido ser duro delante de su invitada, pero siento decirle que me cabrea mucho el que nos haya mentado a Darren y a mí en todo. No nos ha dicho usted hoy ni una sola verdad. Es muy triste, y bastante peligroso para usted, me gustaría añadir.

—Esta mañana estaba nervioso, supongo. La noticia de la muerte de Sandra creo que me ha descolocado por completo. Lo cierto es que apenas la he visto en los últimos meses, eso es cierto. Alguna llamada de vez en cuando... Intentaba que volviera a trabajar para mí, pero ella se negaba en redondo.

—¿A qué se debía esa negativa? ¿Ocurrió algo entre ustedes? —pregunta Wachowski, que saca la libreta aprovechando que la lluvia ha cesado del todo.

—No, en absoluto. Aquella serie fue un completo éxito, se convirtió en una estrella. Yo creí en ella, la hice grande, pero esa mujer siempre quería más. Era extraña, reservada, no se abría a nadie. Ignoro por qué se negó a participar en una película para mí, pero lo cierto es que lo hizo. A partir de esa negativa, no volví a llamarla hasta hace unos días, con el asunto del diplomático checo. Quise matar dos pájaros de un tiro. Por un lado, ayudaría a la checa, y de paso Sandra tendría que volver al set de grabación para entregarme el lápiz electrónico con las fotografías de Dagmar. Quería intentar convencerla. Una cara como la suya, y un talento de interpretación como ese no se encuentran así como así. Es mi profesión, vivo de esto.

—Es comprensible, señor Martins, todo esto está muy bien, pero ¿por qué no pudo decir la verdad desde un principio? No estaríamos ahora aquí, estaríamos en cualquier otro sitio secos, usted no se habría caído de la silla y, lo más importante, no tendría por qué desconfiar de usted. Pero ahora... —dice Bell moviendo la cabeza de izquierda a derecha.

—Entiendo que he metido la pata. Sandra era para mí una joya, la mejor actriz que he dirigido nunca. Para mí ella era un cheque en blanco. Sé que

ahora no me creen, lo comprendo, es lógico, pero yo no he matado a Sandra. Jamás he matado a nadie. Espero que la verdad salga a la luz y atrapen al culpable. No me importa ser sospechoso, porque soy inocente.

—Nadie está acusándole de eso. Le acusamos de mentir, cosa que ha reconocido usted mismo. Bien, señor Martins, de momento eso es todo. No está usted detenido, no hay base para ello, pero, como dice, es uno de los sospechosos, de eso no cabe duda. No se le ocurra abandonar la ciudad por ningún motivo. Y otra cosa que no le repetiré de nuevo —anuncia Bell—, no nos mienta más o lo pagará muy caro. Si es inocente, como dice, y así lo espero por su bien, la verdad le favorece, así que procure no alejarse demasiado de ella. Salude a la señorita Natalia de nuestra parte. No consigo recordar ese extraño apellido suyo.

—Así lo haré. Estaré en mi trabajo o, ya por la tarde, casi noche, en esta casa. No tengo planeado ningún viaje, así que podrán localizarme con facilidad —dice Martins aliviado, pues casi no se cree que, tras el intenso interrogatorio, no vaya a pasar la noche en un calabozo de la comisaría del bestia de William Bell, al que teme más que a un huracán de septiembre.

Capítulo 11

A primera hora de la mañana del día siguiente, Darren y William están en el despacho del jefe Hernández, discutiendo los detalles del caso.

—Bien, muchachos, está claro que ese objeto, el lápiz electrónico con esas fotografías, podría otorgarnos algo más de luz, pero aun así, no acabo de entender qué tienen que ver las fotografías que una extranjera entrega a una estrella consagrada con que, unas horas después, pocas, maten a esta en un sucio callejón —dice Hernández con la mano derecha apoyada sobre la mesa, un gesto que significa que quiere oír hipótesis.

—Bien, jefe, este tipo, el tal Martins, nos ha mentado como un bellaco. Anoche, quizá debido a la lluvia o porque le pillamos tranquilo en su casa y no nos esperaba, dijo dos o tres verdades, cosa extraña en ese hombre. Lo que está claro es que Sandra iba a hacer de intermediaria entre Martins y esta... ¿cómo se llama, Darren? La checa, la rubita.

—Dagmar —responde al instante Wachowski.

—Eso es, vaya nombrecito. Pero a mí me parece extrañísimo todo este secretismo por unas simples fotos artísticas, si es que son tal y existen, por supuesto, que eso está por verse.

—Y después está el asunto del dichoso bolso Chanel, como nos ha contado Isabella —lo interrumpe Darren—. Otra vez Sandra en una situación, cuando menos, curiosa, por no decir otra cosa. Que una mujer así, una estrella de la televisión hasta hace bien poco tiempo, tenga que pedir para ir a un espectáculo un bolso de marca... No sé, es que no nos cuadra por ninguna parte. Y para complicarlo aún más, resulta que se lo pide a una mujer que trabaja con Heitor; según este, Sandra y él apenas estaban en contacto, aunque anoche nos dijo que de vez en cuando intentaba que volvieran a trabajar juntos.

—Como decís —interviene Hernández—, a no ser que aparezca ese maldito bolso, que es lo único que parece ser cierto, pues tenemos imágenes del mismo, no hay prácticamente nada. Dentro es posible que haya algo más que fotografías. Lo que me da mala espina, pero malísima, es el hecho de que haya diplomáticos extranjeros conectados, aunque sea la hija de uno. Con espías de por medio, démonos por jodidos porque no nos dejarán trabajar a gusto; bien lo sabes, Bill. ¿Recuerdas el caso de aquel conductor?

—No me lo recuerdes, por favor —dice Bell—. Bien, sigamos. El forense, de momento, nos sitúa la muerte de Sandra en un lapso que va desde las once de la noche hasta las dos y media. No pudo ser a las once por razones obvias, a no ser que el dueño del restaurante nos haya mentido y Dagmar no estuviera en esa cena, solo Heitor y el padre. Si ella estuvo en la cena, tuvo tiempo de ir después a la ópera. Lo extraño son las imágenes. Tenemos las grabaciones y hemos visto cómo Dagmar está en su sitio, sentada. El espectáculo comenzó a las nueve y media. Es cierto que no la vimos salir, con lo que pudo haber salido antes de que terminara el espectáculo y acudir después al restaurante. Una persona no puede, que yo sepa, estar en dos lugares al mismo tiempo. A no ser que la tecnología haya avanzado hasta el punto que se me escapa, Darren. ¿Tú qué dices?

—Dagmar estuvo en el teatro, eso es obvio. No queda tan claro que estuviera en el restaurante, pero ese argentino me ha parecido sincero. En cuanto ha visto la fotografía ha contestado sin dudarle un segundo. Creo que dice la verdad y que ella también estuvo en la cena. También es posible que la cena tuviera lugar bastante antes y él piense que fue al final, pero no es probable un error así. Habían pasado muy pocas horas. Quizá Heitor Martins no sea solo un director de televisión.

—¿Qué insinúas, Wachowski?

—No quiero insinuar nada, pero si tiene tan buena relación con el

gobernador del estado de Florida, es probable que tenga otras amistades igual de, digamos, importantes —aclara Darren.

—De momento, descartemos lo del tiempo —ordena Hernández—. Mientras no tengamos información más segura, desconocemos la hora de la muerte. Es importante ahora, creo, verificar la procedencia de ese bolso. Si en efecto el bolso formaba parte del rodaje de alguna película, habrá que averiguar qué tienda lo proporcionó a la empresa de Martins y en qué condiciones. Si es tan caro como asegura esa Isabella Winters, tuvo que haber algún contrato, con la inclusión de algún tipo de seguro, o algo. Podría ser una mera imitación y esa mujer, Isabella, ni se ha percatado. Hoy en día nos dan gato por liebre a todas horas con cualquier producto.

—¿Alguien sabe si esa mujer, Sandra, tenía alguna amiga? Cuánto misterio, no podemos hablar con nadie. Es como si hubiese vivido en una burbuja —apunta Bell.

—Nadie ha encontrado nada, Bill —dice Darren, que garrapatea caras y formas geométricas en la última hoja de su Moleskine mientras piensa.

—En las redes sociales no se habla ya de otra cosa. Tenemos a Mike y a Lindsey rastreando eso por si surgiera alguna pista de ahí, pero la experiencia nos demuestra que poco podemos esperar en ese sentido. La gente miente más que habla, sobre todo bajo nombres falsos o seudónimos —dice Hernández—. Bien, mantenedme informado y no vayáis demasiado rápido. Es un caso delicado y es preferible tardar un poco antes que meter la pata.

Capítulo 12

Darren y William deciden empezar la mañana presentándose en la oficina central de la casa Chanel de todo el sureste estadounidense, en el centro de Miami. Desde la oficina, Wachowski ha conseguido una cita con la adjunta de la directora general, Brenda Brown. Llegan a la oficina, sita en la vigésima planta de un gran rascacielos. Allí, un amable hombre les hace esperar en unos sillones durante cinco minutos. Bell simula tocar el piano sobre el sofá de cuero verde donde está sentado. No le gusta esperar cuando tiene prisa y le da igual que se le note. Darren lo observa con atención. Esa mañana lleva un traje nuevo, es la primera vez que se lo ve puesto. Es de color azul brillante, ni claro ni oscuro, muy elegante. Luce camisa blanca de cuello pequeño y corbata añil. Más que un detective parece un modelo de pasarela. Está tenso, se le nota en los músculos de los hombros, los deltoides, que parece que quisieran reventar la tela de la americana. Por fin, cuando William iba a levantarse para relajar la tensión, la secretaria les indica que pueden pasar al despacho de la señorita Brown. Darren se siente un tanto incómodo. Le dice a Bell que pase él solo, pues no va vestido de manera elegante y teme que sus pantalones anchos, un poco caídos, y la combinación de colores de su ropa provoque una mala impresión en esa mujer.

—No digas sandeces, Darren. Tú vistes así, y eso no te hará nunca un mal policía. Ni mis trajes me harán, jamás, mejor. Es solo cuestión de gustos. Venga, anda, pasa, no seas crío —dice, al tiempo que empuja a Darren hacia el despacho, sin que este pueda resistirse.

—Buenos días, caballeros —saluda la vicedirectora de compras.

—Buenos días, señorita Brown —dicen ambos a la par.

Brenda es una mujer baja, morena y algo pasada de peso. Lleva muchísimo maquillaje en el rostro y está operada de la nariz, tiene bótox en los labios y

pechos de silicona. Habla con extremada lentitud, como si su interlocutor fuera idiota o un extranjero que apenas domina cuatro frases en inglés.

—Díganme, si son tan amables —comienza ella casi silabeando las palabras—, qué les trae por nuestra maravillosa empresa.

Darren mira a Bell. Cuando este lo mira a los ojos y asiente es que prefiere que sea Wachowski quien comience.

—El asunto que nos ha traído aquí, señorita Brown, es ni más ni menos que un asesinato, no vamos a andarnos con rodeos.

—Dios mío, no me esperaba algo así. Qué horror. Es terrible, sin duda, pero... ¿qué tiene que ver Chanel con...?

—Si le deja explicárselo, acabaremos antes —la corta Bell, al que le rechina esa forma de hablar, como si fuera un robot con las baterías a punto de agotarse.

Brenda se queda estupefacta ante la interrupción, ya que está acostumbrada al peloteo constante de todos los empleados debajo de ella en el escalafón. Darren decide continuar para no dar pie a que Bell pierda los nervios, esta vez con una mujer, cosa hartamente infrecuente.

—La mujer asesinada llevaba un bolso que no aparece, y este artículo es de extrema importancia para nuestra investigación. Nos han confirmado que una empresa cinematográfica les pidió a ustedes un caro bolso de su marca para lucirlo en algunos capítulos de una nueva serie que se está rodando.

—¿Un bolso nuestro? ¿Para el cine? Es la primera vez que oigo algo así. No será de Chanel, señores, lo siento mucho.

—¿Qué quiere decir?

—Cuando usted ha dicho pedir, significa que esa empresa no lo ha comprado, entiendo. O sea, que ha sido una especie de préstamo, a no ser que me haya perdido algo.

—Ha entendido usted a la perfección —le confirma Darren.

—Bien, pues desde ya les digo que esta empresa no presta jamás nada. Si la mujer tenía ese bolso es porque lo había comprado, o esa empresa cinematográfica lo habría comprado en alguna de nuestras tiendas.

—De manera que no es posible que haya sucedido lo que nos ha contado una mujer. A saber: que es un bolso de Chanel valorado en unos cincuenta mil dólares y que fue prestado por la casa para el rodaje de algunas escenas. El problema es que esta mujer, Isabella Winters, prestó a la asesinada, Sandra Álvares, ese bolso. La historia es extrañísima, nos hacemos cargo —va explicando Bell a gran velocidad ante la mirada atónita de Brenda, que admira el extraordinario traje del policía y lo bien que le sienta—, pero es lo que tenemos de momento. Hemos venido aquí, señorita Brown, para confirmar este extremo, si es posible que la casa Chanel haga este tipo de préstamos para películas, anuncios, series de televisión, etcétera.

—Jamás. La política de la empresa es justo la que les he dicho. O compran ese bolso o, en todo caso, tendrían que robarlo si es que nadie lo ha pagado.

Darren saca una fotografía de Isabella Winters que han conseguido en la oficina. Se la muestra a la mujer.

—¿Conoce a esta mujer? —pregunta Wachowski.

—No la he visto en toda mi vida —responde con aplomo y rapidez ella.

A continuación, Bell saca su móvil del bolsillo de la americana y le muestra una fotografía de Sandra. Brenda responde lo mismo, que no la conoce ni le suena de nada.

—¿Suele usted ver series de televisión? —pregunta William.

—Tengo tres televisores en mi casa, pero suelen estar apagados casi siempre, apenas tengo tiempo; no veo televisión, lo siento.

—Hace usted bien —comenta en voz baja Bell.

—De acuerdo —continúa el detective—, ahora voy a mostrarle el bolso que estamos buscando, el que dicen que cuesta cincuenta mil dólares. Aquí lo

tiene.

—Ese bolso, el diseño, el color, es sin duda de Chanel, pero...

—¿Sí? ¿Cuál es ese pero? —pregunta Darren ante la desesperante lentitud de la mujer, que se toma sus buenos diez segundos cada vez que responde a algo.

—A menos que le demos la vuelta y podamos confirmar el sello de autenticidad de la marca, podría ser una buena imitación, como las que hacen en China. Son perfectas. A través de una foto es imposible que yo les diga si es original o no. Ese es mi pero.

—Está muy claro, gracias —dice Bell, que entiende que no van a sacar mucho más de esa cita.

La mujer se queda unos segundos mirándolo, aunque en realidad no lo mira tanto a él como al traje que lleva.

—Es un Brioni, ¿verdad? —le pregunta a William.

—Buen ojo, señorita; en efecto, lo es.

—Maravilloso, tanto el corte como el color.

—Muchas gracias. Que tenga un buen día.

—Adiós, caballeros —dice pronunciando la ese final, pero mirando exclusivamente a Bell.

Darren los observa como si estuvieran hablando en un idioma para él desconocido.

Salen del despacho de Brenda y Darren le pregunta acerca de esa palabra italiana.

—¿De qué hablaba esa mujer?

—Es la marca del traje. Lo estreno hoy. Lo compré hace unos meses, pero aún no lo había estrenado.

—No me extraña que lo mire, incluso yo he estado observándolo antes. Te queda a la perfección y es muy elegante.

—Bien, el bolso podría ser falso, según dice esta mujer. Tendremos que volver al set y preguntarle a Winters si fue ella la encargada de conseguirlo. Si no lo fue, que nos diga quién y en qué tienda lo pidieron. Todo esto cada vez cuadra menos. Tantas vueltas por un maldito bolso. Pero también quiero interrogar a esta checa y a su padre, si es posible. Necesitamos localizar en qué hotel se hospedan, no creo que eso suponga ninguna dificultad.

—Sabemos el nombre, lo tengo apuntado. Por el camino, si sobrevivimos a tu conducción, llamaré a Higgins para que nos proporcione ese dato. Podemos dividirnos, déjame en la comisaría y yo iré por mi cuenta a hablar con Winters, o viceversa.

—No es mala idea. Son demasiados frentes abiertos. El set de grabación, los checos por otro lado. No sería mala idea volver a casa de Martins, pero ahora, por el día. A ver qué información podríamos sacar de esa rusa. Habla el inglés suficiente como para que nos cuente cosas. ¿Quieres ir tú? Para que no digas que me dejo llevar por ciertas pasiones...

—No, Bill, mírate, vas como un dandi, mejor anda tú. Yo me ocupo de la hija del diplomático entonces.

Bell deja a Wachowski en la comisaría y continúa camino hacia el norte, al set de rodaje donde trabaja Heitor Martins.

Los guardias de seguridad ya conocen el coche y a William, por lo que lo dejan pasar en cuanto ven su placa mostrada a través de la ventanilla. Aparca a unos quince metros de la entrada. Se introduce en el edificio con rapidez. Se oyen voces que salen de un despacho que tiene la puerta entornada. Bell se acerca para escuchar, tratando de que no lo vea nadie.

—Eres una absoluta inútil, tú con tus ideas de bombero, maldita sea. Los maderos dicen que no aparece el puto bolso. ¡Necesito ese bolso! Si mañana no está devuelto antes de las cinco de la tarde me van a cobrar cincuenta mil

dólares.

—Heitor, escucha, ¿cómo iba yo a saber que la matarían? ¿No lo entiendes? Es algo que nadie puede prever, piensa un poco y entiéndeme.

—Entiéndeme tú a mí, que pareces boba —grita Martins fuera de sí—. La chica que me consiguió ese bolso lo ha sacado de la tienda a escondidas, se juega su carrera y su prestigio. O le devuelvo el bolso o compro uno nuevo por esa maldita cantidad. Y soy yo el responsable, no tú. ¿Cómo se te pudo ocurrir tocar algo sobre lo que careces de responsabilidad? Pero no tengas ninguna duda de que ese dinero te lo iré descontando de tus nóminas, dólar a dólar. No voy a pagar por algo que no he hecho. Tú eres la culpable.

—No podía imaginar que costara tanto, Heitor. Y todo por tu tacañería. Podrías haberlo comprado. Presumes de tus millones, pero luego, si tienes que comprar un bolso de marca para cuatro escenas, te da pena gastar ese dinero y prefieres que alguien se juegue el tipo por ti. Si la historia sale mal, echamos la culpa a alguna pobre desgraciada y santas pascuas, ¿no es eso?

—Lo que yo haga o deje de hacer con un dinero que es mío y de mis socios, no es asunto tuyo, así que no vuelvas a mencionarlo o mañana tendrás que empezar a buscar un nuevo empleo. Ahora sal y trata de averiguar por todos los medios dónde está el bolso.

Bell intuye que la tensa discusión ha llegado a su fin y pasa a la sala de espera, como si no hubiera escuchado nada. Consigue ver la cara de Isabella cuando sale. Va llorando a moco tendido. Decide abordar primero a Martins y quizá luego pueda hablar con Winters.

Heitor sale acalorado y sudoroso de la pequeña sala y se dirige a la máquina del café. Mientras rebusca algunos centavos en los bolsillos de su americana, se da cuenta de que el detective está ahí, sentado, observándolo. De nuevo, un gran nerviosismo se apodera de él. Se le caen varias monedas al suelo, pero rehúsa recogerlas.

—Buenos días, señor Bell. No voy a decir que sea una sorpresa verlo otra vez por aquí.

—Buenos días, Martins. Su nerviosismo no decrece con el paso de las horas, más bien, al contrario, parece que se intensifica. ¿O es solo una impresión mía? Puedo estar equivocado, pero le noto alterado.

—No, son cosas del rodaje, de la grabación, siempre hay aspectos difíciles y un montón de detalles que mejorar, pero todo va bien, la verdad.

William decide no hablar. Prefiere mirar a Martins y esperar que sea él mismo quien cuente el lío del bolso. Si no lo hace, le dirá que ha estado escuchando la desagradable discusión con Winters. Antes del minuto, Martins se rinde. Intuye que Bell conoce el asunto, aunque no sepa por qué medio se ha enterado.

—¿Ha estado en la tienda?

—Eso no importa ahora, Martins. ¿Por qué es tan importante para usted? Además del valor material, por supuesto. Quizá ese bolso contuviera algo cuando la señorita Winters lo cogió para dárselo a Sandra...

—Lo importante es lo que contiene el lápiz, ya les dije a ustedes que hay fotos de esa chica que pretende ser actriz.

—¿Acaso son comprometedoras? Quiero decir, ¿aparece en ellas desnuda o algo similar?

—No soy fotógrafo y yo no hice esas fotografías, pero podría ser que estuviera ligera de ropa. El padre es un checo muy religioso, es católico. Sin duda, si se entera de que su hija anda posando para conseguir papeles en series de televisión, lo puede pasar mal. Durante la cena le escuché hablar acerca de la degradación del mundo occidental, de la falta de decoro de los jóvenes, pero especialmente de las mujeres, que andan enseñando demasiada carne en sus redes sociales. Él cree que su hija es diferente y parece que se llevaría un buen chasco en caso de poder ver esas fotos.

—Usted sufre por ello como si fuera el padre de la chica, es extraño. De una joven extranjera que, según sus palabras, apenas conoce. No cuadra mucho, sinceramente. Como estoy acostumbrado a sus mentiras, permítame que no me lo crea, pero puede usted inventarse otra bonita historia.

—Solo trato de proteger a una mujer interesante y bella que podría participar en alguna película. Me gustaría hacerle algunas pruebas de cámara, pero con todo este lío, de momento habrá que paralizarlo.

»Si apareciese el bolso, háganmelo saber, si son tan amables —añade el director.

—¿Por qué tendría que informarle yo a usted acerca de una importante prueba? Ni es de su propiedad ni tenemos por qué hacerlo. Si usted se ha arriesgado a utilizar algo que no es suyo, sin comprarlo, ahora deberá pagar las consecuencias. Lo que quiero ahora es el nombre de la vendedora de la casa Chanel que le ha dado, a escondidas, ese bolso. Nombre y dirección de la tienda. Ahora.

—Se llama María Smith. Trabaja en el centro comercial Bar Harbour Shops en una minitienda que ha abierto allí Chanel. Sea discreto, se lo ruego, pero por ella, no por mí.

—No necesito que un mentiroso compulsivo me diga cómo debo hacer mi trabajo, señor Martins. Espero que le quede claro de una vez y para siempre. Ahórrese consejos y recomendaciones, no es quién para darlos.

—Me parece que está usted pasándose de la raya conmigo. Tengo contactos, y muy poderosos. Ayer metí la pata, y lo reconocí, pero eso no le da derecho a usted a andar hostigándome todo el tiempo, por muy gran detective que se crea.

—No es el verbo más adecuado en esta situación. Yo solo le incito, sin hostigamiento, a que me diga la verdad. Pero usted, una y otra vez, la evita, la dice a medias o le pone edulcorantes. Amenazas a mí, no, Martins. Conmigo

no funcionan. Me importa una mierda quiénes sean sus amigos o sus contactos, aunque sea el mismo presidente de Estados Unidos. Si es usted inocente, no tiene nada que temer, pero si tiene algo que ver con el asesinato de Sandra Álvares, ni uno solo de sus apreciados contactos le servirá de nada.

—Si no se va de inmediato avisaré a seguridad —dice Heitor en un arrebato de valor que le sorprende a él mismo.

—¿Y qué harán esos chicos de seguridad cuando me vean esposarlo como sospechoso principal del asesinato de una famosa actriz que trabajó para usted? Porque, con sinceridad, no es por responder amenaza por amenaza, usted es, ahora mismo, el principal sospechoso en la investigación, y tengo todo el derecho del mundo a llevarlo a la comisaría e interrogarlo allí. No creo que sea necesario, pero no haga tonterías y no me obligue a hacer algo que estaría dentro de la lógica.

A Heitor se le empieza a poner el rostro de color verde. Está a punto de desmayarse. Ha ido demasiado lejos con el policía, y lo sabe. Le tiembla todo el cuerpo.

—He terminado con usted, por ahora, pero no me voy del edificio. Dígame dónde está la señorita Winters, desearía tener unas palabras con ella.

—A veces está en el camerino 6B. Está al fondo de este pasillo.

—Gracias, señor Martins. Comprobaré el asunto de María Smith. Por su bien, le digo que espero que no sea una nueva mentira.

—Le juro que esa chica está allí y es la que consiguió el bolso.

—No nos caemos bien, eso es obvio, pero jamás he detenido a nadie por ese motivo. Lo que no voy a permitir ni una sola vez más es una nueva mentira. Vamos a llegar al fondo de este asunto, no le quepa duda. Hasta pronto, señor Martins.

Bell llama a la puerta del camerino 6B. A los pocos segundos le abre Isabella Winters. Está más calmada, pero todavía son perceptibles las señales

del llanto; tiene los ojos muy enrojecidos y está con un pañuelo de papel en la mano, hecho una bola.

—Señor Bell, pase, por favor.

—¿Está mejor? Sé que ha tenido una más que agria discusión con Heitor Martins. Puedo volver dentro de unos minutos, si lo prefiere.

—No, no, estoy bien. Tengo mucho trabajo y cuanto antes acabemos, mejor para todos —dice ella.

—Bien. Como suelo hacer, voy al grano. Usted nos dijo ayer que les acababa de llegar ese bolso para el rodaje de unos capítulos. ¿Qué quiso decir usted exactamente con eso de «nos acababa de llegar»? ¿Por qué medio les llegó a ustedes?

Isabella duda antes de responder. Mira a Bell con los ojos abiertos como platos, un tanto desconcertada.

—Bueno... el bolso, sí, estaba aquí.

—Dedujimos que había sido usted la encargada de traerlo aquí, ya que tan preocupada se mostraba por encontrarlo.

—Yo no lo traje. Fue Martins. Yo solo sabía de la existencia de ese bolso, pero desconocía que no había sido comprado, sino solo pedido prestado. Ahora él me hace responsable a mí de esta lamentable pérdida. La vendedora que lo sacó de la tienda sin autorización asegura que es un bolso de cincuenta mil dólares.

—He escuchado la conversación de hace unos minutos. Yo acababa de llegar y venía para hablar con ustedes dos. Lo que quiero que me cuente es de qué manera la contactó Sandra y por qué, si era una estrella tan famosa y se supone que con dinero suficiente para pagarse un vestuario y complementos de lujo, tuvo que recurrir a usted.

—Es simple. Ella me llamó por teléfono hace unos días.

—¿Cuántos días?

—No más de una semana, quizá seis o siete, pero no más, ahora mismo no podría fijar el día, pero creo que fue el jueves pasado.

—¿Solían ustedes hablar con frecuencia?

—No, nunca.

—Más a mi favor. Esta historia de pedir un bolso a una excompañera con la que no se tiene trato no es nada lógica.

—Desconozco el motivo por el que no podía comprarse ese bolso, quizá anduviera mal de dinero, no sabemos casi nada de su vida privada, lo juro. Nadie sabía nada. Lo cierto es que ella me había hecho algunos favores cuando trabajaba aquí.

—Comprendo, ¿qué tipo de favores?

—Solía interceder a mi favor cuando Heitor me regañaba a voces por algo. Tiene la costumbre de gritarnos a todos, pero a veces la toma conmigo de manera especial. Mi persona suele ser el pato que paga sus accesos de cólera. Es, a veces, francamente insoportable. Ella sabía que yo le estaba muy agradecida por aquellas ayudas, en las que se enfrentaba abiertamente a Heitor para que dejara de gritarme. Ninguna otra persona del estudio se atreve a interrumpir una de sus broncas. Quizá por eso pensara en mí, yo quiero pensar que es debido a ello, pero eso solo lo sabía Sandra. Me dijo que necesitaba con urgencia un bolso elegante, de color gris o plateado, para combinarlo con el vestido que llevaba esa noche.

—Le seré sincero, señorita Winters. Tanto usted como el señor Martins son ahora mismo, junto con otro par de personas, los principales sospechosos de este crimen. Dígame, y piense que mentir le perjudicará enormemente, todo lo que sabe sobre el asunto del bolso y lo que pasó durante la ópera.

Isabella se lleva la mano a la frente y cierra los ojos, desesperada. Resopla ruidosamente.

—Sé lo que me ha contado Heitor. Que una mujer desconocida entregó

algo a Sandra en uno de los descansos, y que esta se lo metió al bolso que yo le dejé con la certeza de que lo recuperaría al día siguiente. No sé más. Ignoro quién es ella y qué pudo entregarle a Sandra.

—Supongo que tendrá usted una teoría al respecto. ¿Qué podría ser? ¿Y por qué a Sandra esa precisa noche?

—Solo sé lo que Heitor insinúa. Que podrían ser unas fotos de esa chica, pero me extraña mucho que se haga entrega de fotos de esa manera, cuando hoy en día todo el mundo cuelga en Internet fotos de uno mismo. Si es modelo o actriz, sus fotos serán conocidas por sus seguidores.

—Podrían ser fotos comprometedoras para alguien, quizá —deja caer William.

—No tengo ni la más remota idea, señor Bell.

—Bien, señorita Winters, debe usted permanecer en la ciudad y no salir bajo ninguna circunstancia. Si le surgiera algún viaje, deberá comunicármelo personalmente de manera inmediata. Aquí tiene mi tarjeta. Llame a cualquier hora, siempre tengo el móvil encendido. Y tenga cuidado con esa mala bestia. Un día alguno de ustedes va a tener un disgusto.

—Así lo haré, gracias.

Capítulo 13

Wachowski, gracias a un contacto de Hernández en la embajada checa en Estados Unidos, consigue localizar el hotel donde se alojan Dagmar y su padre Franz. El hotel no es otro que el St. Regis Bal Harbour Resort. Darren se queda impresionado. Sabe que es uno de los hoteles más caros de Miami. El precio medio de cada habitación supera los dos mil dólares por noche.

Llega al hotel conduciendo su viejo y herrumbroso Chevrolet familiar, que suscita miradas compasivas de los aparcacoches. Uno de ellos, un chico que no supera los dieciséis años, se le acerca y le pregunta si debe aparcarle el auto.

—Gracias, hijo, soy policía, detective de Homicidios. No, no lo aparkes, lo dejamos aquí, voy a estar muy poco tiempo. Ah, y que no se corra la voz, ¿de acuerdo? —le dice guiñándole un ojo.

El muchacho asiente con la cabeza. No sabe de qué sorprenderse más, si del destartado coche, cuatro latas a punto de caerse a pedazos, o de la extravagante indumentaria de ese hombre que dice ser policía, pues lleva pantalones verdes, camisa naranja y corbata de color amarillo limón con rombos marrones. «Un semáforo andante», se dice el chaval. «Y pretende pasar desapercibido con esa facha». Pese a que no ha tenido que estacionar el Chevrolet, Darren le da un billete de cinco dólares, lo que provoca en el joven una gran sonrisa.

—Vigilaré bien su coche, señor, confíe en Albert —le dice alegre.

—Así lo espero, Albert.

Darren pregunta en recepción por los señores Hrabe. Se identifica como policía y dice que necesita hablar urgentemente con la señorita Dagmar Hrabe. El empleado, un hombre canoso de unos cincuenta años que usa gafas negras de pasta, le contesta que tiene órdenes estrictas de no pasarles ninguna

llamada.

—Son diplomáticos, y creo que ni siquiera la policía puede hacerlo, pero consultaré con mi encargado de inmediato, señor Wachowski.

—Un segundo. El padre es diplomático checo, en efecto, pero ella es solo su hija. Ella no tiene inmunidad diplomática, me temo.

—Es cierto, señor. No había caído. A ella, entonces, voy a tratar de localizarla.

—Es un asunto urgente y confidencial. No diga que soy policía en un principio; solo como último recurso, si se niega.

—No hablo checo, señor. Espero que ella sepa inglés.

—Me consta que lo habla con fluidez. Adelante, llame.

El empleado de recepción telefonea a la habitación de Dagmar. Tarda en contestar, pero lo hace al fin.

—Señorita Hrabe —dice el hombre—, una persona desea hablar con usted; está aquí, en recepción.

A continuación cuelga el auricular.

—¿Ha colgado? —pregunta Darren decepcionado.

—En absoluto, señor. Parecía contenta con la noticia. Dice que baja en cinco minutos. Puede usted esperarla, si lo desea, en nuestra preciosa terraza acristalada con vistas al mar. Uno de nuestros camareros le atenderá enseguida, si desea tomar algo.

—Gracias, esperaré ahí, pero no creo que pueda yo... tomar nada aquí. Sé lo que cuestan las habitaciones.

—Nos interesa la discreción, señor. Nadie sabrá que no ha pagado. Usted pida lo que desee. Yo me encargo.

—Muchísimas gracias, Henry —dice Darren, que ha leído el nombre escrito en la placa que lleva sobre su americana.

—No hay de qué, señor, ha sido un verdadero placer.

Dagmar Hrabe baja ocho minutos más tarde. Lleva pantalón vaquero corto blanco, unas zapatillas de deporte blancas y una camiseta negra de tirantes, bastante ajustada. Es blanca como la leche y tiene el pelo rubio más bonito que Darren haya visto en su vida. Los ojos son de un azul muy intenso. «No me extraña que quiera ser actriz».

—Buenos días, señorita Hrabe. Siéntese, por favor. Me llamo Darren Wachowski y soy detective del Departamento de Homicidios de Miami.

—¡Oh! —dice Dagmar sorprendida.

—¿No sabe la noticia?

—No me asuste, ¿qué noticia es esa que debería saber? —pregunta ella palideciendo.

—Ayer por la madrugada se encontró el cuerpo sin vida de la actriz Sandra Álvares.

Dagmar da un grito y se lleva la mano a la boca de inmediato, tratando de paliar así el efecto de este. Todos los clientes de las mesas circundantes se vuelven hacia ellos al mismo tiempo.

—Pero no puede ser. ¡Qué desgracia! No sabía nada, nadie me ha informado. Bueno, por otro lado, ¿quién habría podido informarme sobre tal acontecimiento? ¿Los miembros del hotel?

Dagmar se calla de repente, llevándose ambas manos a la boca. A Darren le parece que su piel quiere palidecer, pero como ya es sumamente blanca, no está seguro si se debe a la luz o a la noticia que acaba de escuchar. Decide esperar y escudriñar bien la reacción de la joven checa. Ella no rompe el silencio, se limita a mirar a Wachowski con los ojos muy abiertos. Está muy turbada y apenas puede reaccionar. Al final, ha de ser él quien reanude la conversación.

—Ustedes se vieron esa noche, ¿verdad? Me refiero a que se vieron unas horas antes de que fuera encontrada cadáver sobre la sucia acera de un

callejón.

—¿Cómo dice usted? —pregunta ella en su buenísimo inglés, controlando incluso los matices de entonación de los británicos.

—Sí, señorita Hrabe, digo que se vieron esa noche, durante el espectáculo de la ópera, en uno de los descansos. He venido a verla justo por este asunto.

—Me temo que se está confundiendo usted, señor... disculpe, he olvidado su apellido, aunque recuerdo que es polaco. Wa...

—Wachowski.

—Pues verá, señor Wachowski, creo que han cometido ustedes algún tipo de error. Anteanoche estuve cenando con mi padre y un hombre americano en un restaurante, no fui a la ópera y no vi a la pobre Sandra, que en paz descansa —dice al tiempo que se santigua con la mano derecha.

—No, de ninguna manera. Sabemos que, en efecto, estuvo usted en ese restaurante argentino de carne con su padre y el señor Martins, director de televisión, pero también estuvo usted, y esto es lo extraño y lo que nos tiene un tanto desconcertados, en el teatro de la ópera de Miami.

—¿Por qué insiste en declarar algo que no es cierto? Es posible que alguien les haya dicho a ustedes, a la policía, me refiero, que estuve allí, pero quien lo haya dicho, miente. Le digo que miente tal persona.

—Un segundo, señorita Hrabe, disculpe, déjeme terminar. No, no nos lo ha dicho nadie. Lo hemos visto con nuestros propios ojos. Yo mismo he visto esas imágenes. Verá, las cámaras de seguridad del teatro han captado a la perfección unos instantes donde se hallaba usted, en uno de los descansos del espectáculo, con la señorita Álvares. Se las ve hablar e incluso reír. Y usted le da algo a ella, parece ser que un lápiz electrónico. Uno de los acomodadores pensaba que era un mechero, pero eso me lo podrá confirmar usted mejor.

Dagmar, cuyos ojos están a punto de salirse de las órbitas, no da crédito a las palabras que está oyendo de boca de ese extraño policía vestido más

como un hombre anuncio, de esos que reparten propaganda por las calles de las ciudades americanas.

—Yo lo único que le puedo confirmar es lo que comí en el restaurante y lo que hice después, que no fue, de ningún modo, ir a la ópera. No estuve allí; de hecho, no he estado nunca. Es mi primera visita a Miami y no he pisado ese teatro jamás. Por lo tanto, no puedo confirmar qué le dieron a la pobre Sandra. Dios mío, esto es una locura, parece una novela de Kafka, nuestro mejor novelista de todos los tiempos. ¿Ha leído usted el libro *El proceso*?

—Sí, conozco ese libro, he leído alguno de sus libros, pero no creo yo que este caso...

Darren se muestra también extrañado, pues no se esperaba estas respuestas. Tiene ahí a la joven, y es exactamente igual a la cara que ha visto junto con Bell durante los visionados de las cámaras. Es ella, no cabe duda, pero la mujer, por alguna razón que se le escapa, no colabora.

—De manera, señorita, que niega usted rotundamente haber estado hace dos noches en la ópera de Miami.

—Así es. Lo niego porque es cierto que no estuve en ese sitio. ¿Cómo podría haber estado en dos lugares al mismo tiempo?

—Eso es cierto, es imposible, pero sí podría haber ido por algunos minutos. Lo malo es que también tenemos imágenes suyas durante el espectáculo. Se la ve sentada en una de las filas. Pues tengo que decirle que existe una mujer que es clavada físicamente a usted, tiene su misma cara.

En ese momento aparece el señor Hrabe, el padre de Dagmar. Va vestido con un elegante traje negro, camisa blanca de seda con gemelos de oro y corbata azul celeste con una minúscula bandera de la República Checa cerca del nudo. A Darren le llama la atención ese detalle.

—Dagmar, pero ¿qué haces aquí, hija? Te estamos esperando, sube a vestirse, deprisa. ¿Has olvidado que tenemos la recepción dentro de una hora?

El coche está a punto de venir por nosotros. Venga, sube ya a tu cuarto. Te espero aquí. ¿Con quién estás? —dice él en checo.

—Este hombre es policía, papá —responde ella en inglés, idioma que el diplomático también domina, pero del que no tiene, ni de lejos, ni la fluidez ni la perfecta pronunciación de su hija.

—Cómo que policía —dice él cambiando el semblante y mirando a Darren de forma severa, pasando al inglés.

—Sí, señor, me llamo Darren Wachowski y soy detective del Departamento de Homicidios de la ciudad de Miami. Estamos investigando un homicidio que ocurrió hace pocas horas en el centro de la ciudad.

—Señor Wachowski —dice Hrabe—, soy diplomático de la República Checa. Si ustedes tienen que decirme algo, tendrá que ser con la intermediación de la embajada de mi país. Tengo derecho a ciertos privilegios que me otorga mi posición y...

—Disculpe, señor Hrabe, todo eso lo sé. He venido para hablar con Dagmar, su hija, aunque también me gustaría hacerlo con usted, en la medida de lo posible. Su hija no está «blindada» de la misma manera, creo.

—No, ella no, pero me parece un atropello que...

—Por favor, si me permite explicárselo, le pondré al día en cinco minutos acerca del caso. Es muy importante. Siéntese con nosotros. No estoy acusando a nadie de nada, por favor, solo he venido a hablar, a confirmar algunos detalles, ciertos hechos.

—Tendrá que ser muy rápido. El gobernador de Florida da una recepción a la que estamos invitados y no puedo permitirme llegar tarde, sería un deshonor.

—No se apure.

Darren le resume, lo más rápido que puede, el caso, haciendo hincapié en las imágenes donde se ve a Dagmar hablando con Sandra. El diplomático ni

siquiera lo deja terminar. Le interrumpe:

—Lo que afirma mi hija es cierto. Estuvo conmigo toda la noche. Pueden ir a ese restaurante y confirmarlo —dice el hombre, que habla un inglés correcto gramaticalmente, pero con un acento tan fuerte que a Darren le cuesta a veces seguirlo.

—Lo hemos hecho, señor Hrabe. En efecto, el dueño nos ha dicho que la mujer de la foto que le enseñamos había estado la noche anterior cenando en su restaurante. Él también, como ve, reconoce a la mujer de la ópera y a Dagmar como la misma persona. Tenemos un problema grave.

—Dagmar, por favor, sube a vestirme, no vamos a llegar. Te espero hablando con el señor Wachowski, no tardes —dice en checo a su hija—. Después de cenar vinimos al hotel, a este mismo. Estuvimos un rato en el único bar que está abierto a esas horas avanzadas de la noche. Yo tomé una manzanilla, pues la carne, por la noche, no es buena para la digestión. Dagmar no quería nada, tomó un poco de té por acompañarme. Después, hacia las doce y media, o ya casi la una, subimos a las habitaciones. Dígame, señor Wachowski, ¿a qué hora dice usted que tuvo lugar ese encuentro entre Dagmar y la señorita Álvares?

—Sobre las once, creo que a las 22:56, pero habría que volver a verlo.

—Imposible, ella estaba conmigo y con el señor Martins en el restaurante, eso se lo aseguro, le doy mi palabra. Esa mujer quizá se parezca, o no tienen buenas imágenes, pero es imposible que fuera ella.

—Las imágenes no tienen una calidad extraordinaria, no voy a mentirle, pero sí se distinguen bien, sin problemas, las facciones de las distintas personas que aparecen.

—¿Podría ver yo esas dichas imágenes? Es que le digo que no es posible que sea mi Dagmar.

—Bien, si vamos a la comisaría, yo podría...

—No puedo, entiéndame. Hágame un favor. Ahora nos vamos a la recepción, no podemos perder un segundo. Esta tarde estaré de vuelta en el hotel. Tenemos una cena con unos empresarios checos afincados en Miami, pero se trata de una cita, aunque en principio oficial, más informal; no habrá problema si me retraso un poco. Espero estar aquí a partir de las cinco de la tarde. Venga con la grabación, por favor. Soy su padre, tengo que ser capaz de reconocer a mi propia hija, ¿no cree?

—Bien, haré lo posible, señor Hrabec —responde Darren bastante desconcertado por todo lo que está escuchando.

—Perfecto, ahora subo a meter prisa a mi hija. No crea ni por un segundo que trato de evadir este tema. Si usted lo ve necesario, puede acompañarnos a la recepción, pero le doy mi palabra de que hablaré con usted con tranquilidad dentro de unas horas.

—No es necesario —dice Darren mirando su ropa—, no llevo, lo que se dice, la ropa adecuada para la ocasión. Pasaré por aquí esta tarde, si me es posible, pero no se lo aseguro. Si no pudiera, vendría mañana. De momento, me vale con su palabra y con su declaración sobre las horas. He apuntado todo. Buenos días, señor Hrabec. Salude a su hija de mi parte. Me gustaría terminar de hablar también con ella, cuando regresen de su compromiso con el gobernador, por supuesto.

—Así será, tiene, como le he dicho, mi palabra. Hasta la tarde, señor Wachowski.

Capítulo 14

William está frente a la mansión de Heitor Martins. Es poco probable que este vuelva a casa tan pronto, le ha dejado allí en el estudio con sus rodajes. Tendrá algo de tiempo para poder hablar con la mujer rusa a solas. Llama al timbre. Se identifica y pregunta por la señorita Natalia. Tiene apuntado su apellido, Vekareva, pero no está seguro de que, al pronunciarlo, se le entienda, por lo que prefiere referirse a ella como Natalia. Le dicen que está en la casa. Le abren la puerta. Los perros, durante el día, están atados dentro de sus respectivas casetas. Solo los sueltan de noche. Uno de ellos gruñe a Bell. Este lo mira, se quita las gafas de sol y se lleva el dedo índice a sus gruesos labios. El perro levanta las orejas, intrigado, y deja de gruñir.

—Buen chico —exclama el detective con un amago de sonrisa.

Natalia está en la puerta principal. Ha salido a recibirlo. Bell se dice que está aún más espectacular que por la noche. Lleva pantalones negros de cuero, muy ajustados, y una elegante blusa blanca, de seda, con un botón abierto. No sonrío, parece seria.

—Buenos días, detective Bell —saluda Natalia.

—Tiene usted buena memoria, señorita —dice William omitiendo a propósito el apellido, pues teme que suene ridículo a oídos de la mujer.

—Pues me dice qué desea.

A William le hace mucha gracia el bonito acento cantarín de la rusa. La entonación sube y baja como si quisiera comenzar a entonar una melodía. No puede evitar regalarle su mejor sonrisa, que es el preámbulo de una dentadura perfecta y blanca como la nieve.

—Ayer estábamos muy ocupados con su anfitrión. Hoy quería tener unas palabras con usted. ¿Hablamos aquí?

—Bueno, no es mi casa, pero supongo que puedo proponerle ir a la

terraza. Hoy hace un bonito día, ¿sí?

—Magnífico de verdad, claro que sí. Vamos allá, entonces.

Natalia lo conduce justo hasta la mesa donde tuvo lugar la encendida discusión con Martins, la misma que recibió el sonoro golpe de su mano. Natalia se sienta en una de las sillas de paja, llena de cojines. Con la mano hace un gesto al policía para que haga lo mismo en la silla que está justo al lado, muy cerca. Una de las mujeres del servicio de la mansión se acerca para preguntarles si desean beber alguna cosa. William dice que solo café, si es posible. Natalia pide té negro y unas pastas. La mujer se va con rapidez. El traje de Bell llama la atención de la rusa, que entiende cuándo está ante prendas de calidad. Admira su cuerpo trabajado, atlético, que se perfila bien bajo la finísima tela del Brioni. Por su parte, William no puede evitar que su mirada se desvíe de los grandes ojos de Natalia al escote, que insinúa más que muestra, pero que es, para Bell, un mirador desde el cual comenzar a fantasear con la forma de los tesoros que esconde esa blusa. Natalia, aunque él es discreto y ha procurado hacerlo rápido, lo ha notado. Y le gusta. Se sientan. Al cabo de unos segundos llega la mujer del servicio, una joven cubana mulata de largas y esbeltas piernas. Bell las admira sin rubor ni contemplaciones, lo que provoca una media sonrisa en la rusa.

—Se estará usted preguntando el porqué de esta visita.

—En ruso, pero sí.

—¿Y cómo sería esa pregunta en su idioma? Me gustaría oírlo.

Natalia cambia el gesto, se relaja por primera vez y ríe con una carcajada corta, casi de niña, que excita a Bell más de lo que le gustaría.

—¿Quiere que le diga en ruso cómo pensaba?

—Solo una frase, después seguiremos en inglés. Es que no sé cómo suena ese idioma, me temo que nunca lo he escuchado en vivo, quizá en alguna película, no recuerdo, pero así, ante una mujer tan bella e interesante..., la

verdad es que no.

—*Pochemú on prishól, chto on jóchet?* —dice ella, divertida, hablando sin casi despegar los labios.

—¡Ey!, ¿de dónde han salido esos sonidos? Si no has abierto la boca, ¿cómo es posible?

—No entiendo bien...

—Sí, que no abres la boca para hablar, es increíble.

—Es posible, yo no sé.

—Suena bonito, aunque un poco duro al mismo tiempo. Qué lenguaje extraño.

—Significa por qué ha venido, qué quiere.

—He venido para saber algo más sobre Heitor Martins, su anfitrión. Verá, Natalia, ¿me permite llamarla por su nombre? No consigo recordar ni pronunciar bien su complicado apellido.

—Por supuesto —dice ella sonriendo, pues le empieza a caer bien ese hombre.

—Ya sabe que acaba de ser asesinada la famosa actriz brasileña Sandra Álvares. Ella trabajó para Martins durante unos años, en una serie que la hizo famosa en todo el país y que le dio muchísimo dinero a Heitor. Creemos que él la conocía bien, pero no es eso lo que afirma. Dice, por el contrario, que apenas nadie sabía nada sobre su vida privada. Bien, me gustaría saber cuánto tiempo lleva usted en casa del señor Martins y cuál es su verdadera relación con él. Ayer me pareció que lo de «invitada» no pasaba de ser un cómodo eufemismo para salir del paso.

—El señor Martins siempre busca a las chicas bonitas a través del mundo entero. Yo trabajo como modelo en Moscú. Hace un mes, él me contactó por Facebook y dijo que le gustaría hacerme una entrevista y pruebas de cámara para una serie nueva que va a empezar en breve. Disculpe, detective Bell, mi

pronunciación. Yo no sabía inglés, solo unas palabras de la escuela. Llevo aquí tres semanas y tengo los cursos intensivos, mucho estudio, pero aún hablo mal.

—De manera que su interés por usted es profesional. ¿Se aloja usted en la casa?

—Sí, él me pagó el vuelo y todo, todo, todo.

—¿Qué tal fueron las pruebas?

—Solo hace unos días las hizo. Dice que debe que revisar todo. No sé, me gustaría mucho trabajar en América, claro, a quién no, pero no sé bien cómo pretende él de mí.

—Espero que esté usted bien. ¿No estará siendo acosada por él? Soy policía, puede confiar en mí. He visto, esta misma mañana, hace muy poco, cómo trata a su colaboradora más cercana.

—¿Se refiere usted a Isabella?

—En efecto, Isabella Winters, sí.

—No hay problema. Soy mujer, y sé qué quieren casi todos hombres de mí, siempre, pero me sé defender, señor Bell, no se preocupe por mí, todo bueno. Yo mantengo... cómo se dice esto... ¿lo mantengo a raya?

—Sí, muy bien... Así lo espero. La noche en la que mataron a Sandra él asegura que estuvo cenando con un diplomático checo y con la hija de este, Dagmar, en un famoso restaurante no lejos de aquí. ¿Estuvo usted aquí, en la casa, anteayer? Lo que quiero saber es la hora a la que llegó él, si es que permanecía usted despierta o lo recuerda.

—Sí me dijo que tuvo una cena importante y que volvía tarde. Por la noche le gusta sentar aquí, mirando el mar y bebe bastante. A veces lo acompaño, a veces no. Tiene cosas interesantes que contar, no niego esto, pero no me gusta cómo me mira a veces, cuando bebe.

—¿Lo ve? A mí me parece que debería usted instalarse en un hotel o

volverse a Moscú. Ese hombre se aprovecha de su profesión para intentar seducir a cuanta mujer bella se cruce por su camino, es mi opinión.

—Ya vuelvo pronto. Él me dio bastante dinero por quedarme seis semanas. Me queda poco y vuelvo, sí. Estoy contenta de que usted sabe de esto, así podré llamarlo si pasa algo conmigo.

—No lo dude ni un instante, aquí tiene mi tarjeta.

—Sobre la hora... no sé, de verdad. Yo dormía, me despertaron los «peros», pero no miré el reloj, me di vuelta en la cama y seguí durmiendo. Me acosté no antes de la una, eso sí.

—¿Diría que él volvió al poco de dormirse usted?

—No llevaba mucho dormida, sí, quizá una hora, media, no mucho, pero no quiero decir una cifra, porque no sé.

—Dice usted que ladraron los perros, y eso ocurre si entra alguien. ¿Podría haber sido cualquier otra persona de la casa?

—Podría, sí, pero sé que fue él porque siempre les grita con dos palabras fuertes para que se callen y dejen de ladrar. Ellos lo obedecen. Oí su voz alta.

Bell va tomando notas de todo ello, a veces sin mirar al papel de la libretita, con los ojos fijos en los labios de quien a William le parece un ángel eslavo salido de lejanas tierras cubiertas de nieve eterna y hielo. Así se imagina Rusia.

—Bien, de acuerdo. Y ahora me interesa también la hora de salida. ¿Estuvo esa tarde en casa?

—¿Él?

—Sí, disculpe, me refiero a Martins. Me gustaría conocer también, si es posible, a qué hora salió de esta casa.

—Salimos por la mañana, yo con él, pues me hizo unas pruebas de la cámara. Después yo volví sola aquí, él no vino. No estuvo por la tarde en casa, eso seguro. Supongo que fue al restaurante después de trabajo, pero yo

no sé.

—Gracias, Natalia. Dice usted que suele hablar por la noche mientras están aquí sentados. ¿Alguna vez mencionaba él a Sandra o hablaba de la serie?

—Sí, habla de ella bastante a menudo, la verdad. Sandra aquí, Sandra allá... Supongo que estaba enamorado a ella.

—¿Por qué tiene esa, digamos, corazonada?

—Le cambia la mirada en cuanto pronuncia su nombre, y tono de voz también. Mujeres notamos esto en hombres. No soy segura, pero es lo que creo.

—Muy interesante, la verdad.

—Creo que él se enfadaría si se entera de esta nuestra conversación, no sé —dice Natalia con tono preocupado.

—No, Natalia, Martins no se va a enfadar. Si lo hiciera, que por su bien espero que no, vendré aquí de nuevo y le explicaré bien claro lo que significa en Estados Unidos una investigación oficial por asesinato. Esto es muy serio.

Natalia quiere interrumpir al detective y, para ello, le agarra la manga de la americana, apretando un poco su antebrazo.

—¿Él es... no conozco esta palabra en inglés... un posible culpable?

—Uno de los sospechosos, sí, pero hay más. Este crimen puede haberlo cometido cualquiera, aunque, ahora mismo, y hasta que dispongamos de más claves, Heitor Martins debe andarse con cuidado, no mentir y no cometer estupideces.

—¿Usted cree que es culpable?

—Lo que yo crea, Natalia, no importa demasiado. Yo me baso solo en certezas, en hechos, en pruebas claras. Ahora mismo no hay ni siquiera indicios. También he venido a preguntar, aparte de las horas de entrada y salida de aquel día, si lo ha notado usted, al señor Martins me refiero, más

preocupado, nervioso, desde esa noche. ¿Ha notado algún cambio en él?

—La verdad es que no, nada especial. Sí quedó ayer, con su visita, muy asustado. Usted, me temo, lo asusta mucho. Cuando ustedes se fueron y él entró en la casa, temblaba todo su cuerpo, me fijé bien. No mira usted a los hombres y a las mujeres de la misma manera, eso es el hecho. Por ejemplo, a mí. Yo no tengo ningún miedo, al revés. Me trata usted bien, con mucho respeto.

El móvil de Bell vibra en su bolsillo. Cuando habla con alguna persona suele silenciarlo y dejarlo en modo vibración. Es Wachowski. «¡Este Darren! Ahora que se ponía de verdad interesante la conversación, qué oportuno es siempre, el condenado».

—En casa de Martins, sí. ¿Con Dagmar y su padre?

—...

—Eso sí que no lo esperaba. Muy interesante, Darren. Si tú también has terminado, veámonos en quince minutos en el edificio de la ópera. ¿Te da tiempo? Vale, tranquilo, esperaré lo que haga falta, no arriesgues demasiado con tu bólido.

William cuelga y mira a la mujer rusa, que luce una sonrisa espléndida; está mirándolo. Una vez más, el placer de contemplar y hablar con una bella mujer choca con sus obligaciones laborales. Ella cruza los brazos sobre el voluminoso busto, esperando la siguiente decisión del policía.

—Bien, señorita Natalia, no tengo mucho más que decir y no es bueno que permanezca más tiempo en esta casa, donde no está el dueño. Ahora debo irme, pues la investigación continúa. Quiero agradecerle enormemente todo lo que me ha contado. Usted no diga nada sobre esta conversación. Si él se enterara a través del servicio, reconózcaselo sin problemas, pero quizá ellos no se atrevan a decírselo. En cualquier caso, tengo derecho a interrogar a toda persona que yo considere oportuna para la investigación, así que deseche esa absurda idea de que podría enfadarse. Pero tenga cuidado, al mismo tiempo.

Es un tipo que no me gusta demasiado y he visto cómo se las gasta con las mujeres. Suerte y ojalá consiga usted el papel que desea.

—Muchas gracias a usted. Tengo su tarjeta —dice ella moviendo con rapidez los ojos hacia la tarjeta de Bell, que está sobre la mesa.

—Adiós, Natalia —dice él acercándose a ella, al tiempo que le tiende la mano.

La mujer se la estrecha con fuerza y la retiene un segundo más de lo considerado normal. Bell gira sobre sus talones y se va envuelto en los ladridos de los perros.

—¡Adios! —grita ella para ser oída entre los fuertes ladridos de los perros guardianes, pero Bell no llega a oír esa despedida.

Natalia coge la tarjeta, la ve con atención y después posa su mirada sobre el océano Atlántico.

Bell llega a la puerta de la ópera primero. Darren todavía no ha llegado. Mientras lo espera, decide echar otro vistazo al callejón. Para su sorpresa, dos hombres del equipo de Julius Stanford están peinando la zona de nuevo, inspeccionando el suelo del callejón y recogiendo muestras.

—Hola, muchachos. Parece que hoy hemos decidido todos volver por aquí. ¡Qué bueno! —exclama Bell.

—Qué hay, Bill. Pues sí, ya lo ves. Julius tiene muchas dudas y tu jefe nos ha pedido echar un último vistazo. Tenemos noticias frescas para ti —dice James Butler, un joven que trabaja para la policía científica de Miami—. De hecho, pensaba llamarte, cuando has aparecido. La sangre de ese pedazo de tubería que encontró el nuevo, Darren, no me pidas que pronuncie ese tremendo apellido que tiene, no es humana, así que no se corresponde con la sangre de Sandra Álvares. Es sangre de un roedor, una rata, lo más probable. Por lo tanto, el golpe en la cabeza podría haber sido causado con otro objeto.

Julius confirma que la muerte se produce debido a traumatismo craneoencefálico grave, pero no quiere dar nada por supuesto y sigue haciendo pruebas al cuerpo. Hemos analizado a fondo ese trozo de plomo, pero no hay huellas humanas, ni de piel del cráneo de la víctima. Tendremos que seguir buscando.

Wachowski aparece por el callejón. Bell le pone en antecedentes. Darren queda sorprendido y algo frustrado. Pensaba que su hallazgo conduciría a la pronta captura del culpable, pero ahora ni siquiera tienen el arma del crimen. Butler continúa con su búsqueda, provisto de pinzas especiales y algunos bastones finos de algodón, humedecidos en una solución que desprende un curioso olor. Bell se mete ambas manos en los bolsillos de su americana de marca. Suele hacer este gesto cuando está desconcertado o cuando la ausencia de certezas lo agobia, pues se le hace todo demasiado lento, como si viviera a cámara lenta. Mira a Darren, buscando un apoyo, pero el joven policía tiene tantas dudas como él.

—¿Cuál es la teoría de Julius acerca del objeto que acabó con la vida de Álvares? —pregunta William, dirigiéndose a Butler, que continúa metiendo restos en apariencia invisibles dentro de una pequeña bolsa de plástico. Tarda en contestar. Cuando lo hace, mira directamente a Bell a los ojos.

—Dice que puede haber sido con un objeto metálico pesado, contundente, tipo martillo, barra de hierro o pala, pero no descarta que la muerte se produjera por el choque violento de su cabeza contra alguna pared o contenedor metálico.

Una vez pronunciadas esas palabras, regresa a su búsqueda de microscópicos trozos de materia incierta. La última frase deja a Bell pensativo. «Contenedor...».

—Darren, al principio de este callejón hay un gran contenedor de basura, supongo que te has fijado.

—Así es, William, lo he visto al pasar; bueno, no me ha hecho falta verlo, mis fosas nasales lo han percibido mucho antes que yo. Eso apesta, amigo.

—Si apesta es porque nadie se ha ocupado, todavía, de vaciarlo —piensa Bell, pero lo hace en voz alta, lo que permite que Butler escuche la frase mientras sigue introduciendo su bastón dentro del plástico.

—Bill, sabes que somos minuciosos, no se nos pasa nada. Ese contenedor está ahí por orden de arriba. Sabes que a veces las personas pueden volver a arrojar ahí objetos claves para la investigación. No es frecuente, pero no sería la primera vez. Ese contenedor está siendo vigilado día y noche. Al estar la zona acordonada, nadie podrá, sin cortar las cintas amarillas, acercarse a él; por lo tanto, todo lo que haya ahí, lo estaría desde que descubrimos el cuerpo.

—¿Cuándo pensabais vaciarlo? —pregunta Wachowski.

—Dentro de unos minutos, en cuanto terminemos con esto. Esas son las órdenes que tenemos.

—Nos gustaría estar presentes, James —dice Bell.

—Como gustéis. Chicos, vosotros no estáis tan acostumbrados como nosotros a ciertos... olorillos. Creedme, ese contenedor, en una ciudad como Miami, con tantos días sin ser vaciado, será pura *eau de cologne*, esencia francesa de las caras, tíos.

—No tenemos nada de momento. Habrá que soportarlo, ¿verdad, Darren?

Wachowski no comenta nada, pero arruga la nariz indicando su poca predisposición a participar en el vaciado de ese enorme contenedor.

—Perfecto, James, otra cosa —dice Bell con una medio sonrisa ante el gesto de repugnancia de Darren—, decís que habéis estado vigilando el callejón día y noche, bueno, no vosotros, supongo, pero, en cualquier caso, ¿se ha acercado alguien extraño durante estos dos días?

—Nadie, eso dicen los muchachos, que no ha pasado por aquí ni un alma. En ese sentido, Bill, quédate tranquilo, nadie ha podido llevarse ni introducir

nada, al menos desde que el cuerpo fue hallado; otra cosa es si en el intervalo desde la muerte hasta el hallazgo del cadáver alguien volvió aquí. Eso no podremos saberlo nunca.

—Todo es susceptible de saberse, James, todo, no lo olvides. Al final, la verdad acaba saliendo a la luz —sentencia Bell.

Entre Bell, Wachowski, Butler y tres policías más vuelcan el contenedor de basura que ha estado vigilado desde el descubrimiento del cadáver. Darren siente, nada más acercarse, unas bascas incontenibles. Teme vomitar, pero se dice que como el horripilante olor lo invade todo, nadie lo notará. Solo tiene que conseguir que nadie lo vea. Al final consigue aguantarse.

—Darren, tío, ¿no te he dicho que te pusieras un pañuelo? No me haces caso jamás, y así te va —le recrimina Bell, que está siendo consciente, mientras empuja el contenedor con todas sus fuerzas, del mal rato que pasa su compañero.

—Cuando jugaba con bombas fétidas de niño era mucho peor, Bill, créeme. Siempre acababan cayéndome todas a mí. Llegaba a casa con un olor tal que los perros gañían desde lejos. Esto, en comparación, es coser y cantar, tú tranquilo.

Los seis policías están rodeados de moscas, algunas gruesas y verdes, otras pequeñas y nerviosas, que no paran de posarse sobre sus sudorosos rostros para tratar de absorber con sus trompas el sudor que los cubre. Vuelcan la mitad del contenedor. Bell, Wachowski y Butler se dedican a inspeccionar lo echado sobre el suelo. Los otros tres policías se dedican a escarbar en la parte que no ha sido volcada. Darren, para soportar el hedor, respira por la boca, pero a los pocos segundos da una corta carrera y vacía el estómago a unos metros de sus compañeros, entre grandes arcadas.

—Darren, tío, tienes muchas capacidades, pero esta no es una de ellas.

Hazme el favor de cubrirte la cara, ya basta de tener que andar detrás de ti como si fueras un niño de pecho. Es una orden, Darren —le grita Bell, cansado de las debilidades de Darren y harto de que se niegue a admitirlas, que es lo que más fastidia al veterano, aunque aún joven, detective.

Butler se acerca a Darren y, con amabilidad, le entrega un immaculado pañuelo de color azul claro. Darren, incapaz de mirar a nadie, balbuceando un inaudible «gracias», se lo coloca cubriéndose labios y nariz. El pañuelo del especialista, el mejor hombre de Julius, está levemente perfumado. Ese olor se le antoja a Darren como el mejor que ha podido aspirar nunca. Renovado, se une a las labores de escarbe entre toda clase de inmundicia y comida en avanzado estado de descomposición. Una gran rata salta de entre unos envases de cartón, asustando a los tres policías que buscan en el contenedor.

—¡Joder, puto bicho! Me ha dado un susto de muerte.

El roedor, ágil, se escabulle entre los pies de los policías, acercándose a Darren. Bell observa la escena, pensando que quizá se ponga a gritar como una abuela asustada, pero, para su sorpresa, aparta al animal con un suave puntapié que provoca un chillido desagradable en la rata, que huye veloz. Bell se ha armado de una tabla, no demasiado sucia, que ha encontrado en el mismo contenedor, para remover la basura. Butler les ha provisto a todos de guantes de plástico. Es Darren el primero en hallar algo.

—¡Bingo! —grita, sonriendo y olvidando sus bascas—. Este bolsito plateado coincide con el que hemos visto en las imágenes de las cámaras de seguridad. Tiene que ser el que llevaba Sandra.

—Bien, Darren, muy bien. Introdúcelo dentro de esta bolsa, por favor —le dice Butler, tendiéndosela al tiempo que sigue buscando entre la basura, entre una nube de moscardones que son casi más insufribles que el propio hedor.

Darren, antes de meterlo en la bolsa, mira en su interior, por si contuviera algo. Está vacío. A continuación es Michael, uno de los policías, quien

encuentra lo que parece un lápiz electrónico, pero está tan cubierto de una capa mezcla de salsa y de otros desperdicios que no acaban de estar seguros. Proceden a su limpieza y confirman que se trata, en efecto, de un *pendrive*. Otra prueba más que habrá de analizar el Departamento de Homicidios de Miami. La minuciosa búsqueda continúa. Cada envase, bote, lata o cartón doblado es inspeccionado con detalle. Van apartando en montículos todo lo mirado. Como los minutos pasan y el hedor va a más, todos deciden imitar a Darren y se colocan pañuelos sobre la boca. Butler no tenía suficientes y debe ir hasta el coche para coger dos más. Darren, por todo comentario, luce una sonrisa que capta Bell, quien le guiña, cómplice, un ojo, al tiempo que mueve con rapidez el brazo de arriba abajo, otorgándole a su apreciado compañero una nueva victoria, ya que todos se habían hecho los hombretones expertos, mas no han podido llegar a la media hora entre el fétido olor. Esta vez es Bell el que descubre algo. Metida en un gran envase de zumo de naranja, saca del mismo una pistola pegajosa de zumo reseco azucarado.

—Bueno, bueno, es posible que esta sea el arma del crimen —apunta Wachowski.

—Difícil que lo sea, Darren, no tiene percutor.

—Lo sé, lo veo, me refiero a que podrían haberla utilizado como martillo, quizá con ella la golpearon hasta matarla.

—Eso lo sabremos pronto. Si es así —dice Butler—, habrá restos de la piel del cuero cabelludo. Si eres tan amable, Bill, métela aquí. Gracias.

—Hay que tener una fuerza brutal para matar a alguien de un solo golpe con un objeto tan pequeño, aunque no sea del todo imposible, por supuesto —dice Bell, que sigue rebuscando entre los fétidos restos de basura que todavía no han sido revisados.

—¿Cuándo podremos saber algo sobre estos objetos, muchachos? —pregunta Darren.

—En cuanto tengamos algo, yo os llamaré personalmente para informaros. Nos vamos a poner a ello de inmediato, pero habrá que ser muy cuidadoso, con tal cantidad de porquería que tiene todo, no me extrañaría que se hubieran echado a perder las huellas digitales, en el caso de que las hubiera, obviamente —aclara Butler.

Capítulo 15

Hotel St. Regis Bal Harbour Resort, unas horas después

Darren y William esperan impacientes la vuelta del diplomático checo con su hija Dagmar. Han estado en la comisaría, y los técnicos han introducido las imágenes de las cámaras de la ópera en el móvil de Bell. A las siete y cuarto de la tarde pasa por delante de ellos el señor Hrabe. Camina solo y parece nervioso. Bell se levanta de su silla y lo aborda con educación.

—Disculpe, señor «Jreip», me llamo William Bell, soy detective del Departamento de Homicidios de Miami. Nos gustaría continuar con la conversación que ha mantenido usted esta mañana con mi compañero, Darren Wachowski.

—Mi apellido es Hrabe, si no le importa —contesta el diplomático un tanto altanero, ya que no ha sido de su agrado la forma que ha tenido Bell de dirigirse a él—. Sí, desde luego, he prometido que por la tarde continuaríamos hablando, pero espero que puedan esperarme unos minutos. Me gustaría ducharme y cambiarme de traje. Hoy hace bastante calor y no me siento cómodo.

—Por supuesto, esperaremos aquí mismo el tiempo que necesite. Dígame, antes de subir a su habitación, ¿su hija no está con usted?

—Vendrá pronto. Me ha dicho que quería hacer unas compras en un centro comercial. Espero que no se demore demasiado. Si es necesaria su presencia, le puedo hacer una llamada cuando lo requiera.

—De momento, hablaremos solo con usted. Aquí lo esperamos.

—En quince minutos estaré aquí.

—Gracias, señor —dice William con la misma frialdad que utiliza el checo con él.

Bell vuelve a la mesa y le cuenta a Darren que no le gusta nada ese

hombre, se ha llevado una mala impresión.

—William, tío, si solo habéis mantenido cuatro palabras. Yo creo que...

—No le gustan los negros, Darren. Vosotros, los blancos, no podéis percibir esto, pero nosotros lo notamos a la legua. Esa incomodidad, esa rigidez, ese intento de ser amable que no se consigue... En fin, no podemos hacer nada, desde luego, pero cuando eso ocurre me siento muy incómodo. Soy una persona como él, solo que con más melanina en la piel, eso es todo.

—Bill, hombre, seguro que es un tío antipático con todo el mundo. Yo he estado antes con él, tiene la amabilidad seca y falsa de los políticos. Relájate, veremos cómo reacciona cuando baje. Yo creo que está asustado, eso me ha parecido esta mañana durante los pocos minutos que hemos podido departir.

—Dices que asegura que volvió con Dagmar al hotel. Tenemos que incidir en eso, en las horas, en las entradas y salidas, una y otra vez. Apunta todo. Si miente, se delatará tarde o temprano. Sería bueno que estuviera la hija, es como si ella hubiera evitado este encuentro a propósito. ¿Tú cómo lo ves?

—Pienso exactamente lo mismo, Bill. Quizá fuera conveniente decirle, desde un principio, que le avise a través de un mensaje, o que la llame.

—No, vamos a ver cómo se comporta sin ella. Me interesa verlo solo, de momento —dice William apurando los restos de su café capuchino, una taza minúscula que tiene un precio de quince dólares.

Darren ha preferido no tomar nada. Teme que lo vuelvan a invitar, y se siente incómodo.

Durante el intervalo de espera al señor Hrabe, Bell llama al jefe para saber si se podría retener tanto a este como a su hija en caso de que las declaraciones revelaran que podrían ser responsables. Hernández le dice que será difícil, pero que consultará con sus superiores. Para la hija no habría mayor problema, pero con el padre sería complicado. A su vez, Darren se pone en contacto con Butler y su equipo para interesarse sobre el asunto de las

huellas en el *pendrive*, la pistola y el bolso. Le comunican que todavía no tienen nada, que sigan esperando. Bell pide otro café, esta vez solo, y habla con Darren sobre los siguientes pasos a dar tras salir del lujoso hotel.

El diplomático baja a los quince minutos exactos de haber subido a su habitación. Se ha cambiado el traje, ahora lleva uno de color marrón claro, con corbata beis y ostentosos gemelos de oro, que no son otra cosa que dos águilas imperiales. A Bell le desagrada profundamente el color de ese traje. Es muy caro, se dice, pero no tiene gusto, no le sienta bien al palidísimo color de su piel. La corbata, en cambio, le parece de las más elegantes que ha visto nunca.

—Aquí estoy, señores, para lo que necesiten. Estoy a su entera disposición —dice Hrabe sentándose despacio, calculando hasta el mínimo movimiento, sin dejar de mirar a los dos policías.

—¿Desea tomar alguna cosa, señor? —pregunta Darren por mera cortesía, esperando que la respuesta sea negativa, pues si el checo decide pedir algo de comer tendría que pagarlo él, ya que ha sido quien hizo el ofrecimiento.

—La comida ha sido copiosa. No quiero nada, gracias, señor Wachowski.

El alivio de Darren es tan grande que teme que sus interlocutores se lo noten.

—No perdamos tiempo —dice Bell—. Como bien sabe usted, estamos investigando el asesinato de una mujer. Sabemos que la noche en que la asesinaron alguien le entregó a Sandra un *pendrive*. Viendo las imágenes, señor —evita pronunciar su apellido—, si esa chica que le hace la entrega no es su hija Dagmar, se le parece muchísimo. Hemos traído las imágenes de la cámara de seguridad. Las tengo aquí, en mi teléfono.

Bell le tiende el aparato al diplomático, tras pulsar el botón de inicio del vídeo, y deja que el altivo europeo lo mire con calma.

—Es ella, no cabe duda, pero no puede ser, señores. Les digo, y les juro si

hace falta, por Dios si fuera necesario, y soy un ferviente católico, que mi hija Dagmar no se movió de mi lado esa noche. Estuvimos juntos en el restaurante y también después. ¿Podría detener la imagen para verla mejor, señor Bell? Es que es del todo imposible. Se ve la hora, y nosotros, justo en esos minutos, estábamos, creo, en el primer plato o a punto de empezar con el segundo, con la carne. No, no es posible. Ahora mismo voy a llamar a Dagmar para que me dé una explicación de todo este embrollo sin sentido; es una locura.

—Un segundo, señor Hrabe —interrumpe Darren—, no la llame aún. Mi compañero desea hablarle antes de que llame usted a su hija.

—Así es, señor. Verá, no hay ningún embrollo. Como el hecho es muy grave, pues se trata de un asesinato, no voy a andarme con zarandajas, porque yo no tengo que proteger a nadie ni me importan las escenas familiares que puedan derivarse. Resulta que su hija, compinchada con el director Heitor Martins, utilizó a Sandra para darle un *pendrive* que contiene supuestamente, pues aún no hemos podido analizarlo, fotos de ella, ya que su sueño, como asegura Martins, es convertirse en actriz en este país. Es por ello que...

—¡Pero qué demonios dice usted! Cómo se atreve a insultarme a mí y a mi hija con esas afirmaciones inadmisibles y fuera de lugar. A mi hija le espera una brillante carrera diplomática, lleva años preparándose para ello, y no le consiento que usted, un perfecto desconocido, una persona que no sabrá ni dónde está en el mapa mi país, me diga lo que le gustaría o no le gustaría a mi hija. Esta historia es absurda.

—Es la historia que nos ha contado Heitor Martins. Todo se desarrolló en secreto para que usted no descubriera nada. Por eso él no se atrevió a coger el dichoso *pendrive* directamente de las manos de Dagmar, por si usted sospechaba algo. Y creíamos que había sido su hija la que se lo dio, durante el espectáculo, aquella noche. Usted mismo dice que es ella, es su rostro, aunque no sería posible, pues asegura que estuvo con usted toda la noche y no en el

edificio de la ópera. Yo no estoy diciendo que su hija tenga ese sueño, no la conozco, no la he visto en mi vida, he dicho que supuestamente eso es así, al menos es la información que tenemos. Y tampoco es tan extraño si usted reacciona, ante el asunto, como acaba de hacerlo. Me parece que empiezo a comprender el porqué de tanto secretismo. Bien, ya le digo que no me preocupa lo que usted piense o deje de pensar sobre el tema. Lo que me interesa, y voy a descubrirlo más pronto que tarde, es la identidad de esa señorita que tanto se parece a su hija Dagmar.

El señor Hrabe vuelve a ver el vídeo una y otra vez, parando la imagen y ampliándola. De repente, su cara se torna de color verdoso. Ambos detectives perciben que ha captado algo y esperan que tenga la delicadeza de decírselo sin ser preguntado, aunque deciden esperar su reacción.

—Creo, señores —empieza a decir el diplomático con la voz enronquecida por la ira—, que sé quién es esta señorita.

—Pues estaríamos más que encantados de saberlo nosotros también, señor Hrabe —dice Darren, sonriendo, para intentar calmarlo.

—Voy a llamar de inmediato a Dagmar para que me explique qué significa todo este asunto del demonio.

—Un segundo —lo interrumpe Bell—, antes de llamarla, díganos quién es esa joven, si es que no se trata de su hija Dagmar. Dice usted que cree saberlo. Estamos investigando un asesinato, no lo olvide. Todo lo que diga puede ser de una gran trascendencia. Deje la llamada para después, por favor.

El checo permanece unos segundos en un inquietante silencio, sopesando si obedecer al policía y contarle su teoría, que cada vez toma más forma en su mente, o, por el contrario, llamar a su hija, como era su primera intención.

—De acuerdo, quiero colaborar con la justicia, sea del país que sea, no me importa. Bien, esa joven es, sin duda, mi hija.

—De manera que no estuvo con ustedes toda la noche en el restaurante

entonces —interviene Darren.

—No he dicho que sea Dagmar, señores. Es mi otra hija. Son gemelas. Se llama Eliska. Solo puede ser Eliska. Son idénticas. Los gemelos univitelinos son, como sabrán, siempre muy parecidos, pero se dan casos, como es el de mis hijas, en los que ni siquiera los padres son capaces de distinguirlos siempre. Ellas se han aprovechado toda su vida de esta circunstancia para hacer bromas, engañar a amigos y profesores. Les gusta hacerlo, nadie se da cuenta. Supongo que Dagmar ha utilizado a su hermana Eliska para entregar algo que ella no podía debido a mi vigilancia. Es una joven muy bella y no quiero dejarla sola. De hecho, estos minutos en los que está en ese centro comercial son los únicos en los que no hemos estado juntos durante este viaje. Saldremos de dudas de inmediato, pero es la única explicación que se me ocurre, de momento. O eso, o hay en Miami una joven idéntica a mis hijas.

—De manera que han venido los tres a Estados Unidos, pero su hija... ¿Elisa?

—Eliska —corrige Hrabe.

—Eliska, eso es —continúa Bell—. Decía que Eliska, por tanto, no estuvo con ustedes esa noche en el restaurante y pudo perfectamente ir a la ópera. ¿Usted tenía conocimiento de que ella quisiera ir?

—No es así. Claro que ustedes no pueden aún entenderlo. A Estados Unidos hemos venido solo Dagmar y yo. Eliska vive desde hace dos años en América, pero no en este país, sino en Canadá. No tenía ni idea de que estuviese en Miami. No nos hemos visto. Pensábamos reunirnos en Nueva York dentro de tres días, pero veo que las hermanitas tenían otros planes. No pueden imaginar lo indignado que me siento con este comportamiento infantil y fuera de lugar. Voy a castigarlas a ambas muy severamente, no lo duden. Es posible que Eliska se vuelva con nosotros a Chequia. Ahora, si me disculpan, voy a llamar a Dagmar para pedirle explicaciones.

—Bien, señor Hrabe, pero no diga nada de momento. Preferimos ver cómo nos lo cuenta ella. No le diga lo que sospechamos. Finja no saber nada, se lo ruego —solicita Wachowski.

—Así lo haré. Hablaré en checo, por supuesto, pero solo voy a decirle que venga aquí de inmediato, que están ustedes esperándola.

El diplomático habla con su hija en checo, a gran velocidad, en voz bastante baja. La conversación dura menos de diez segundos.

—Viene en taxi, está casi llegando al hotel. Dentro de cinco minutos la tendremos aquí —explica Hrabe.

—Antes de que llegue Dagmar —dice Bell dirigiéndose al checo—, nos gustaría que nos hablara un poco de Eliska. ¿Por qué está en Canadá?

—Ella trabaja en un gran banco en Vancouver. Le surgió esa oportunidad gracias a un contacto mío en la embajada checa en Canadá, y no la desaprovechó. Le gusta la vida en ese país. Dagmar y ella están muy unidas, como todos los gemelos. De niñas eran, por supuesto, inseparables, pero eso cambió cuando llegaron a la adolescencia. Les gusta estar juntas, pero ya no necesitan la presencia de la otra como antes. Supongo que cambiaron. A su madre y a mí nos extrañó mucho esta separación. Pensábamos que siempre estarían juntas, que querrían vivir en la misma ciudad, incluso en el mismo barrio para poder verse a diario, pero no ha sido así. Vancouver está en la costa oeste, en la misma frontera con Estados Unidos. Lo habrán organizado todo para que yo no me enterara, como han hecho tantas veces. Pero esta vez hay un cadáver y les ha salido el tiro por la culata, como dicen ustedes. ¿Es correcto?

—Totalmente —dice Wachowski.

—Ella viaja a Praga en Navidad y, cuando puede, una o dos semanas en verano. Nosotros la visitamos hace un año. Fuimos los tres a Vancouver. Yo creo que fue a raíz de ese viaje cuando Dagmar empezó a insinuar que le

gustaría también trabajar en América, pero en Estados Unidos, no en Canadá.

—Entiendo, señor Hrabe, gracias por esta información. Verá, el señor Martins nos asegura que Dagmar quiere ser actriz y que usted no sabe nada, y que han montado toda esta operación para ocultárselo. ¿De verdad no sabía usted ni palabra sobre este asunto?

—Jamás me ha dicho ella que quisiera serlo. Por supuesto, no le voy a permitir que arruine su vida de esa manera miserable. Sé lo que ocurre aquí con las actrices más bellas, señores, así que mejor que se quite esa descabellada idea. Ya ven, me engañan, con esas caras idénticas pueden engañar a cualquiera. Haremos venir también a Eliska, no se preocupen. Esto va a aclararse definitivamente.

—Así lo esperamos todos —dice Darren—. Oh, por ahí viene Dagmar.

La joven aparece cargada de bolsas de las marcas de ropa más caras del mercado. Darren se siente bastante ofendido, pues ella lo ha engañado por la mañana al no decirle que fue su hermana gemela la que estuvo en la ópera en vez de ella. «En lugar de confesarlo, se ha limitado a reírse de mí».

—Buenas tardes, Dagmar. Ahora he venido con mi compañero, William Bell.

La joven nota que ocurre algo que ella desconoce. Lo percibe por las caras de los tres hombres, en especial la de su padre, que, por el gesto, parece estar a punto de estallar.

—Buenas tardes, ya me dirán qué más quieren de mí —dice ella con una encantadora sonrisa.

Bell, a pesar de que sabe que le ha mentado a Darren por la mañana, no puede dejar de apreciar la exótica belleza eslava de la mujer. En cuanto una mujer guapa aparece en escena, se tranquiliza y consigue pensar mejor.

—De momento, señorita Dagmar —responde Bell mirándola con atención a los espléndidos ojos—, solo queremos que vea las imágenes donde parece

estar usted entregando algo a la fallecida Sandra Álvares. Aquí tiene mi teléfono, mírelas con calma. Estas imágenes corresponden a la noche del crimen, unas pocas horas antes de que la asesinaran.

La joven coge el teléfono y se dispone a mirar las imágenes. Ya sabe lo que va a ver, pero aun así está interesada, intrigada, más bien. Mientras las observa, el padre y los dos detectives la miran con atención, analizando cada uno de sus gestos. Ella permanece en silencio. La cafetería interior en la que se encuentran está casi vacía, solo se oye el rumor de una conversación entre dos ancianas a unos metros de ellos. Nadie dice nada. Dagmar se queda mirando la pantalla, incapaz de pronunciar palabra. El rostro del señor Hrabe parece un volcán a punto de entrar en erupción; está rojo como la grana.

—Bien, señorita Dagmar —dice Bell para romper el hielo de la tensa situación—, no nos negará que esa joven tiene un parecido extraordinario con usted.

—Es muy parecida, sí, pero no soy yo.

—¿Cómo lo explica entonces? —pregunta Darren.

—Dios mío, no quiero estar aquí, esto es demasiado vergonzoso, y encima delante de extraños —dice ella tapándose el rostro, a punto de echarse a llorar.

—No seas infantil ni caprichosa, Dagmar —dice su padre en checo—. Afronta tus responsabilidades. Contesta a estos policías —continúa en inglés para que ellos entiendan esa frase.

—Es mi hermana, somos gemelas. Fue ella la que estuvo esa noche en la ópera haciéndose pasar por mí. Le dijo a Sandra que era yo y que le gustaría que viera unas fotos artísticas mías.

—¿Unas fotos artísticas? ¿Qué tipo de fotos son esas, Dagmar? ¡Contesta de inmediato! —brama el padre al borde de la cólera, levantándose de la silla y yendo hacia su hija.

—Unas fotos normales, quiero ser actriz, papá, ¿qué hay de malo en ello? Eliska me ha ayudado, mi hermana quiere que sea feliz, como lo es ella en Canadá. No quiero ser diplomática, no lo he querido nunca, espero que lo entiendas, papá. Nosotras no hemos hecho nada malo, se los juro, no sabemos quién ha podido matar a Sandra. Solo siento admiración por ella. Me parecía una extraordinaria actriz y quería emularla. Eliska dice que fue muy amable durante esos segundos que compartieron.

—Bien, señorita Hrabe —interrumpe Wachowski—, ¿por qué no me ha contado esto por la mañana? Habría podido empezar por ahí cuando le dije que se la ve en las cámaras de seguridad. Me ha mentido usted, y eso es muy grave en un caso de asesinato como este. Esto no la beneficia en absoluto.

—Estaba muy asustada. Le prometo que desconocía lo de la muerte. Solo quería levantarme de la silla y llamar a Eliska para contárselo, pero no he podido, pues hemos estado en esa recepción. La he llamado antes de venir, pero tiene el móvil desconectado. Supongo que ella aún no lo sabe. Mi hermana, según me contó por la mañana en un correo electrónico que pueden ustedes comprobar, me decía que le había dado el *pendrive*, que parecía una mujer especial, con mucho carisma. Estaba impresionada. Vino a Miami solo para esto. Llegó por la tarde, en un vuelo con escala en Orlando, y se fue esa misma noche, en el vuelo directo a Vancouver de las tres.

—Todo esto es terrible, Dagmar, ¿no te das cuenta? Tu hermana, ahora, puede ser sospechosa de asesinato, aunque yo, como padre, esté convencido de su inocencia, pero entiendo lo que puede pensar la policía. Sois unas irresponsables, siempre lo habéis sido con vuestros juegucitos de niñas idénticas. ¡Esto es el colmo! Vais a volver ambas a Praga y no saldréis de casa en una buena temporada.

—Ahora cálmese, señor Hrabe —dice Darren—. Necesitamos hablar con Eliska. Es necesario que venga a Miami cuanto antes. Su declaración podría

ser clave. Ella quizá vio algo, o es posible que Sandra le comentara cualquier cosa que podría ayudarnos. Si es tan amable, denos su número de teléfono, la llamaremos ahora mismo.

—Desde luego —responde el checo, manipulando su móvil y encontrando en la carpeta de «contactos» el número de su hija. A continuación le tiende el teléfono a Darren, que lo apunta en su libreta.

—De manera que querías trabajar para ese hombre, ese Martins —dice el diplomático dirigiéndose a su hija—. Ese era vuestro plan.

—Me dijo que podría haber una oportunidad en su nueva película. Le gustaron mis fotos, dice que la cámara podría quererme.

—¿La cámara? ¡Inocente! La cámara, claro. La única cámara en ese hombre son sus ojos lascivos. Vi cómo miraba a las mujeres del restaurante, no deja escapar una. No vas a acercarte a ese pervertido en tu vida, Dagmar, ¿me estás oyendo bien? No me he pasado la vida educándoos y pagando a los mejores profesores particulares para que ahora os dejéis corromper moralmente por culpa de un fofa obsesionado con el sexo como ese Martins. Conozco al ser humano, y te digo que ese hombre no busca sino su interés. Para conseguir cualquier papelito tendrías primero que conocer su dormitorio, ¿entiendes? Y siento tener que hablar de esto delante de desconocidos.

—Pero, papá, ¿qué estás diciendo? El señor Martins se ha desvivido por...

—¿De verdad? Haciendo cosas a escondidas como si fuera un adolescente irresponsable, mintiéndome a mí, mintiendo a estos señores a los que estamos haciendo perder el tiempo...

—Dagmar —interviene Bell—, quizá no sea yo quién para hablar de esto, pero le doy la razón a su padre, ese hombre, en lo que se refiere a las mujeres, es peligroso. Lo sé porque lo he visto, así que lo único que le digo, decida usted lo que decida, es que se ande con mucho ojo con él. No es trigo limpio.

—Le agradezco mucho que me apoye en esto, señor Bell. No quiero hablar

mal de nadie, y no estoy diciendo que sea una mala persona ni mucho menos, Dios me libre ni de pensarlo, un asesino, pero se ve a la legua que es un golfo que busca picar de flor en flor. Bueno, hay que llamar ahora a tu hermana y organizar su viaje a Miami. Y ya hablaré yo con las dos en privado.

—Bien, parece que tenemos clara ya la identidad de la mujer de las cámaras. Solo nos falta hablar con ella. No creo que viera mucho, pero nunca podemos descartar ninguna hipótesis, espero que me comprenda, señor Hrabec —dice William.

—A la perfección. Es justo que así sea. Yo mismo la traeré aquí a rastras si se atreve a poner pegadas, que no lo creo —contesta el checo.

—De acuerdo entonces, sí. Una cosa más, Dagmar —tercia Wachowski—, ¿de quién era el *pendrive*?

—No era mío, si se refiere a eso. No sé cómo quedó él con mi hermana, supongo que en el aeropuerto, o se lo haría llegar a través de algún mensajero. Él me dijo que había seleccionado mis mejores fotos.

—Todo este lío del *pendrive* sigue siendo absurdo. Si Martins ya tenía fotos de usted, ¿para qué necesitaba dárselas a Sandra a través de alguien para que luego ella, Álvarez, se las hiciera llegar a él mismo? Tiene que haber algo más —dice Bell.

—En efecto, Bill, no tiene ningún sentido —corrobora Wachowski.

—Eso mismo estaba pensado yo, señores. Para qué todo este enredo de intermediarios... —remata el diplomático.

Dagmar calla, pero su gesto, pues es muy mala disimulando, hace pensar a Bell que esconde algo o que no se atreve a decirlo.

—Bueno, todo esto es confidencial, Martins me prohibió decirlo, pero hay también un episodio, el primero, de la nueva serie que está rodando. Él pretendía convencer a Sandra para que volviera y se hiciera con el papel protagonista, pues parece que tiene dudas con la actriz actual.

—De manera, entonces —dice el padre—, que tú no eras más que una mera excusa para que un famoso director convenza a una estrella que había dejado de trabajar para él.

—Yo no lo habría dicho mejor, señor Hrabe —dice Bell, que se da cuenta de inmediato de lo ofendida que se siente Dagmar ante estas palabras—. Pero Martins está interesado de verdad en las posibilidades de su hija como actriz, eso nos lo ha declarado a nosotros. En realidad, parece que ha pretendido matar dos pájaros de un tiro, pero ha terminado muriendo una persona, y pronto sabremos a manos de quién.

La joven comienza a llorar. Los nervios y la tensión la derrotan, no resiste más. Su padre la abraza y la calma con frases en checo que los policías, por el tono, pueden adivinar, pese a que no comprendan ni una sola palabra en ese difícil idioma. Darren deja de sentirse ofendido con Dagmar; en realidad, siente solo lástima hacia una chica que puede ver truncado el sueño de su vida por un desafortunado crimen ocurrido cuando pretendía meter la cabeza en el mundo de la televisión. Despiden a padre e hija, quedando en volver al hotel ya con la presencia de Eliska para interrogarla, con la esperanza de que sea ella quien les pueda contar algo sobre la misteriosa conversación recogida por las cámaras del teatro.

Capítulo 16

Bell y Wachowski se encuentran en un bar de las afueras de Miami. Hay billares y la comida consiste en hamburguesas, perritos calientes, bocadillos de todo tipo, carne a la brasa y toda clase de batidos. William lo ha escogido a propósito para comprobar si su compañero es capaz de resistir la tentación de los dulces, pues ha notado que desde que se entrena solo en ese gimnasio ha dejado de bajar de peso. Bell pide un bocadillo vegetal, un gran tazón de café y agua mineral con gas. Darren, en cambio, opta por un gran plato de carne roja, y para regarlo elige un batido de plátano, coco y piña, la especialidad del local. Bell, cuando lo ve, mueve la cabeza de derecha a izquierda, pero prefiere no comentar nada. Están en un momento difícil de la investigación y es preferible que su compañero piense con el estómago bien lleno a que baje unos gramos en la báscula.

—¿Qué opinas de la historia de las checas, Darren?

—Es todo muy extraño, pero supongo que la vida misma es extraña. He tomado la determinación de no sorprenderme por nada cuando estoy ante un caso de asesinato. Puede ocurrir cualquier cosa. La verdad es que el padre me parece sincero, se ve que es muy severo, pero eso está bien. No es lo habitual hoy en día, pero con unas hijas así, tan guapas y algo alocadas, no nos puede sorprender. Ella me ha mentido por la mañana, y no me ha gustado. Bueno, en realidad no ha mentido, ya que se ha limitado a decir que no había pisado el teatro, lo que es cierto. Pero conocía la verdad, y ocultarla es como mentir.

—Está asustada, y más lo estará su hermana. «Esilka», «Yestila», vaya, estos nombres del este de Europa son extrañísimos, Darren; ¿cómo era?

—Eliska, Bill, Eliska, trata de recordarlo, pues pronto hablaremos con ella.

—Gracias. Como te decía, tenemos que andar con pies de plomo. No me

parece que vayamos a conseguir nada con su declaración, pero si la hacemos venir ha de ser para algo. Además, desconocemos si conocía a Sandra con anterioridad. Se las ve muy cómodas. Imagina la situación: un tipo te aborda en el descanso de una obra de teatro, o de un concierto. Se te acerca para darte unas fotos de parte de otra persona, no lo conoces, pero os ponéis a reír como viejos amigos. A los pocos segundos os despedís, quizá para siempre. ¿Te cuadra?

—En absoluto, Bill. También estaba pensando en ello cuando he imaginado a su hermana haciéndose pasar por Dagmar. No sé, nos faltan muchos datos aún.

—Eres optimista, sin duda. No tenemos una... Me callo, que estamos comiendo.

Comen deprisa para volver a la comisaría antes de irse a sus respectivos domicilios a dormir. Suena el móvil de Bell. Es Butler. Le comunica que no aparece una sola huella en los objetos, es como si los hubieran limpiado, pero no pueden asegurarlo. El lápiz está inutilizable, no han podido salvar nada. La información conmociona a William, que no esperaba tan malas noticias.

—¡En ninguno de los tres! Cómo es posible, James...

—Creemos que alguien se ha ocupado, antes de echarlos ahí, de ocultar bien todo. Querían que lo encontráramos, pero no quieren que sepamos de quién se trata. Lógico, desde su punto de vista, nada del otro jueves. ¿Te sorprende, Bill? Me extraña mucho en ti, siempre tan escéptico.

—No puedo decir que me sorprenda, pero esta noticia me jode mucho, me has dado la noche, Butler, gracias.

—Es un placer, Bill. Cuídate, hombre.

—Lo dicho, Darren —dice tras colgar el móvil—, tenemos menos que nada, si es posible estar bajo cero. ¡Desesperante, leche!

—Calma, Bill, todo llegará. Tarde o temprano interrogaremos al culpable,

estoy seguro de ello. Vayámonos ya, tengo trabajo pendiente en la oficina.

—No me apetece ahora, Darren. Quiero pensar. Vete tú, toma las llaves. Sé que vas a conducir con cuidado, pero no te dejes adelantar por ciclistas, por favor, te lo pido.

—Sé que te gusta conducir cuando cavilas, Bill, no pienso dejarte sin la niña de tus ojos. No te preocupes, voy en taxi. Así me ahorro el tembleque de rodillas...

Bell sonrío y le da un cariñoso puñetazo en el hombro a su compañero, agradeciéndole el detalle. Cada día aprecia más a Darren. Y pensar que al principio solo soñaba con que lo apartaran de su lado. «Qué egoísta soy a veces, joder». Decide jugar una partida de billar él solo. El movimiento y el sonido de las bolas al chocar lo relajan. Introduce una moneda por la ranura y el conjunto de bolas de colores sale con estrépito. Mientras está colocándolas dentro del triángulo negro, suena su móvil.

—Detective William Bell, dígame.

—Hola, señor Bell, buenas tardes, soy Natalia. ¿Me recuerda?

A Bell se le dibuja una amplia sonrisa al escuchar el bonito acento de esa espectacular mujer rusa. No esperaba volver a oír su voz.

—Imposible olvidarla, señorita. ¿Ocurre algo?

—No, no, todo bien, solo me preguntaba si querría salir a tomar algo conmigo esta noche. Estoy sola en esta ciudad y prefiero no estar en la casa en últimos tiempos, sobre todo en la noche —dice ella casi masticando cada palabra, al menos así lo siente Bell, «parece un inglés masticado».

—Nada me complacería más. De hecho, necesito algo así, relajarme un poco y pensar. En su compañía será más agradable hacerlo. ¿Quiere ir a cenar o simplemente pasear?

—Mi gustaría ver el mar y caminar por la arena.

—Bien, ¿paso a buscarla por la casa de Martins?

—Sí, pero prefiero no en la casa, sino un poco fuera, ya en la calle. Muy cerca hay un Starbucks, lo espero en la puerta dentro de... ¿una hora? ¿Es poco tiempo?

Bell consulta su reloj. Calcula con rapidez la ruta y se dice que en veintiséis minutos podría estar ahí.

—Media hora será suficiente, si a usted le da tiempo.

—¡Perfecto! Nos vemos entonces, hasta pronto.

—Hasta pronto, Natalia —dice él, riendo en cuanto cuelga. «Hasta pronto, qué bueno; claro, dentro de media hora es pronto, en realidad».

Bell deja la mesa de billar con las bolas colocadas y les regala la partida a una pareja. Arranca su Mustang. El bronco sonido del motor, sumado a la cita con una de las mujeres más bellas que ha visto nunca, hacen que su adrenalina se dispare. Conduce a gran velocidad por la autopista del norte de Miami. A esas horas todavía hay tráfico, pero no es tan denso como para impedirle gozar al volante, siempre por el carril situado más a la izquierda. Conecta el aparato de radio. Las deprimentes noticias, narradas con esas voces impersonales, idénticas unas a otras, hacen que prefiera uno de sus antiguos discos, que guarda con mimo en la guantera. Y así, con la música a todo volumen, el motor revolucionado, en la cálida noche de Florida, devora los kilómetros que lo separan de la mansión de Martins. Llega a la altura del café donde han quedado. Ha tardado veintisiete minutos justos. Natalia todavía no está, pero la ve a través del espejo retrovisor. Viene con minifalda negra, elegantes sandalias blancas y blusa de color azul celeste. Los hombres que están en la misma acera no pueden evitar volverse para mirarla. Las piernas son interminables, torneadas, perfectas. Bell ha salido con algunas mujeres guapas, pero Natalia es diferente. Esa belleza tan exótica, de nórdica con toques asiáticos en los pómulos, lo desconcierta. Hace sonar el claxon del vehículo

para avisarle de que está dentro. Natalia lo ve de inmediato y entra en el coche con una tímida sonrisa.

—Señor Bell, buenas tardes, qué rápido es usted.

—Yo no, es el coche, un verdadero devorador de millas.

—Es muy bonito, me gusta.

—Bueno, pues vamos a la playa. ¿South Beach o tiene usted alguna otra alternativa?

—Yo conozco poco de aquí. Como usted quiera.

—En Florida hay tantas playas bellas que es muy difícil elegir. Cualquiera de ellas es fabulosa. He pensado en la de Crandon Park. Es muy famosa para los turistas, pero lo es sobre todo por el día. Ya es de noche, y habrá muy poca gente. Estaremos tranquilos, o eso espero. ¿La conoce?

—Primera vez que oigo de ella. Me parece genial.

Bell sale de allí como una exhalación, sin hacer chirriar los neumáticos, a gran velocidad, pero de una manera mucho más suave que cuando lleva a Darren. Natalia se pone de inmediato el cinturón de seguridad; William percibe una sombra de preocupación en su rostro, por lo que decide bajar el ritmo. El detective sabe que ella lo ha llamado porque está preocupada, tiene experiencia y sabe que una chica como esa no se fija en un detective que además no es de su misma raza. Considera un deber profesional preguntarle lo que le preocupa, a pesar de que como hombre preferiría no tener que hacerlo, pues querría disfrutar de su presencia sin tener que discutir asuntos que podrían ser desagradables. Por eso, bastante antes de llegar a la playa, Bell la aborda:

—Supongo que usted, Natalia, me ha llamado porque algo le preocupa. Le dije que lo hiciera, y ha hecho usted bien. También es posible que solo quiera dar un paseo, pero mi instinto me dice que no es así. Hable sin miedo, todo quedará entre nosotros, no se preocupe.

—Es cierto, señor Bell, no estoy tranquila. Verá, es extraño, el primer día que lo vi me pareció duro, fuerte, casi agresivo, pero después noté que era con él, con Martins, no con todos. Usted sabe tratar a ciertas personas, no hay duda. Pero nadie como usted para aconsejarme. Verá, esta tarde ha venido Heitor, había bebido mucho, se notaba. Ha entrado a mi habitación, yo estaba escribiendo a través de chat a mis amigas rusas. Me ha dicho que quería hablar conmigo seriamente. He dicho yo que podía hablar, claro. Se acercaba mucho, cada vez más. Jamás he permitido que me toque ese hombre, aunque sé qué quiere él, por supuesto. Me ha puesto bastante nerviosa. Ya casi con su cara sobre la mía, no había duda sus intenciones hacia mí. He fingido una llamada por teléfono, y es entonces que he llamado a usted. He salido de inmediato de la casa, dando vueltas por alrededores, no quería estar ni un minuto más en esa casa. No voy a volver. Tengo algunas de mis cosas, pero ese hombre no me gusta, es su casa y puede hacer lo que quiera conmigo. Yo no lo voy a permitir, espero que me entienda usted.

—A la perfección. No hay ningún problema. Usted va a dormir esta misma noche en un hotel, yo me ocupo de todo. Puedo ir por sus cosas esta misma noche también. Supongo que tendrá todo ahí.

—Por suerte no. Como no sabía qué tipo de hombre fuera este Heitor, dejé muchas cosas personales en casa de una amiga, en Pensacola. Aquí tengo solo lo imprescindible, así que no es gran problema por esta. Le agradezco mucho esta ayuda. Creo que podría haberme ido mal hoy. Tenía usted razón. Cuando me dijo la otra noche sobre esto, no quise creer.

—Lo importante ahora es que no vuelva a esa casa, nunca más, ¿me oye? Bajo ningún concepto, diga él lo que diga. Sobre sus cosas, puedo ir yo en cualquier momento. Yo le tengo calado, y sabe que no voy a consentir una sola estupidez más de su parte.

—¿Estupidez? ¿Qué estupideces ha cometido Heitor?

—De momento, mentírnos en varias ocasiones. A veces pienso que debería haberlo detenido con la primera mentira. He preferido dejarlo suelto a ver cómo reacciona, pero veo que sigue haciendo bobadas, como acosarla a usted. Si yo voy a la casa, mañana por ejemplo, no habría problema para pedirle sus cosas, me las daría en el acto, eso se lo garantizo. Algo importante tendrá usted ahí, supongo. Pensacola está lejos como para ir y venir a diario, está en la otra punta de Florida.

—Bueno, mi ordenador lo tengo aquí, conmigo, que era más importante. Hay ropa, sobre todo, los libros, solo eso. Los documentos siempre los llevo encima.

—Bien, ese asunto puede esperar. Ahora sería bueno que empezáramos a buscar un hotel. Miami es un lugar muy turístico y no siempre hay plazas de un día para otro.

—Señor Bell, yo querría...

Natalia no continúa la frase, se muerde el labio inferior y mira por la ventanilla, simulando contemplar el paisaje.

—Diga lo que sea, no se preocupe. ¿Qué querría usted?

—Esta noche, al menos solo esta, prefiero quedarme en su casa, aunque es posible que su mujer no acepte, claro. No me gustaría estar sola, tengo ganas de volver a Rusia. Creo que voy a volver. Solo he perdido el tiempo aquí, ¿sabe? Ideas fantásticas de vivir en América, cosas de películas. Este Heitor me ha engañado, al principio no quise pensar en esto, pero ahora es claro. O solo conseguiré algo si lo dejo hacer, como esta tarde. No, no voy a aceptar esto, no necesito.

—Es una decisión buenísima, Natalia, si me permite que se lo diga. Una vez que se pierde la dignidad es difícil recuperarla. Por supuesto que va a quedarse en mi casa. No es grande, pero mi cama es cómoda. Yo dormiré en el sofá, se hace cama, se está bien.

—De ninguna manera, yo misma dormiré en el sofá.

—Usted dormirá donde yo diga, es mi casa. No piense ahora en eso. Mire, ya llegamos, en este punto hay mucha arena hasta llegar al mar, es ideal para pasear.

Salen del vehículo y comienzan a caminar, despacio, por la arena. Hay algunos jóvenes reunidos, sentados en círculo, bebiendo y riendo, con música rap. Se alejan de ellos y van hacia la orilla. El mar está muy tranquilo, las olas son muy pequeñas y apenas levantan un leve rumor. Hace calor, pero la brisa consigue rebajar la sensación de sofoco. No hablan. Al fin, Natalia se sincera con el detective.

—Discutí mucho con mis padres a causa de mi viaje aquí. Ellos no querían, se negaban a que yo venga. Tuve que insistir y decirles que era una gran oportunidad para mí, algo que pasa una vez, el famoso tren que si no subes, pues se va... Todo eso. Y ahora estoy aquí, sin nada, no habrá papel para mí, sé poco y mal inglés, Martins solo quiere una cosa de mí, que no va a conseguir, pero he perdido este tiempo. Siento que he sido tonta. Mis amigas me animaban, están todas contentas, pero les he dicho que aquí no tengo nada que hacer.

Bell anda en paralelo a ella, a más o menos un metro de distancia, mirando hacia abajo. Se le está metiendo mucha arena por los zapatos, pero considera que es una cuestión menor en una situación tan delicada.

—De todo esto sacará usted una gran enseñanza, Natalia, no lo dude. Aprenderá a valorar lo importante en la vida. No, no ha sido tonta, le han engañado, es solo eso. Como les ocurre a tantas personas. La mentira es el gran mal, por eso me enfado tanto con ella. Justo debido a ella me vio usted así contra Martins, porque mentía y no paraba de hacerlo, y ya salté. También le he dicho a Dagmar, una extranjera, que tenga cuidado con este hombre, su anfitrión. Creo que es peligroso para las mujeres. Tiene el puesto y el poder

de controlar a muchas chicas, fingiendo dirigirlas, ayudarlas. Quizá ahora entienda mejor algo que no me cuadraba mucho, la salida repentina de Sandra Álvares de su lado, cuando la serie parece ser que fue un éxito de audiencia. Es posible que Sandra se hartase de Heitor, o le sucediera algo similar a lo que le pasó a usted esta tarde. Necesito saber algo, Natalia. Sea sincera, por favor, su respuesta podría llevarnos a encontrar al asesino. ¿Martins ha intentado más veces acosarla sexualmente como hoy?

—Al principio no, la verdad es que se comportaba con educación, todo iba bien, era amable, atento, parecía preocupado por mí. Alguna vez me pareció que hacía insinuaciones cuando, de noche, en la terraza donde estuvieron ustedes, se despedía de mí para dormir, pero pensaba que yo no entendía bien por causa del idioma, que sabía muy poco, pero ahora veo claro que sí eran invitaciones a que entrara a su habitación.

—¿Qué tipo de insinuaciones, Natalia? Si recuerda las palabras exactas, o su sentido.

—Más o menos como: «Si te sientes sola, o te da miedo la oscuridad, llámame». También, otras veces, esto fue más tarde, no al principio, ya era más directo: «Puedes entrar en mi cuarto y preguntar lo que quieras, a cualquiera hora, sin miedo». Estas eran el tipo de frases que usaba.

—Soy policía, Natalia, quiero que me entienda bien. No voy a juzgarla, no soy quién para hacerlo, pero tengo que hacerle esta pregunta, para saber a qué atenerme con Martins cuando vuelva a interrogarlo.

—No hace falta que me la haga, Bell. La respuesta es no, nunca. Jamás. Ni una sola vez he entrado en la habitación de él.

—Gracias, es lo que quería saber. Y me alegro de que no lo hiciera. Usted sabe que hay chicas que sí habrían entrado, con tal de conseguir un papel de protagonista o incluso de secundaria en una serie o película.

—Sí, por eso él se siente tan poderoso, es claro. No necesito que mi

cuerpo me ayude. Tengo un montón de cursos de interpretación de prestigiosas escuelas de teatro de Moscú. He participado en muchas obras, también muchos anuncios para televisión, incluso para radio, pues sé declamar bien.

—Es usted una mujer muy interesante, Natalia. Creo que podría ganarse la vida sin problemas también aquí, pero, desde luego, no con este hombre, eso no. Creo que sería bueno que pusiera una denuncia contra él, pero no voy a presionarla en ese sentido. Sé que él, como anfitrión, podría negar todo y sería su palabra contra la suya, pero está en su derecho.

—No, no, eso no quiero, violencia no ha habido. Dejémoslo así. Me gustaría irme cuanto antes a mi país. Si encuentro un vuelo no muy caro esta semana, lo haré.

A Bell se le plantea un grave dilema. Está ayudando a la chica y sabe que lo mejor para ella es alejarse de Miami y continuar con su vida en Rusia, pero no es imposible que sea ella la que haya matado a Sandra, aunque prefiere no pensarlo. No puede permitir que se vaya del país hasta que encuentren al asesino.

—Que hubiera una denuncia por acoso contra él ayudaría a otras mujeres a no sufrir lo mismo. Por eso le pido que lo piense, que se quede aún unos días. La necesitamos, Natalia.

—¿En qué sentido?

—Es sencillo, Natalia. Martins es uno de los sospechosos, y ahora, sabiendo cómo se las gasta con las mujeres bellas, como también lo era Sandra, se me antoja que quizá lo sea más.

—¿Usted piensa que él mató a esa mujer?

—No, no lo pienso, de hecho no tengo aún ningún candidato, pero no descarto que lo hiciera. Por eso le digo que podríamos necesitarla en el sentido de hacerle preguntas a medida que vayamos avanzando en la investigación.

—Sí, entiendo. Yo también puedo ser sospechosa, pues estaba en Miami esa noche.

La rusa ha sacado justo el tema que le interesaba tocar a Bell. Se lo ha puesto en bandeja, así no parecería un interrogatorio.

—En realidad, cualquier persona lo es, hasta que descubramos al culpable. Usted nos dijo a Darren y a mí que había estado en casa y que oyó llegar a Heitor por la noche.

—Así es. Por la tarde estuve en casa. Como le dije, hago muchas clases particulares de inglés, eso va a ser quizá lo mejor de estar aquí, antes no sabía ni entendía nada. A veces voy a la academia, otros días viene una chica americana aquí, a la casa. Ella puede confirmar esto, si la llama. Ahora le doy su número.

Natalia busca el número de la profesora en su móvil. La luz del teléfono hace que Bell pueda contemplar mejor su rostro. Tiene unos deseos irresistibles de abrazarla o, al menos, de cogerle la mano y pasear así por esa inmensa playa, pero siente que está trabajando. Él saca su móvil y apunta el número de la chica, que se llama Samantha Collins.

—¿A qué hora terminó la clase?

—Cuando viene Samantha estamos no menos de cuatro horas hablando. Yo creo que cerca de las nueve, nueve y media. Después cené en la casa, en la terraza, estaba muy cansada por tener habido que... no sé bien esta construcción.

—¿Por haber tenido que hablar, quería decir? —la ayuda William.

—Justo, esa frase, sí, gracias, por haber tenido que hablar tanto en inglés. Cené y tomé té, estuve ahí, en la terraza, sentada, mirando el mar. Las personas de la casa podrán también confirmar eso. Me fui a mi habitación sobre las once y media. Leía un poco y quedé dormida enseguida. Después me despertaron los ladridos de los perros cuando Martins llegaba.

—Gracias, Natalia. Ahora, hábleme un poco de su país, si le apetece. No suelo conversar con extranjeros, mi trabajo absorbe toda mi vida. ¿Cómo es la Rusia actual? Muchos americanos siguen pensando que es la Unión Soviética.

Y así Natalia le cuenta de los cambios en Rusia mientras van caminando por la playa.

—Señor Bell...

—Creo que es hora de que me llame William, mejor.

—William, entonces, quería decir que este paseo con usted, está siendo lo más bonito de mi viaje a su país. Lo único que he hecho, prácticamente, ha sido estudiar inglés todo el día, e ir a los estudios de Heitor para que me hiciera unas pruebas que luego nunca hacía. Por cierto, al final no ha contestado mi pregunta sobre su mujer o chica, novia. ¿Qué dirá si yo me quedo en su casa?

—No hay ninguna mujer, Natalia, por eso no había nada que contestar. ¿Qué mujer querría estar con un tipo como yo, siempre a la búsqueda de asesinos, de criminales de todo tipo, de camellos, traficantes y hasta sociópatas locos de atar?

—Usted es un hombre con encanto, con una elegancia especial. Creo que es usted que no quiere estar con ellas, tiene que haber un montón de mujeres interesadas —dice Natalia sonriendo.

William nota que ella ha sacado el tema a propósito, están en una playa solos, de noche. «Hay que salir de aquí, esto se pone peligroso». Opta por no comentar nada de lo dicho por la rusa. Cualquier palabra suya provocaría una nueva pregunta.

—Pues parece que no hay muchas o que no tengo tiempo de ver si pudiera haberlas —acierta a decir para salir del paso.

—¿Su compañero también es un adicto al trabajo?

—¿Darren? Trabaja bien, pero no creo que el trabajo sea lo prioritario en

su vida, no llevamos tanto juntos como para saberlo. Por su bien, espero que no llegue a convertirse en uno.

—Forman ustedes la pareja curiosa; usted, con sus trajes, impecable, y él con esa ropa que no acierta a combinar, pero que le da, de todas formas, su personalidad. Me gustó.

—Wachowski es un gran tipo. Me salvó la vida, ¿sabe?

—Vaya, eso es un compañero bueno, ¿no cree?

—El mejor, no cabe duda. Nunca había trabajado con nadie, pero con Darren da gusto hacerlo. Ahora está en la oficina. Íbamos a volver juntos, pero me he quedado, no sé por qué, en ese bar de billares, pensando. Después ha llamado usted.

—He interrumpido sus pensamientos, entonces, que serían sobre su trabajo, disculpe.

—No, no, de ninguna manera. Estoy muy bien aquí, paseando, oyendo el mar, disfrutando con su bonito inglés.

—Por favor, William, es horroroso, lo sé bien, hago tantos errores...

—No hablo de la gramática, que va bien, sino de la entonación, la música que usted le da, me gusta mucho.

—Oh, es la primera vez que me dicen esto. Gracias. No acabo de acostumbrarse al ritmo del inglés, es difícil, supongo que sigo teniendo mi propia melodía.

—Siga aprendiendo palabras, gramática, pero no cambie mucho esa música, es tan agradable. Bueno, si me oyera su profesora, me tiraría al agua de inmediato por arruinarle su trabajo.

Natalia ríe por primera vez con la ocurrencia de Bell. A William su risa le parece inocente, fresca, como ondas de pureza que se expanden por sus oídos. Su risa le ha parecido aún más peligrosa que su belleza. «Darren, tío, ahora sería un buen momento para que me llamaras. Venga, ahora sí. Nada, no

llama».

—¿Usted no sabe ninguna palabra en idioma ruso?

William no sabe si ese nuevo tema puede salvarlo o, por el contrario, contribuirá a que el hielo se rompa más y más con el consiguiente peligro. Se conoce, y además es demasiado bella.

—Ni siquiera creo que mi boca sea capaz de pronunciar ninguna, si le digo la verdad.

Natalia vuelve a reír. Cada vez le gusta más ese policía, lo delicado que puede ser con una mujer, pese a haberlo visto imperioso, altivo, impaciente y dominador con un hombre en su propia casa.

Luego de unos minutos intentando hablar en el idioma de Natalia, William se da por vencido y dice:

—Tras estos esfuerzos ímprobos, podemos descansar un poco. Con palabras sueltas, el ruso no parece tan difícil, pero supongo que habrás elegido las más sencillas, claro.

—Sí, hay más difíciles, pero ha estado muy bien escuchar mi idioma por parte del hombre americano.

Natalia, de improviso, coge la mano de William y continúan con su paseo.

«Solo me faltaba esto. Bill, hay que dejar de complicarse la vida de esta extraña manera. En principio ella no parece sospechosa de nada, pero no puedes implicarte hasta este punto. Hay que salir de la playa a la voz de ya, inventa algo, di algo, suéltate la mano, han sonado las alarmas. Bill, Bill...».

Pero William Bell decide apagar la voz de su conciencia. La sensación es demasiado agradable. Además, no está haciendo nada malo. Solo está ayudando a una mujer asustada a la que, además, avisó de que algo así podía pasar con un hombre como Heitor. Ella le ha cogido la mano a él. Pero ¿por qué se para ahora? ¿Querrá enseñarme otra palabra de esas?

—William, estos minutos contigo —lo tutea por vez primera— han sido

que mejor de mi estancia en América, de verdad. Qué noche tan maravillosa, estas arenas tan finas, el mar tan bello y tranquilo, tu presencia me ha tranquilizado totalmente. Quiero solo darte las gracias. *Spasibo ogrómnoe*.

—No tiene nada que agradecer, ha hecho usted muy bien saliendo de ahí de esa forma tan inteligente —dice él agarrándose al «usted» en aras de no dejarse llevar del todo por el momento—. Me han parecido dos palabras ahora, me refiero a la palabra gracias. «Acromnai», o algo así.

—Muchas gracias. Decimos gracias enormes, inmensas. Eso significa *ogrómnoe*.

—Es bonito, me gusta. Inmensas gracias, sí, suena bien.

—Si algún día vas a verme, te enseñaré mucho más y escucharás esta fórmula por todas partes.

—Prometo avisarte si cojo algún permiso o vacación, para ver si todavía me recuerdas, porque eso puede tardar en llegar, Natalia —dice pasando inconscientemente al tuteo. Ni siquiera se da cuenta de ello.

—Ya he dicho que jamás olvidaré esta tarde, aunque no nos veríamos nunca más, no importa.

Natalia lo mira. Bell sabe que es el momento. Podría intentar besarla, pero ¿a qué conduciría un beso en una situación así? Le parece que ella está vulnerable por lo sucedido con Martins, aunque esté a gusto con él. Decide no dar el paso. Si ella lo besa, no podrá resistirse, pero prefiere dejar las cosas como están. Ha acudido a él en busca de ayuda desesperada, y tiene que cumplir su palabra. Quizá algún día... Si tuviera otra vida, otra profesión...

—Estoy haciendo perder tu tiempo, William. Cuando quieras, vámonos, tú eres muy ocupado, me has dicho —dice ella con una sonrisa, pues le habría gustado el beso, pero le ha gustado aún más la lucha de él por no darlo. Con eso le basta. Siente que es un hombre de verdad. Y no es miedo, durante un instante ha visto cómo su cuerpo iba a adelantarse, pero el cerebro le dio la

contraorden.

—Tampoco yo, Natalia, nunca olvidaré este día, jamás —dice él, que no ha querido besarla, pero, en cambio, le coge la mano para continuar caminando sobre la arena, a dos metros del agua del mar de Florida.

Media hora después suena el móvil de Natalia. Siguen cogidos de la mano, ella se sobresalta por el ruido en medio del silencio. Lo saca de su pequeño bolso y mira la pantalla.

—Es Martins —informa—. No quiero contestar. Estoy muy bien aquí, no va a arruinarme también este momento.

La joven deja que suene, pero no cuelga. Bell no dice nada. Arde en curiosidad por ver cuál será el comportamiento de ese cerdo en cuanto entienda, o al menos sospeche, que su preciosa invitada se ha ido para siempre. A los cinco minutos vuelve a sonar. Ella cuelga y apaga el teléfono, algo nerviosa. Permanecen en la playa una hora más. Empiezan a caer algunas gotas y deciden volver al coche, casi corriendo, pues lo que comienza como un chispeo no tarda en convertirse en un diluvio. Llegan al coche no demasiado mojados, gracias a que Bell estaba previéndolo desde hacía rato y nunca se alejaba demasiado del lugar donde tiene aparcado el Mustang.

—Esta lluvia tan repentina es increíble —dice ella riendo.

—Aquí es normal, aunque no es tan repentina, el aire olía a ozono, lo veía venir —replica Bell con una sonrisa, quitándose su americana para que se la ponga ella por encima.

—*Spasibo*, William.

—Enciende el móvil, Natalia, por favor. En la playa no quería decirte nada, pues hablar con él habría arruinado nuestro paseo, pero hay que saber qué quiere. Si llama otra vez, contesta y pon el altavoz.

—Sí, William, como digas —le responde, que entiende la preocupación del policía por ella.

A los tres minutos de haberlo encendido, suena. Es Heitor.

—*Alló?*

—Natalia, niña, ¿qué ha pasado? Me has dicho que salías a hablar por teléfono. Pero ¿dónde estás?

Ella mira a Bell y él, con un gesto de su dedo índice girando, le indica que continúe.

—He salido a pasear, señor Martins —dice ella de forma bastante seca.

—¿Señor Martins otra vez? Natalia, ¿a qué se debe este cambio? Solo me llamaste así el primer día. Quedamos en que sería Heitor. ¿Ocurre algo?

—No voy a volver a su casa. Esta misma semana me regreso a Moscú.

Silencio. Se oye la respiración de Martins, que está sofocado, casi se percibe su ira a través de sus inspiraciones.

—Pero, Natalia, obtendrás un papel en mi película, te lo garantizo. Verás, he estado muy ocupado este mes, mucho, en serio, pero no me olvido de ti, criatura. Pronto empezaremos a rodar exteriores, ya verás. No puedes irte ahora, sería un error muy grave para tu carrera. Dime, ¿te ha molestado que entrara en tu habitación sin llamar? Pensé que teníamos confianza para eso, somos buenos amigos. Anda, vuelve a casa, por favor. Puede pasarte cualquier cosa paseando por ahí tú sola. Eres demasiado bonita y Miami es peligrosa. ¿Dónde estás? Puedo ir por ti.

—No se moleste, señor Martins, no hace falta, estoy muy bien. No me va a pasar nada malo. Ahora voy a colgar.

—Espera, espera, ¡Natalia! No cuelgues, un segundo, hazme el favor. Tengo grandes planes para ti. Verás, te voy a ser sincero. El papel protagonista de esa nueva serie estaba pensado para Sandra, yo intenté que volviera, estaba difícil, pero la habría convencido. Por desgracia, ha muerto. Esto es terrible, Natalia, lo sé, pero la vida sigue y necesito otra protagonista para este proyecto. Esa estrella eres tú. He entrado en tu habitación justo para decirte

eso, pero no me has dado tiempo, has salido de inmediato. Tenía esa buena noticia para ti, ya ves.

—Señor Martins, repito, no voy a volver, voy a Rusia.

—Como quieras, tú te lo pierdes. Has perdido la oportunidad de tu vida.

La comunicación se corta. Heitor ha colgado, no Natalia.

—Dios mío, cómo miente este hombre. Ahora dice de una oportunidad, solo cuando entiende que me voy. Es muy triste, William.

—Está disgustado, mucho. Sin ningún género de duda, vas a estar en mi casa hasta que cojas ese vuelo para tu país. No me fío un pelo de este sujeto. Ha cortado de repente, algo trama, no sé qué, pero me parece que no está acostumbrado a recibir negativas. Es probable que sea la primera que le dan. Bien hecho, Natalia.

—Vámonos, en casa te secarás, voy a encender la calefacción.

—Gracias, William, por todo. No tengo frío, en serio, no te molestes. Con tu chaqueta estoy muy bien. Es de buena calidad este traje.

—Adoro los trajes, sí. Siempre me ha gustado vestir de manera elegante. Trajes, relojes, zapatos, cinturones, tengo unos cuantos, no muchos, pero todos buenos.

—Te quedan muy bien, es cierto. Eliges muy bien los tonos con las corbatas. ¿Crees que Martins podría hacer algo contra mí? Quiero decir, él ha pagado mi estancia, esos cursos de inglés... No sé, me gustaría poder devolverle a él, aunque no creo que podré.

—No te sientas culpable, Natalia. Has tenido mucha suerte hoy, créeme. Podría haber sido diferente. No le debes una mierda a ese tío, disculpa la palabra fea, pero no hay otra. Es un desgraciado que solo quería llevarte a la cama, nada más. Ahora, cuando ve que no ha podido conseguir a una mujer que deseaba, se inventa una historia para dejarte pensativa. Ese tipo tiene todo pensado de antemano, ignoro si habrá película ni quién será la protagonista,

pero, desde luego, no eras tú. Lo ha dicho por despecho.

—Eso mismo creo yo, sí.

Al poco de llegar a casa, ella le ha preparado una más que digna cena con las pocas reservas que le quedaban al detective. Luego se acuesta en la cama de Bell. Ahora William trabaja en su ordenador. Recibe una llamada de Darren. Para no despertar a su invitada, le dice que lo llama en unos minutos. Sale de casa y le marca desde el coche.

—Dime, Darren, ¿hay alguna novedad?

—Nada. Me ha llamado el padre de Dagmar. Me ha confirmado que Eliska llega mañana hacia el mediodía a Miami. Podremos hablar con ella en el hotel de siempre. He llamado a Butler, por si hubieran encontrado algo en los objetos, pero de momento nada. Seguimos igual. ¿Tú qué has hecho, Bill?

Bell lo pone al corriente de lo sucedido por la tarde. No omite ningún detalle.

—¿Qué opinas, Darren? ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Opino que eres un buen hombre, Bill. No puede estar en mejor lugar. Es demasiado guapa, ¿verdad?

—Así es, amigo, lo has definido muy bien, demasiado, sí. Nunca me había parecido ninguna mujer guapa hasta el extremo de decir que era demasiado, pero con Natalia sucede eso. En fin, habrá que vigilar con lupa a este golfo de Martins. Lo que hace con las mujeres no lo convierte en asesino; de hecho, me sorprendería que él la hubiera matado, pero si antes me caía como una patada en el culo, puedes imaginar ahora.

—Sí, es un buen pájaro, de eso no cabe duda. Dices que le ha dicho a Natalia que tenía pensado el papel protagonista para Álvares. Podría ser cierto, no es del todo descabellado, aunque se lo haya dicho para tener una excusa con la que mantener a Natalia junto a él. ¿Sabes, Bill? Estoy

convencido de que se nos está escapando algo simple, que está ahí, pero que no vemos.

—Tengo la misma impresión. Otras veces sé que no tengo nada y hay que salir ahí fuera para sacar pruebas de debajo de las piedras, pero aquí es como si la solución estuviera delante, aunque en otro código, cómo decirlo, con un alfabeto que no sé leer. De todas formas, no deja de ser una sensación. En realidad no tenemos nada sólido, Darren. Mañana es posible que haga otra visita a Heitor en su trabajo, por la mañana. Quiero ver cómo lleva la desaparición de Natalia y si se atreve a comentarme algo. Después podemos ir al aeropuerto a recibir a la gemela. Quiero pillarla por sorpresa, para ver de qué pie cojea.

—Al final, el asunto del bolso, ¿adónde nos lleva? Por más artículos atrasados que leo sobre Sandra, no encuentro ni una pista sobre amigos o conocidos, no hay nada. Tenemos que encontrar a alguien que nos pueda decir algo.

—Bien dicho, Darren. Como mañana voy a visitar a nuestro amigo, le sacaré esa información cueste lo que cueste. Hasta ahora no ha querido decirnos nada, pero estoy convencido de que conocerá uno o dos nombres desde los cuales tirar de un hilo que aún no encontramos. Venga, Darren, buenas noches. Mañana te llamo en cuanto me levante.

—Puedes hacerlo después del quinto café, si lo prefieres.

—Que sea después del segundo. ¿No te machacas mañana en esa sala de *pijines*?

—No, mañana no, pero en casa, cuando no voy al gimnasio, sigo la tabla que me pusiste. Voy bien, lento pero seguro, ya me conoces.

Capítulo 17

Bell se levanta muy pronto, antes de que amanezca. Empieza a hacer algunos ejercicios tratando de no hacer ruido para no despertar a Natalia. Una llamada interrumpe una larga serie de fondos en barra paralela. «Demasiado pronto para Darren, ¿quién puede ser?».

—Buenos días, William —dice una voz femenina. Se trata de Helen Bunks, agente de la comisaría de Bell.

—Qué hay, Helen, ¿cómo va eso?

—Esta noche ha venido hasta aquí Heitor Martins para denunciar que se ha producido un robo en su casa. Como sé que Darren y tú estáis con el caso, quería informarte.

—Has hecho muy bien en llamarme, Helen. Dime, ¿qué le han robado?

—Doscientos mil dólares de una caja fuerte que tiene en casa. Acusa a una mujer rusa que ha estado viviendo con él unas semanas, una actriz o algo así, era su invitada.

—La conozco, sí, Natalia. ¿Has sido tú la encargada de tramitar la denuncia?

—Yo misma.

—Envíamela a mi correo, por favor, en cuanto puedas.

—Estoy haciéndolo ahora.

—Tan eficiente como siempre, Helen. Muchas gracias. O mucho me equivoco o es una maniobra de distracción de este tipo, pero veremos. Ya te contaré.

—Es un tipo extraño, sin duda, pero, en principio, yo no tenía motivos para dudar de lo que decía. Hasta luego, Bill.

Un robo de tanto dinero... Justo la noche en que ella decide irse de su lado. A William le dan ganas de despertar a Natalia de inmediato, pero decide leer

primero la declaración de Martins, la denuncia sobre el presunto robo. Abre su ordenador y accede a su cuenta de correo. Helen ya se lo ha enviado.

Yo, Heitor Martins, ciudadano norteamericano afincado en... etcétera, etcétera, declaro que he sido consciente del robo de una importante cantidad de dinero en mi propio domicilio. Habiendo tenido como invitada a la señorita Natalia Vekareva, una actriz rusa, a la que he pagado viajes en avión, estancia, comida y clases particulares intensivas de inglés, y a la que ofrecí interesantes propuestas de trabajo como actriz, la pasada tarde decidió abandonar mi casa sin motivo justificado. La llamé algunas horas después para ver dónde estaba. Me dijo que no pensaba volver nunca a mi casa y que ya no le interesaba el papel de protagonista en una de mis películas, razón por la cual yo la invité a estar una temporada en Miami. La situación me pareció extraña, pero no quise darle más importancia. Después de cenar, ya en la cama, una corazonada hizo que me levantara de la cama. Fui directamente a mi caja fuerte, una caja que tengo escondida bajo una baldosa de la cocina, y de la que nadie tiene constancia, y pude comprobar que habían sustraído todo el dinero que se guardaba en ella, alrededor de doscientos mil dólares estadounidenses en billetes de cien y de cincuenta. Miré la otra caja, la grande, pero ahí estaba todo bien, supongo que no pudo acceder a ella. Quiero presentar, en esta comisaría, denuncia contra la ciudadana rusa Natalia Vekareva por hurto. Estoy seguro de que ese ha sido el motivo del abandono repentino de mi vivienda. Además... bla, bla, bla.

Bell sonríe. «Muy astuto, viejo zorro, buena jugada, sí, señor. Bueno, vamos a ver lo que piensa Natalia de este movimiento». Entra en su propio dormitorio, pero comprueba, con estupor, que la cama está hecha. Natalia no está. Se ha ido mientras él dormía, en completo silencio.

«Joder, esto es el colmo. ¿Y si es una auténtica ladrona?». Bell no suele tener grandes cantidades de dinero en casa, pero decide mirar en el cajón de la

cocina, que es donde suele guardar algunos cientos de dólares. Está todo, no falta un solo dólar. «¿Qué significa esto, Natalia? ¿Por qué te has ido así, sin siquiera despedirte?».

William llama de inmediato a Darren para explicarle la situación. Como imaginaba, aún dormía. Wachowski no está en condiciones de reaccionar con rapidez. Solo balbucea. Bell le pide que vaya a la comisaría, que hable con Helen e indague acerca de todos los detalles de la denuncia. Él irá a ver en persona a Martins. Se ducha en dos minutos y, al salir, recuerda que sí tiene el número de Natalia, puesto que ella lo llamó por la tarde. Como una exhalación, corre hacia el móvil y marca el número. Está apagado. Opta por llamar a Hernández, resumirle lo sucedido por la noche respecto a la rusa y saber si se va a dictar orden de busca y captura contra ella a raíz de la denuncia de Martins. El jefe está desayunando en su casa. No le gusta que nadie lo interrumpa durante ese proceso, pues suele tomar colaciones pantagruélicas. Después, durante el día, come muy poco.

—Bill, no he visto a esa rusa, pero si ese Martins, acostumbrado a ver a diario bellezones, la invitó a su casa y tú decidiste ayer llevarla a la tuya, tiene que ser, al menos, monilla. Dime, por el amor de Dios, ¿cómo coño se te ha ocurrido hacer eso? Sí, sí, es posible que yo hubiera hecho lo mismo. Si, como dice ella, él entró con esas intenciones. Sinceramente, Bill, no sé qué demonios hacer con esa chica. Esta historia del robo me parece descabellada. Podría ser cierto que le hayan robado, pero cómo saber si mira esa caja fuerte a diario. Si dice que nadie conoce que tiene ahí dinero, ¿quién se lo dijo a la rusa? ¿Él mismo? No cuadra por ninguna parte.

—Pienso exactamente lo mismo, jefe. No ha ocurrido nada entre esa mujer y yo, tienes mi palabra, eso no va a afectar lo más mínimo a la investigación, pero ya te dije lo que opino de ese tipejo. Trata a las mujeres como posesión suya. Y como Natalia le ha dado, una y otra vez, calabazas, se ha vengado.

Esto no es más que despecho, Hernández, yo lo veo, tú lo ves, y cualquiera que piense un poco se puede dar cuenta. Ha inventado bien y rápido una historia, pero se le va a derrumbar en cuanto indagemos un poco. Lo malo es que Natalia se ha ido sin avisar, eso no la beneficia. Tiene el móvil apagado. Mi idea era pasar por los estudios de Heitor antes de hacer otra cosa. Darren y yo iremos al aeropuerto a recibir a Eliska. Los chicos de la científica no tienen nada aún, ni una huella, el material está muy estropeado por los ácidos de zumos, refrescos y demás.

—Buen plan; mantenedme, ambos, informado de todo.

Mientras conduce el Mustang a gran velocidad camino al estudio de grabación de Heitor, vuelve a llamar a Natalia. El teléfono sigue apagado. No le queda más remedio que llamar a Darren y decirle que dé aviso a los aeropuertos para no dejar salir a Natalia del país. Cuando llega al aparcamiento observa que Martins acaba también de llegar y está bajándose de su vehículo. Lo deja que entre, prefiere abordarlo en el interior del edificio. Deja transcurrir cinco minutos y entra él también. Pregunta en recepción por el señor Martins y le dicen que está en el despacho 244, situado en la segunda planta, al final del pasillo. Bell llega hasta la puerta y toca con los nudillos dos veces. No hay respuesta. Vuelve a llamar, esta vez más fuerte. Abre la puerta un joven muy moreno, indio o pakistaní. William le pregunta si se encuentra en esa sala Heitor Martins. El joven dice que sí y se vuelve para consultar con la mirada a su jefe, buscando su autorización para el ingreso del desconocido. Se oye la voz de Martins.

—¿Quién cojones es?

—No sé, un tipo con un traje...

Heitor adivina al instante que se trata, una vez más, del detective. Se acerca a la puerta.

—Señor Bell, qué grata sorpresa. Hoy hasta me alegra su presencia. Tengo novedades que comunicarle. Vayamos a otra parte, hablaremos más tranquilos.

Martins conduce a Bell hasta un pequeño cuarto donde suelen cambiarse los actores. Hay mucha ropa, zapatos, accesorios, partes de decorados, etcétera.

—Si las novedades suponen que le han robado dinero y que lo ha denunciado esta madrugada, estoy al tanto. Si es algo más, soy todo oídos — dice Bell a gran velocidad.

—Bueno, me parece que no es moco de pavo que le hayan robado a uno más de doscientos mil dólares en su propia casa, y más teniendo en cuenta que lo ha hecho mi invitada, a la que he tratado a cuerpo de rey, por otra parte.

—Usted da por hecho que ha sido la mujer rusa, Natalia, la que ha sustraído el dinero.

—¿Quién si no? Robó y después se marchó de casa. Ayer salió, se supone que para hablar por teléfono o para que le diera el aire, y ya no volvió. La llamé y me dijo que no pensaba regresar. No había ningún motivo, pensaba yo, para esa repentina decisión. Después comprendí que por supuesto que lo había, un par de centenares de miles de motivos.

—He leído la denuncia que ha interpuesto en la comisaría. Dígame una cosa: usted ha contado que esconde una pequeña caja fuerte en el suelo de la cocina, bajo una de las baldosas.

—Así es.

—También ha declarado que nadie en la casa conoce la existencia de la misma, ¿no es así?

—Correcto también —dice Martins satisfecho, intentando que la sonrisa no se dibuje en la manga, lo que pone a Bell sobre aviso. «Heitor tiene algún as en la manga que aún no ha contado».

—¿Cómo es posible, entonces, que esa mujer, extranjera, nueva en este

país, que llevaba solo unos días en la casa, hubiera podido enterarse de la ubicación de la famosa caja? O usted se lo contó o esa mujer tiene unas dotes increíbles para hallar dinero escondido.

—Hace dos días la sorprendí en la cocina con un aparato metálico negro que emitía pitidos agudos. Se turbó mucho ante mi aparición y me dijo que había perdido el candado de una de sus maletas, que no podía encontrarlo por ninguna parte, y que estaba recorriendo la casa con ese detector de metales.

A Bell la historia le parece improvisada, pero calla.

—Supongo que, siendo una ladrona profesional, se habrá llevado más cosas, no solo ese dinero —dice Bell.

—De momento no he notado que falte nada, pero les informaré si sucede. Espero que la cojan pronto, ha huido.

—Nos estamos encargando de ello, señor Martins. He venido para preguntarle si sabe usted por qué se ha marchado Natalia de su casa. Y si no lo sabe, si tiene alguna teoría al respecto.

—Claro que lo sé. Con doscientos mil dólares que son míos, ¡cómo iba a quedarse en la casa para que yo lo descubriera! Tenía que irse, es lógico. Hasta que descubrí el robo, no, no lo sabía.

—¿Por qué tenía usted un interés tan grande en esa mujer? Es extranjera, del otro extremo del globo, no habla inglés, no sabía usted nada sobre ella...

—Bueno, es actriz, según me dijeron.

—En China también hay actrices, y en Hungría.

—Bueno, usted la ha visto con sus propios ojos, no en fotos. Creo que no hace falta añadir nada más.

—Explíquese mejor.

Martins acusa el golpe, se da cuenta de que su última frase lo compromete. Bell no es un simple tipo presuntuoso que solo sabe lucir trajes caros y cuerpo de boxeador. Tiene materia gris y la hace funcionar.

—Bueno, somos hombres. Es una mujer espectacular y pensé que sería ideal para alguna de mis series. Si bien no como protagonista, quizá como secundaria de lujo. La idea era que viniera, que se acostumbrara al país, que aprendiera el idioma, cosa que estaba haciendo a la perfección. Vino sin saber una palabra.

—Es extraño, señor Martins. Se gasta usted una considerable cantidad de dinero en una desconocida que no conoce ni nuestro idioma, la aloja en su casa, pero ni siquiera le ofrece un papel. Reconozca que no es muy normal. Y ahora la acusa de haberle robado dinero.

—Es un país libre, aunque los ciudadanos, algunos, seamos extraños. Unos más que otros —dice Heitor mirando de arriba abajo a Bell, haciéndole entender que la última frase va para él.

—Sobre el robo del dinero, centrémonos en eso. ¿Revisaba usted a diario esa caja de la cocina?

—Con bastante frecuencia. A diario puede que no, pero sí cada pocos días.

—¿Qué modelo es?

—No lo sé ahora... Una caja de seguridad bastante cara, buena, pero no sé qué modelo.

—Es posible que la encontrara alguien del servicio de su casa y cogiera el dinero.

—Cocineros, limpiadoras o jardineros no creo que conozcan ni el mecanismo de estos aparatos, lo dudo mucho.

—De la misma manera que duda de que una actriz y modelo extranjera pueda conocerlo, ¿o ella es diferente?

Tocado y hundido. Martins no tiene respuesta para las preguntas incisivas y claves del detective.

—Le he dado todo, le he ofrecido cambiar de vida, hacerse rica, y así me

lo paga... Es posible que fuera ladrona, no es descartable, supongo.

—Tampoco lo es que sus empleados puedan ser ladrones de cajas, ¿no lo ha pensado?

Heitor entiende que por ese camino solo tiene las de perder.

—¿Ella se sentía cómoda en su casa? —pregunta William.

—Mi impresión es que sí, al menos hice lo posible para que así se sintiera —contesta Heitor.

En ese instante suena el teléfono de Bell. Es Darren.

—Bill, no te imaginas quién está aquí.

William sale del camerino para hablar con Wachowski tras pedirle a Martins que lo espere un minuto.

—Prefiero no imaginar nada, amigo, dímelo.

—Natalia.

—¿Le ha pasado algo?

—Ha venido a la comisaría porque quiere denunciar a Heitor Martins por acoso sexual reiterado. Ahora mismo está hablando con Helen.

—¿Le habéis informado de la denuncia de Martins contra ella?

—Sí.

—¿Cómo ha reaccionado?

—Muy sorprendida. Después incluso se ha echado a reír, no da crédito. Todo esto es un caos terrible, William. Y el caso no avanza.

—Lo sé. Ahora estoy con Martins. Tengo una buena noticia que darle. He estado a punto de insinuarlo yo, para ver cómo reaccionaba. Tu llamada ha sido providencial. Te cuento luego.

Bell vuelve con Heitor.

—Disculpe, señor Martins, ¿por dónde íbamos?

—Sobre las sensaciones de la señorita Vekareva en mi casa —responde.

—Ah, sí. De manera que, siempre según usted, ella estaba la mar de

cómoda.

—Vivía como una auténtica reina.

—Y usted, por supuesto, no tenía ningún interés personal en ella.

—No lo entiendo, ¿a qué se refiere?

—Que no quería que ella se fuera a la cama con usted, por ejemplo. Que no la deseaba sexualmente.

Martins no esperaba eso y recula, tropezando con una silla; está a punto de caerse, pero consigue mantener el equilibrio.

—Parece que este tema le ha puesto nervioso.

—En absoluto, es muy grave lo que insinúa usted, señor policía. Creo que formularé una queja formal contra usted a través de mis abogados, que son, por cierto, los mejores de toda Florida.

—No son insinuaciones, sino acusaciones en toda regla. Acosó reiteradamente a su invitada Natalia durante la estancia de ella en su domicilio.

—¿Usted fuma *crack* o se ha vuelto loco de repente?

—Ni una cosa ni la otra. Natalia Vekareva ha presentado una denuncia formal contra usted por acoso sexual. Me limito a informarle. Debe acompañarme usted a la comisaría. Esta vez se viene conmigo. Sería mejor para todos que lo hiciera de buenas maneras, colaborando. No me obligue a montar un numerito desagradable y a esposarlo. Créame, no es plato de buen gusto y puede hacerse daño. Así que, cuando esté listo, nos vamos. Tiene unos minutos para coger lo que considere imprescindible.

—¿Que esa puta esclava me ha denunciado a mí, a Heitor Martins? Pero ¿esa chica sabe dónde se está metiendo? La hundiré así —dice apoyando la yema del dedo pulgar de su mano derecha sobre una mesa y girándola una y otra vez, simulando machacar una hormiga.

—Lo único que se va a hundir aquí, me temo, es su prestigio. Se ha pasado

usted de la raya, algún día tenía que llegar la mujer que lo pusiera en su sitio. Y parece que ha llegado desde muy lejos.

—Pero esto solo es un montaje, una denuncia falsa para conseguir salir de rositas con el tema del robo, ¿no lo ve? Ella me ha robado a mí, no yo a ella.

—Son asuntos diferentes. Ella ha podido robar, pero han podido ser muchas otras personas. Su denuncia, en cambio, es clara, y aporta multitud de datos. Tiene, incluso, una conversación grabada que aportará en el juicio.

Martins se echa a temblar.

En la comisaría se encuentran Darren y Natalia cuando llega Bell con Martins, sin esposar. Ha accedido a ir voluntariamente al interrogatorio. Hernández decide asignar el caso a dos agentes, pues Darren y William deben resolver el crimen de Sandra.

—Bill —lo llama Hernández desde su despacho—, ven un momento.

—Dime —dice William entrando en el despacho del comisario.

—Al fin buenas noticias. La gente de la científica ha podido obtener, esta misma mañana, una huella. Dicen que la fiabilidad es, de momento, solo del ochenta por ciento, pero es mucho más que nada, como teníamos antes.

—¡Ya era hora! ¿A quién pertenece?

—A Isabella Winters.

—Y está, supongo, en el bolso —comenta Bell.

—Lo bueno es que está en los tres objetos. Podría haber más, siguen trabajando, pero de momento es lo que tenemos.

—Isabella Winters. Vengo ahora del estudio de grabación de Martins. Supongo que ella estaría allí. No la he visto. Vuelvo entonces para allá y la traigo detenida, supongo. Tenemos que actuar con urgencia.

—Me parece bien. No le des demasiadas explicaciones allí, es mejor tenerlos aquí a los dos juntos, Martins y ella.

—¿Crees que lo han hecho entre los dos? —pregunta Bell.

—Podría ser que la hubiera utilizado, pero prefiero no creer nada. Como te dije el primer día que empezaste a trabajar aquí, que sean los hechos los que digan y opinen por encima de nuestras, a veces, débiles hipótesis.

—Así lo hago siempre, lo sabes.

—Me consta. Tráela.

Capítulo 18

Estudio de cine de Heitor Martins

Bell espera a Isabella en el camerino 5. A los pocos minutos ella entra. Se le ve agitada, nerviosa. A William le han dicho que está sustituyendo a Martins en las funciones de director.

—Buenos días, señorita Winters.

—Buenos días, detective. ¿Es algo urgente? Estoy haciendo el trabajo de Martins y no puedo perder un segundo. Me siento muy agobiada.

—Pues es mejor que se tranquilice porque hoy no creo que pueda hacer este trabajo. He venido porque tiene que acompañarme a la comisaría.

—Dígame aquí lo que sea, yo le contestaré.

—Me temo que no es posible. Acompáñeme, por favor. Recoja lo que usted considere necesario y salga al aparcamiento. La espero en mi coche, el Mustang que está junto a la entrada.

—Pero... no entiendo nada. Usted vino ya a interrogarme ayer, le conté lo que sé sobre el asunto del bolso.

—Es que hay novedades, señorita Winters. El bolso ha aparecido. Están sus huellas en él.

—Sí, claro, como les dije, yo le di ese bolso a Sandra, y no lo hice con guantes. Estarán las huellas de Álvares también, y puede que las de más gente, como la chica de la tienda y...

—El problema no es tanto el bolso como el *pendrive* y la pistola, todo ello encontrado por nosotros ayer en el contenedor que está cerca de la entrada del teatro de la ópera. Sus huellas, señorita Winters, están también en estos dos objetos. Por eso ahora va a acompañarme a la comisaría para una declaración formal.

—Dios mío, eso no es posible. ¿De qué pistola me habla? Eso no puede

ser.

—En la comisaría dirá usted todo lo que tenga que alegar al respecto. Vámonos ya si no necesita coger nada.

—Espéreme cinco minutos, por favor. Tengo que poner a alguien al frente de todo este caos que tenemos hoy. Alguien tiene que sustituirme.

—Por favor. Como le he dicho, la espero en mi coche. No tarde.

Comisaría de Miami. Departamento de Homicidios

En la sala de interrogatorios están Isabella Winters, Darren, William, el comisario Hernández y un policía, experto taquígrafo, que irá tomando nota de cada frase que se diga, además de tener preparada una grabadora junto a su máquina. Ella está sentada en el extremo de la mesa, de espaldas a la ventana. Bell está de pie, que es como suele interrogar a los sospechosos, con una taza de café humeante en la mano. Darren, con su libreta preparada, está sentado a la derecha de Winters. Hernández está junto a la puerta, también de pie. Quiere ser un mero espectador del interrogatorio.

—Bien, señorita Winters. Está usted aquí porque es, ahora mismo, una de las sospechosas del asesinato de la actriz Sandra Álvares. Tiene usted derecho a pedir un abogado para el interrogatorio. Si carece de uno, el estado de Florida le proporcionará uno de oficio —explica William.

—Me niego a contestar a nada sin su presencia —responde ella.

—De acuerdo —tercia Hernández—, avísele ahora mismo y que venga como un rayo. No podemos perder más tiempo. El agente Bell le ha comentado que venía usted a la comisaría para ser interrogada y no ha dicho usted nada del abogado.

—Estaba muy nerviosa porque estaba haciendo funciones de director; estaba de los nervios, casi histérica. Ahora estoy más tranquila. Lo he llamado desde allí, mientras el señor Bell me esperaba en su coche. Me ha dicho que

viene para acá, no se preocupen. No creo que tarde mucho en venir.

Hernández y Bell salen de la sala de interrogatorios. Bell quiere saludar a Natalia, o al menos ver cómo se encuentra. También tiene curiosidad por saber adónde ha ido de madrugada y cómo ha logrado salir de la casa sin despertarlo. Helen le dice que acaba de salir de la comisaría. Un agente la ha llevado a ella, junto con Martins, a casa de este para recoger todas sus cosas. Bell pregunta qué ha declarado ella a la acusación de Martins del robo de esa cantidad de dinero. Helen contesta que se ha quedado sin palabras, muy sorprendida. Les ha dicho que jamás ha robado nada a nadie, ni una simple goma de borrar cuando era escolar. Dice que miente y que si de verdad le han robado, lo ha aprovechado para acusarla a ella, que está despechado porque ella nunca ha aceptado el chantaje implícito que suponía acostarse con él para conseguir algún tipo de papel. Ni siquiera cree que alguien le haya robado.

—Me ha parecido muy convincente, Bill, a pesar de su limitado inglés. Se ha explicado muy bien. También nos ha dicho que ha dormido en tu casa, pero que fue ella la que te lo pidió, pues se sentía mal, vulnerable, y no quería pasar esa noche en un hotel. Ha decidido irse de tu casa a mitad de la noche para que no hubiera malentendidos ni nadie pudiera acusarte de nada. Ahí tienes el motivo, si es que te estabas preguntado por qué se había ido de esa forma.

—Vaya... ¿Qué va a pasar con ella? ¿Habrás juicio?

—Las declaraciones de Heitor Martins son extrañas y contradictorias. Se ha mostrado muy nervioso durante el interrogatorio sobre la demanda de Vekareva de acoso continuado. Él lo achaca todo a la mala interpretación de ella por culpa del idioma. Dice que ella no entiende matices ni entonaciones de nuestra lengua, y que lo ha llevado todo al terreno sexual cuando él no quería decir eso. Cuando le hemos pedido ejemplos, ha dicho no recordar las

frases, pero la chica, en cambio, se acordaba de todo a la perfección. Mi opinión es que el asunto del dinero va a ser archivado, no hay base de ningún tipo, a no ser que a ella se le encuentre esa cantidad de dinero ahora, cuando el policía revise sus cosas en la casa. En cambio, el asunto del acoso podría ir adelante. Martins tiene contactos muy arriba e intentará utilizarlos, pero hoy en día estos temas suponen un total desprestigio ante la sociedad. Si sale a la luz, la carrera de Martins se podría ver muy perjudicada, ya que suele haber, como sabes, un efecto contagio. Si ha intentado algo con más actrices es posible que alguna lo cuente.

—Sus abogados propondrán un trato a la rusa, así funciona siempre —dice Bell.

—Es muy probable. Y así se ahorra, casualmente, doscientos mil dólares, ya que ella se los ha robado, según él. Esta historia parece preparada por sus abogados, en efecto.

—Es justo lo que estaba pensando ahora. Ese tipo no me parece que sea tan listo. Ha sido un consejo, que podría salirle mal, de sus abogados. Bueno, voy dentro, el abogado de Winters estará al caer. Gracias, Helen. Si hay alguna novedad, infórmame, por favor.

—Descuida. Por cierto, Bill, es muy bonita —le dice Helen guiñándole un ojo.

—Helen...

—Lo sé, lo sé, es muy complicado. Pero es, además de muy guapa, elegante como tú.

William se da la vuelta y se dirige hacia la sala de interrogatorios. El abogado de Winters acaba de entrar.

—Me llamo Robert Ioannidis, soy el abogado de la señorita Winters. Solicito unos minutos para poder hablar con ella en privado.

—Ya hemos perdido bastante tiempo esperándolo a usted —dice

Hernández—. Esto no es un juicio, es un interrogatorio en instalaciones policiales. Empecemos, William.

—No es lo habitual rechazar una petición como esta, señor comisario — dice el abogado, un norteamericano de abuelos griegos, con el pelo negro muy rizado, bajo y de nariz aguileña.

—Me atengo a la ley, señor Ioannidis. No es un derecho específico, es una concesión que se puede o no hacer. Lo repito, no podemos perder ni un segundo más, y no interrumpa más.

—Como gusten —acepta Robert, sentándose y abriendo una carpeta con folios, donde hay también una pluma estilográfica de oro.

—Señorita Isabella Winters. Como usted sabe, Sandra Álvares fue asesinada junto al edificio de la ópera. Cerca del lugar del crimen, en un contenedor de basura, se han encontrado tres objetos. Uno es el bolso que portaba Álvares la noche que la mataron. También se ha encontrado un *pendrive*, que es el objeto que entregó una joven checa a Sandra en uno de los descansos del espectáculo, y, para terminar, un tercer objeto que no es otro que una pistola —resume Bell.

El abogado apunta todo a gran velocidad e interviene de repente, interrumpiendo al detective.

—¿Qué tiene que ver todo esto con mi clienta?

—Para ser abogado, le falta a usted la paciencia necesaria. Si hubiera empezado diciendo que se han encontrado huellas dactilares de Isabella Winters en tres objetos, usted habría preguntado, asimismo, que qué tiene que ver eso con su clienta. Bien, lo tiene que ver todo. En los tres objetos están sus huellas, señorita Winters. Que estén en el bolso es lógico, pues usted, según propias palabras, tuvo acceso al mismo. Sobre el *pendrive* nos caben más dudas, pero eso lo aclarará usted ahora. Pero ¿por qué hay huellas de sus dedos en una pistola que aparece en un contenedor que está junto a la escena

del crimen? Y ahora, abogado, sabiendo ya qué tiene que ver todo ello con su clienta, dejémosle que se explique, si es que no tiene pensada una nueva interrupción.

Isabella se queda como clavada en su asiento. No reacciona, no dice nada. Ioannidis decide echar un cable a Winters.

—Parece que sus palabras han descolocado a mi clienta. En un contenedor puede haber miles de cosas. Ustedes podrían estar diciendo esto para implicarla, sin tener una sola prueba.

—¿Qué insinúa, abogado? —interrumpe Darren, indignado con la frase del letrado.

—Lo que ha oído, señor...

—Wachowski. ¿Está usted segura, señorita Winters, de que este hombre es un abogado de carrera? ¿Está colegiado? ¿Tiene alguna experiencia? Usted merece, como cualquier otro ciudadano de otro país, la mejor defensa que pueda procurarse.

—De acuerdo, de acuerdo, entendida la jugada —dice Robert rindiéndose—. Retiro mis últimas frases. Vamos a dar por hecho que existen esas huellas en la pistola.

—Eso está mejor, señor Ioannidis —dice Darren.

Bell guiña un ojo a Darren por su gran intervención en ayuda de su compañero, y continúa.

—Bien, señorita Winters, su abogado le ha conseguido unos segundos preciosos para que piense algo. Creo que es tiempo más que suficiente. ¿Qué tiene que decir?

—Yo... solo diría que no he tenido una pistola en casa en mi vida, a pesar de que los americanos tenemos el derecho a guardar armas para nuestra defensa.

—Bien, perfecto, pero de alguna manera llegaron esas huellas al arma.

Usted ha tenido que tocar al menos esa determinada pistola.

—No está obligada a contestar, señorita Winters —salta el abogado de repente, elevando el tono de voz.

—Por supuesto que puede elegir callar —manifiesta Darren—, pero esta conversación está siendo transcrita en su integridad y también recogida en audio. No creo que en el juicio, y usted esto lo sabe mejor que nosotros, beneficie este silencio a su defendida.

—No sé de qué pistola me hablan, caballeros —contesta ella.

—Por tanto —retoma el asunto William—, niega usted haber tocado un arma de fuego en toda su vida. ¿Es así?

—Exacto, señor Bell.

—Bien, vamos acercándonos. Usted puede estar diciendo la verdad —dice William mirando de repente al abogado, el que pone cara de circunstancias por ese fuera de juego. No entiende qué ocurre, pero intuye que nada bueno para su clienta.

—Ahora afirma que puede estar diciendo la verdad —interviene el abogado—. Entonces, ¿la señorita Winters tocó o no tocó esa arma?

—Si hay huellas en ella, no cabe duda de que su dedo, al menos uno, la tocó —responde Darren.

—La señorita Winters sabe bien por qué estoy diciendo esto, pero estoy esperando a que lo confiese ella misma —dice Bell.

Winters calla, aparentando una calma que está muy lejos de sentir. Esta vez el abogado prefiere no intervenir porque ignora qué ocurre con esa arma. Todos esperan la respuesta de Isabella. Bell no se rinde e insiste.

—La clave es esa, abogado, no ponga usted esa cara. Arma de fuego. Es posible que ella no haya tenido jamás una, pero sí ha tocado, sin duda, el arma encontrada por nosotros en ese fétido contenedor.

—¿Era una pistola de juguete entonces? —inquire Robert.

—Que mejor nos conteste ella misma —replica William.

Isabella mira a su abogado en espera de algún gesto de ayuda. Él hace uno de asentimiento, más porque desea conocer qué misterio esconde esa pistola que por creer que es la mejor estrategia. Permanecer en la ignorancia de datos es lo que más odia.

—Podría ser una pistola sin una parte importante, sin la cual no puede ser disparada —dice ella.

—Exacto. Bravo, señorita Winters, comenzamos a progresar al fin —dice Bell en voz baja—. Así es. Se trata de una pistola sin percutor. Como las que se utilizan en el cine, en el teatro o en las series de televisión. Usted, trabajando en un estudio de cine, no habría tenido dificultades en hacerse con una de estas pistolas. La pregunta es para qué la quería. ¿Quiso amenazar con ella a Sandra Álvares? Si es así, ¿con qué fin?

—Pero ¿qué está diciendo? ¿Por qué habría yo de amenazar a Sandra? Nunca tuve nada contra ella.

—No sabemos por qué, ni estamos diciendo que lo hiciera. Estamos intentando explicar cómo pudo haber llegado a ese lugar una pistola sin percutor con sus huellas. Teniendo en cuenta que jamás ha tenido un arma, dígame, ¿cuántas posibilidades hay de que algo así suceda sin que usted la haya llevado hasta allí? No calcule, se lo diré yo. Ni una sola, cero.

»¿Estuvo usted esa noche en la ópera, señorita Winters? —añade Bell.

—No, no fui. Terminé muy cansada de los rodajes y suelo irme a casa y acostarme.

—Bien, ahora va a decirnos todo lo que hizo usted ese día, desde la mañana —continúa William.

—Fui al estudio, como cada mañana. Me levanté muy pronto, hacia las seis. Desayuné, me duché y llegué allí hacia las siete y media, pues a las ocho ya comenzábamos a rodar las primeras escenas —explica Isabella con las

manos bajo los muslos de su pantalón vaquero.

—¿Hasta qué hora duró el rodaje? —pregunta Darren.

—Terminamos a las ocho, quizá ocho y media, no miré el reloj.

—¿Qué hizo luego?, ¿adónde fue? —interviene por primera vez, sorprendiendo a los dos detectives y al abogado, Hernández.

—Me fui directo a mi casa, pasando antes, por supuesto, por un supermercado que están en el camino.

—¿Por qué dice «por supuesto»? —quiere saber William.

—Compro allí a diario. No me gusta congelar alimentos, prefiero cenar algo que haya comprado ese mismo día, por eso lo he dicho.

—Perfecto, continúe.

—Bien, compré allí algo de fruta, verduras y pescado; llegué a casa y me tumbé un rato sobre el sofá. Las sesiones en el estudio me dejan la espalda molida.

—¿Vive usted sola?

—¡Un momento! ¿Qué tipo de pregunta es esta? Estamos analizando lo que hizo ella aquel día, no su vida personal —interrumpe Robert Ioannidis.

—No es ningún tipo especial de pregunta, abogado —responde Bell—, es una pregunta más, a la que deseo que conteste. No sé cuántas veces le tendré que recordar que esto, todavía, no es el juicio. Estamos en una comisaría de Policía. Hemos esperado amablemente a que usted llegara para que estuviera presente en el interrogatorio, por expreso deseo de la señorita, pero o deja usted de interrumpirme, destrozando el ritmo de esta sesión, o me verá obligado a echarlo sin contemplaciones de aquí por infringir las normas de procedimiento que usted debe conocer mejor que nadie, aunque empiezo a temer que no. Y si las conoce, tanto peor, pues las infringe conscientemente.

—No conozco el artículo donde se diga que el abogado, durante un interrogatorio policial, no pueda intervenir en interés de su cliente.

—Hagamos un descanso. Señor Ioannidis, venga un momento a mi despacho —dice Hernández.

La sesión se interrumpe. Winters permanece en la sala, el abogado sale con Hernández mientras Darren y William se reúnen en el despacho de este para decidir qué hacer con la llegada de la checa que viene de Canadá.

—Este tipo medio griego ha venido a arruinar el interrogatorio. A pesar de la bronca que se vaya a llevar ahora por parte de Hernández, conseguiré alargarlo para darle tiempo a pensar respuestas —dice Bell—. No vamos a llegar al aeropuerto como queríamos. Así que vas a ir tú. A las once en punto, esté como esté el interrogatorio, sales de la sala rumbo al aeropuerto.

—¿Qué opinas, Bill?

—Esta vez, para variar, empieza tú primero.

—Que ella llevó hasta allí la pistola, no me cabe duda. Pero quizá ella se la diera a otra persona a la que está protegiendo, eso es lo que de momento me pasa por la cabeza. No digo que no pueda ser ella la autora del crimen, solo estoy valorando posibilidades.

—De momento, hasta que no acabemos el interrogatorio, ni quiero ni puedo tener hipótesis, solo estorban e intervienen, sin quererlo, en el subconsciente. No lo olvides. Hechos, hechos y más hechos. Volvamos dentro.

Se reanuda el interrogatorio. El abogado ha vuelto a la sala, pero Hernández no. Winters está en la misma silla, en la misma postura en que la dejaron, con ambas manos extendidas entre la silla y sus vaqueros. Parece tranquila. Mira a Darren, pero no a Bell. Ambos policías, ante el gesto, saben quién es el adecuado para llevar, en su totalidad esta vez, el interrogatorio. Wachowski se limitará a ser mero espectador.

—Antes de continuar con el interrogatorio, abogado, me gustaría saber qué le ha dicho nuestro bonachón, generoso y comprensivo comisario jefe —dice Bell mirando con dureza a Robert.

—Hemos estado hablando de las plantas que tiene en el jardín, después me ha preguntado por la familia, le he contado que está bien, y más tarde, pues... —comienza diciendo Ioannidis con una gran sonrisa sarcástica que es la que enciende la mecha.

Bell se acerca al abogado, lo coge por la corbata y lo saca sin contemplaciones de la sala, dando después un portazo. Ni el taquígrafo ni Darren, ni mucho menos Winters, se atreven a comentar nada. El abogado no hace intento de volver a entrar, pues ha rodado cuatro metros por el encerado suelo de la comisaría.

—Bien, y ahora, ya sin moscas cojoneras que no nos dejan hacer nuestro trabajo, sigamos con nuestra charla, señorita Winters, si es tan amable — exclama William con el rostro relajado, amable, en uno de esos vertiginosos cambios que no dejan de asombrar a Wachowski por muchas veces que los contemple.

—Estábamos hablando sobre su vuelta a casa del supermercado, si estoy en lo cierto. Yo había preguntado si vive usted sola.

—No estoy casada, si es eso a lo que se refiere.

—Pero puede tener novio o novia, que en preferencias sexuales no me meto. Mi pregunta va más encaminada a si comparte su vida con alguien, no a su estado civil.

—Hay una persona que de vez en cuando duerme en mi casa, dejémoslo ahí.

—Perfecto. ¿Esa persona durmió esa precisa noche en su casa?

—No.

—¿A qué hora calcula que llegó usted a su domicilio?

—No antes de las nueve y media. Estuve bastante tiempo eligiendo productos y había grandes colas.

—Más cerca de las diez que de las diez y media, quizá...

—Recuerdo que llegué a tiempo para ver ese concurso de preguntas que empieza a las diez en el canal 34, por lo que serían las diez menos cuarto, no más.

—Bien, gracias. Sigamos. Usted, entonces, comenzó a ver ese programa.

—Lo iba viendo en la televisión que tengo en la cocina mientras me preparaba una gran ensalada con queso. Estuve lavando y cortando distintas verduras y hortalizas: lechuga, tomate, zanahoria, cebolla... Cuando terminé de prepararla me fui al salón, me senté en el sofá con el bol de ensalada y mi botella de zumo de zanahoria con naranja y estuve viendo la televisión hasta que terminó ese concurso, que dura casi dos horas.

—Está claro —dice Bell—. ¿Qué hizo usted a continuación?

Darren toma nota, pese a que el taquígrafo está transcribiendo cada palabra que se pronuncia.

—Me fui al baño, me duché y me fui a la cama.

—¿A qué hora se levantó para ir hasta el edificio de la ópera?

—¿Cómo dice?

—Exactamente lo que ha oído, no me apetece repetirlo. Conteste.

—Me levanté a la mañana siguiente para ir a trabajar, no para ir a una estúpida ópera, señor Bell. No invente cosas, por favor, es usted policía.

—Yo no invento nada. Sé que estuvo usted en ese callejón esa noche. Cuanto antes lo confiese, más aliviada se sentirá y antes podrá salir de aquí. No estoy diciendo que sea usted culpable de ningún crimen, solo que reconozca que fue hasta allí, llevando, además, la pistola sin percutor. El bolso lo tenía Sandra y el lápiz electrónico se lo entregó una chica extranjera que está a punto de llegar a Miami para declarar también. Conteste a esta pregunta. Recuerde que esta conversación está siendo grabada y se aportará como prueba en el caso de que vayamos a juicio. ¿Salió usted de su casa aquella noche?

—No.

Bell se pasa la mano por el cuello, se afloja un tanto el apretado nudo de la corbata de seda y se dirige de nuevo a Winters.

—Bien, señorita Winters, ha elegido usted el camino largo. Andemos por él entonces, no hay problema, pero esta mentira no le saldrá gratis, quiero recordárselo.

Darren mira el reloj, son las once menos cuatro minutos. Por nada del mundo se perdería cómo es el camino largo de su compañero. Decide quedarse hasta las once y cinco y correr con el coche un poco más de lo habitual.

—Usted tiene un Ford Mondeo plateado con la siguiente matrícula: AKH-J45. ¿Es correcto? ¿Es esa su matrícula?

Winters no contesta con la voz, sino con un gesto de la cabeza, moviéndola hacia abajo una sola vez.

—No me valen los gestos, señorita Winters. He entendido que eso es un sí, pero el juez querrá escuchar su voz diciéndolo.

—Sí, es mi matrícula, joder, sí —dice ella perdiendo los nervios por vez primera y enrojeciéndose.

—No hace falta ser descortés, pero no me molestan especialmente los tacos, como quiera. Proseguimos. Verá, señorita Winters, frente al callejón donde está sito ese contenedor del que le he hablado hay un banco. Ese banco tiene cámaras de seguridad dentro y fuera. La cámara de fuera, la que está en la esquina, captó unas curiosas imágenes. ¿Quiere que le diga qué coche estaba aparcado ahí a las tres de la madrugada?

—Haga usted lo que quiera —contesta Isabella.

—Pues el coche que estaba en ese momento de la noche y en ese lugar no era otro que un Ford Mondeo de color plata con matrícula A...

—¡Basta! Estuve durmiendo en mi casa toda la noche hasta que sonó el

despertador a las siete menos cuarto de la mañana. Mi coche no pudo haber estado ahí.

—Bueno, señorita Winters, su coche estuvo ahí, eso es un hecho, las cámaras no son personas, no pueden mentir ni engañar, graban las imágenes que suceden, recogen hechos que son incuestionables. Otro asunto sería dilucidar quién llevó hasta allí su coche. Si no fue usted, ya que insiste en que estaba dormida, o dejó el coche a alguien que fue hasta ese lugar o se lo robaron mientras dormía y el ladrón decidió ir hasta allí. No es descartable. Un sicario, quizá, un matón de cuarta contratado para amenazar o algo peor... Vamos a investigarlo y llegaremos hasta el fin, no le quepa a usted duda, señorita.

En ese momento, las once y cinco de la mañana, entra Hernández.

—Bill, el abogado ha presentado una denuncia contra ti por brutalidad policial. Dice que le has sacado de la sala a rastras, por la corbata, y que lo has lanzado por el pasillo. Se ha orinado encima, William, por el amor de Dios. ¿Qué coño ha dicho ese jodido picapleitos para que te hayas puesto así?

—Si ha presentado una denuncia, tendrá que decir él las palabras exactas. Eso son cosas del pasado, aunque sea un pasado cercano. Ni me acuerdo, pero se estaba riendo de todos nosotros, cosa que no he permitido ni permitiré nunca mientras siga en activo.

—Quiere volver al interrogatorio, pero me pide garantías. Quiere que yo permanezca dentro, pero no tengo tiempo para estar aquí toda la mañana. Dime, ¿puedo decirle que vuelva?

—Puedes decirle lo que te venga en gana, claro, eres el jefe. Pero yo actuaré según las circunstancias. Creo que es a él a quien hay que preguntarle si se va a comportar como una persona normal y no como un bufón de feria de cuarta que piensa que hemos nacido para reírle sus gracietas. Que haga lo que quiera. Darren, creo que es la hora.

—Sí, Bill, ya me voy. Nos vemos.

Wachowski sale, cerrando su libreta y echando una última mirada a Isabella. La piel de encima del labio superior está húmeda.

—Hagamos un descanso —dice Bell, que tenía calculado hacerlo de todas formas en ese preciso momento de su exposición de los hechos.

Capítulo 19

Aeropuerto Internacional de Miami

Wachowski ingresa en el edificio de llegadas justo a tiempo. El vuelo procedente de Houston, pues no hay vuelo directo entre Vancouver y Miami, en el que viaja la hermana de Dagmar acaba de aterrizar. Darren espera que ella no haya facturado equipaje, pues podrá salir más rápido a la calle. Así sucede. A los dieciocho minutos, Eliska Hrabe aparece con una maleta de mano que arrastra con facilidad. El detective se dice que es idéntica a su hermana, como una gota de agua a otra. No hay manera de distinguirlas. Lleva un elegante traje pantalón de raya diplomática gris, con camiseta blanca debajo en vez de camisa. La chica no sabe que un policía la está esperando y se sorprende cuando Darren la aborda.

—Buenos días, señorita Hrabe. Me llamo Darren Wachowski, soy detective del Departamento de Homicidios de Miami. He venido a recibirla y a hacerle, si me lo permite, algunas preguntas. Podemos hacerlo en alguna de las cafeterías del aeropuerto, son cómodas.

—Buenos días, señor Wachowski. Pensaba que me interrogarían en una comisaría, no esperaba esto, pero sí, claro, no tengo nada que esconder. Podemos hablar aquí mismo, no me molesta.

—Como quiera —dice Darren sacando su libreta y su bolígrafo—. Oh, disculpe, he olvidado mostrarle mi placa. Aquí está.

—No hace falta, su pinta lo delata. Solo puede ser policía —dice ella sonriendo.

—¿Tanto se me nota? ¿En serio?

—No, era broma, no tengo ni idea de la pinta que tiene un policía, la verdad —dice ella riendo. Darren comprueba que es mucho más alegre y habladora que su hermana. Parece la típica chica bromista que suele

sorprender a muchos hombres que piensan que una chica tan guapa no puede ser una pequeña gamberra. Le ha caído bien desde el principio. Wachowski no puede evitar romper a reír con ella.

—Bien, señorita, me alegro mucho de que esté usted de tan buen humor. El asunto que nos ocupa es serio, por eso le pido que me conteste con sinceridad. Su hermana, la señorita Dagmar, ayer solo me dijo que ella no había estado en la ópera, pero me ocultó conscientemente que fue usted la que estuvo allí en su lugar, supongo que haciéndose pasar por ella, pero prefiero que me lo cuente usted.

—La verdad es que era algo sin importancia, para que no se enterase mi padre, pero nos ha perjudicado esa inesperada muerte. Es horrible. Dagmar me pidió hacer esto porque no se le ocurría otra forma de despistar a mi severo padre. Nos tiene muy controladas, sobre todo a Dagmar desde que yo salí de Chequia. Yo accedí a hacerlo porque siempre nos hacemos favores así, jamás nos han pillado y, además, a mí me divierte mucho, no voy a negarlo. Llegué a Miami esa misma tarde y me fui en avión por la noche. Regresé a Canadá agotada. El vuelo de vuelta salía a la una, lo cogí por los pelos. Era vía Orlando, la ida había sido con escala en Dallas.

—Lo que más nos interesa, señorita Hrabe, y por lo que ha venido aquí hoy, es que nos cuente de qué hablaron Sandra Álvares y usted. En las cámaras de seguridad se las ve risueñas, como si fueran casi amigas. ¿Acaso se conocían?

—En absoluto. A ella le dije la verdad, ¿sabe? Que me llamo Eliska, que soy la hermana gemela de una chica de Chequia que es fanática de sus series y que había ido yo a Miami porque nuestro padre no permitiría nunca a Dagmar ser actriz. A ella le gustó mucho la historia y me prometió que guardaría el secreto. También me dijo que si mi hermana era tan guapa como yo, que triunfaría en América. Nos reímos un poco, yo le pregunté si seguía actuando y

me dijo que no, que estaba en un descanso vital, así me dijo.

—Descanso vital... —repite Darren apuntando la frase.

—Así es.

—Señorita Hrabe, las cámaras solo recogen un breve momento de ustedes juntas, pero no sabemos cómo se produjo el acercamiento. ¿Alguien las presentó o fue usted quien la buscó a ella?

—La estuve buscando desde antes de que empezaran las actuaciones. No daba con ella. En ese descanso seguía buscándola, pero lo que me proponía, en realidad, era ir al servicio de mujeres, así me topé con ella. Fue una suerte.

—Desde luego. Dígame, ¿estaba sola cuando la vio?

—Había personas que le pedían hacerse fotos con ella. Yo conseguí meterme por en medio, pero la verdad es que no me fijé en ese detalle. Justo al lado de ella, como si fuera algún amigo o acompañante, no vi, pero eso no significa que hubiera ido sola, quizá lo estaba en ese momento.

—Bien. ¿Le pareció que estaba tranquila o se la veía nerviosa? ¿Qué diría usted?

—Me pareció una persona muy relajada, con un gran control de sí misma. No me pareció nada diva, ya sabe, como son muchas veces las actrices famosas, creídas, egoístas, pendientes solo de ellas mismas. Me gustó.

—Usted le dio algo a ella, ¿qué fue?

—Un *pendrive* con fotos de Dagmar y con declamaciones suyas a cámara tanto en checo como en inglés.

—Perfecto —dice Darren escribiéndolo todo a gran velocidad en su libreta—, ¿quién le dio ese *pendrive* y dónde se lo dio?

—Fue Heitor Martins, en el mismo aeropuerto. Después él me llevó hasta mi hotel, que está junto al teatro, donde descansé tres horas, pues en cuanto terminara el espectáculo tenía que volver con rapidez al aeropuerto para que nadie notara nada.

—¿Qué me puede decir sobre ese corto trayecto con él?

—Me miraba mucho, incluso hasta el punto de no prestar atención a la carretera, lo que me llegó a preocupar. No me gustó demasiado ese hombre, y se lo dije esa misma tarde a mi hermana, que tuviera cuidado con él. Me pareció el clásico golfo, un mujeriego, pero de la peor clase. Hay mujeriegos divertidos, encantadores, simpáticos, irresistibles, pero hay otros, y el señor Martins entra en esa categoría, que son sibilinos, calculadores, puedes casi leer sus pensamientos; en una palabra: sucios. De todas formas, me trató con extrema amabilidad, eso hay que decirlo también. Me dejó en el hotel. Creo que se quedó unos momentos esperando para ver si yo le decía que subiera o algo así, pero es solo una sensación.

—Muy buena explicación. Más o menos, así es ese hombre, acertó usted. ¿Hablaron de algo durante ese corto viaje en coche?

—Básicamente sobre Dagmar. Que era una belleza increíble, que tendría mucho futuro en este país, que había acertado acudiendo a él... Quería que le contara cosas de Dagmar, cosas personales, a lo que me negué desde un principio. No se lo tomó muy bien, pero siguió haciendo algunas otras preguntas banales.

—Muy bien, señorita Eliska. Usted le entregó ese *pendrive* a Sandra. ¿Sabe si contenía algo más que las fotos de su hermana? ¿Heitor comentó algo sobre ello?

—No, me dijo que debía dárselo personalmente a la señorita Álvares y que en eso consistía mi misión, nada más. Y es lo que hice. Tras dárselo y contarle nuestra pequeña travesura, volví a mi asiento y salí un poco después, pues no tenía tiempo de ver el espectáculo al completo, ya que tenía el vuelo de regreso y temía perderlo.

—¿A qué hora salió de allí?

—Hacia las doce menos cuarto. Pedí un taxi desde el pasillo y llegó en

cinco minutos. Si no llego a encontrarme con Sandra en ese descanso, creo que habría perdido el vuelo. Es terrible pensar que estuve con una persona a la que mataron horas después, casi no puedo creerlo.

—Sí, es muy triste. ¿Conserva usted la tarjeta de embarque del vuelo de vuelta?

—Sí, por suerte la tengo en mi bolso, la he traído. Mire, aquí la tiene. — Eliska la saca y se la enseña al detective.

—Es una gran ayuda para usted. Bien, su familia la espera en el hotel. No quiero entretenerla más. Quizá esta tarde vayamos mi compañero y yo a hablar con ustedes tres. Se lo confirmaremos más tarde a su padre. Ha sido un placer. Gracias por estas respuestas tan completas. Nos ha sido de gran ayuda.

—Por favor, estoy aquí para aclarar cualquier malentendido. Para lo que necesiten, llámenme. Tenga una tarjeta, ahí están mi correo, mi teléfono y mi dirección de Vancouver.

Comisaría de Miami. Departamento de Homicidios. Sala de interrogatorios

El abogado no se ha atrevido a volver, a pesar de que Hernández le rogó a Bell que se disculpara y lo invite a entrar de nuevo. William así lo hace, Ioannidis retira la denuncia contra Bell, acepta sus disculpas, pero avisa a uno de sus socios para que esté presente en el interrogatorio. Bell se muestra de acuerdo. En la sala están ahora Winters, el taquígrafo, Bell y la abogada Sarah MacMillan. Por recomendación de Hernández, cuando Bell no lo oía, le dijo a Ioannidis que buscara una mujer, ya que es difícil que el detective pierda la paciencia con las mujeres, pero con los hombres era muy distinto.

—Continuamos, señorita Winters. Estábamos con el asunto de su coche aparcado a las tres de la madrugada en las inmediaciones del teatro de la ópera. Usted dice que dormía y no recuerda haberle dejado el coche a nadie.

Como decíamos, solo nos quedan dos opciones: o se lo robaron solo por unas horas, lo que constituiría un más que extraño hurto, aunque no sea imposible; o también puede ser que usted enviase a alguien para hablar con Sandra y amenazarla de algún modo con la pistola que tiene sus huellas. A mí me convence mucho más la tercera opción; esto es, que fue usted misma quien condujo hasta allí y habló con la señorita Álvares.

—Yo dormía a esa hora, lo he dicho y lo mantengo.

—Señor Bell —dice la abogada, que habla por vez primera en la reunión—, si va a poner en duda cada afirmación de mi clienta, creo que este interrogatorio será eterno y no avanzaremos mucho.

—Es posible que así sea, señorita MacMillan, no lo niego. A lo mejor usted puede ayudarnos. ¿Qué explicación se le ocurre al asunto del coche de la señorita Winters? Será, quizá, que es como el *Coche Fantástico*, aquel Kit que tomaba decisiones, iba a buscar a su dueño, lo esperaba. ¿Algo así?

—Bueno, habrá que investigarlo, desde luego es extraño, pero la señorita Winters dice que dormía a esa hora de la madrugada y no tengo por qué desconfiar de su palabra —contesta la abogada sin saber muy bien cómo reaccionar ante la vehemencia de los argumentos del detective.

—¿Usted la considera incapaz de mentir porque es su clienta o porque tiene constancia de que esta mujer no ha mentido en su vida? —pregunta William mirando a MacMillan con su clásica expresión retadora.

—No entiendo bien, detective...

—Tenemos un grave problema con la sinceridad de la señorita Winters. Nos ha mentado desde el principio —asegura Bell.

MacMillan conoce a los policías, y ve mucha seguridad en ese hombre, por lo que decide ser cauta y esperar sin intervenir.

—El primer día que hablamos con usted, señorita Winters, nos dijo que el bolso de Chanel que llevaba Sandra Álvares en la ópera se lo había facilitado

usted ante petición expresa de ella. ¿Mantiene sus palabras o prefiere reconsiderarlo?

Winters calla, no sabe qué decir. MacMillan está demasiado confundida como para poder reaccionar, no conoce bien el caso, a pesar de que Ioannidis le ha puesto en antecedentes por teléfono mientras iba a la comisaría, pero eso no es suficiente. Ha sido un resumen demasiado corto.

—Sí, se lo di en mano a ella, como les dije —contesta, tímida, Winters.

—Aquí tenemos una gran mentira, señorita MacMillan —exclama en voz bastante alta Bell, dando un ligero golpe con la palma de su mano sobre la mesa.

—¡No miento!

—Silencio, mentirosa, no voy a soportar más tanto teatro —grita Bell intimidando a todos los presentes—. Mire, aquí tengo una curiosa factura por la compra de un carísimo bolso de la marca Chanel. Aparece la tienda, la vendedora y el cliente que lo compró, también el precio, pero eso no es relevante ahora. La clienta es, curiosamente, Sandra Álvarez. Lo pagó con una tarjeta American Express que está a su nombre. Esa compra tuvo lugar hace dos semanas, trece días con exactitud.

—Eso no significa absolutamente nada. Una mujer rica y famosa, como ella, podía tener un montón de bolsos —interviene la abogada.

—Esto lo significa absolutamente todo, señorita —le contradice William—. Como son mujeres, quizá sepan, yo lo ignoraba, que los bolsos caros, al menos los de Chanel, tienen un número identificativo para evitar falsificaciones. Es un código de ocho dígitos, como todos los fabricados a partir del año 2005. ¿Adivinan qué código tiene el bolso encontrado en el contenedor de basura? Señorita Winters, ¿quiere que compare los dígitos del bolso comprado por Sandra y el que encontramos entre la basura?

Winters se echa a llorar por primera vez.

—Vale, vale, he mentido en ese tema. ¡Sí, es mentira, odioso detective del demonio! Martins me obligó a inventarme esta historia del bolso y yo así lo hice. Tenía miedo de que, si no obedecía, me echaría del trabajo. Nunca me ha tratado bien.

—De eso he sido testigo, y no lo pongo en duda. Bien, ya tenemos el hecho de que Sandra no pidió a nadie ningún bolso, era una historia que no se sostenía por ninguna parte. Era su propio bolso. No quería haber sacado este asunto tan pronto, señorita MacMillan, pero su insistencia ante la imposibilidad de que la señorita Winters mienta me ha obligado. Por lo tanto, si mintió el primer día, podría estar mintiéndonos en todo lo demás, ¿no cree?

—No, no lo creo —contesta la abogada.

—He utilizado la forma condicional, he dicho «podría». Lo malo es que voy a tener que utilizar tiempos más contundentes, ya que los hechos son tercos —aclara Bell.

—¿Para qué fue usted esa noche a la salida de la ópera a encontrarse con la señorita Álvarez? —pregunta el detective mirando a los enrojecidos ojos de Isabella.

—Yo...

—No tiene por qué contestar a esa pregunta, querida —le dice MacMillan.

—Se equivoca usted, abogada, al igual que su colega. Tiene que hacerlo. Ella no dormía esa noche. Señorita Winters, usted esperó a Sandra a la salida de la ópera y, de alguna manera, acabaron en ese callejón donde alguien, quizá usted, quizá usted con otra persona, o puede que un tercero, la asesinó.

—Nooo, no la maté, no, no. Fui allí, sí, estuve con Sandra esa noche. Yo estaba un poco celosa de esa joven checa a la que Martins quiere dar una oportunidad. Solo le pedí que me diera el *pendrive* con las fotos.

—Eso es absurdo. Hoy hemos sabido que fue el propio Heitor Martins el que dio el *pendrive* a Eliska, con lo que las fotos ya estaban vistas. La historia

es otra, y, si no la sabe usted, señorita Winters, con gusto se la cuento. Martins deseaba con toda su alma que su gran estrella, Sandra Álvares, fuera la protagonista de su nueva serie, a lo que ella se había negado reiteradas veces. En ese *pendrive* hay un capítulo entero de la serie. Él pretendía que ella lo viera para que tomara la decisión de volver, además de incluir las fotos de la checa, que es asunto aparte. Utilizó un solo *pendrive* por comodidad, pero el problema no fue nunca la inexperta europea, sino Sandra Álvares. Usted tenía esperanzas de ser la nueva estrella de Martins. Es actriz, me he informado bien. Ha estudiado en las mejores escuelas de interpretación de Estados Unidos y de Gran Bretaña. Martins le ha ido dando pequeños papeles a lo largo de estos años, pero nunca el de protagonista, y su paciencia, esto es solo suposición mía, se agotó aquella noche. Es posible que Martins haya utilizado su poder para abusar de usted en varios sentidos, sin descartar el sexual, lo que le sugiero que denuncie si es así. Lo importante ahora es saber para qué llevó usted a ese encuentro una pistola que no podía ser disparada. ¿Quería intimidarla?

Winters está paralizada, a punto de derrumbarse. Tiembla de pies a cabeza, se le salen las lágrimas de los ojos. Es incapaz de hablar. MacMillan, ante este cambio en los acontecimientos, que no esperaba, ha quedado también fuera de juego. Permanece en silencio. Bell espera la reacción de Isabella.

—¡Solo quería que me diera el puto *pendrive*, mierda, solo eso! Le dije que me lo diera, que ella estaba retirada, que no tenía por qué verlo, que era mi oportunidad, llevo muchos años esperándola, sumisa, haciendo todo lo que me dicen, como una esclava. Me sentía frustrada, engañada, se han mofado de mí, no me toman en serio, no...

Entonces rompe en un llanto compulsivo. El detective decide acercarle un vaso de agua y algunas servilletas para que se suene. La abogada lo mira con recriminación, pero él le devuelve una mirada mucho más dura. Está haciendo

su trabajo y un asesino puede ser tanto un hombre como una mujer, no hay diferencias ni sentimentalismos en su profesión. Cuando la mujer se calma un poco, William continúa.

—De manera que usted le pide que le dé el lápiz electrónico.

—Le pedí, en realidad, el bolso, por si acaso había más, pues no sabía cuántas cosas le habría dado esa joven checa. Ella, tras un forcejeo, me lo dio.

—¿Ella le dio, así sin más, su bolso? ¿Sin ninguna resistencia por su parte?

—Bueno, estuvimos discutiendo un rato, claro. Tuve que utilizar la pistola para convencerla. Pero, como usted sabe, es una pistola falsa, para la televisión. Con ella no se puede matar ni a una mosca.

—Continúe —dice Bell, ya que Winters se ha parado en su relato, como si fuera consciente, de repente, de su más que delicada situación.

—Me hice con el bolso y, cuando me hube alejado, lo tiré, junto con la dichosa pistola, a ese nauseabundo contenedor. Olía tan mal que pensé que nadie se pararía a mirar. El camión de la basura se lo llevaría sin más.

—Sí, pero estos detectives pesados, con pañuelos en las narices, estuvieron mucho tiempo rebuscando en él. Le doy la razón, era casi insoportable. ¿Cómo se despidió de Sandra?

—La dejé allí, de pie, viva, yo la dejé viva, señor Bell.

—De acuerdo, viva. Dígame, señorita Winters, ¿por qué decidió tirar esos objetos en lugar de llevárselos con usted y esconderlos? Nadie habría podido hallarlos.

—En ese momento, me pareció que era el mejor lugar, como le he dicho. Los tiré, sin más, no lo pensé demasiado.

—Y ahora, señorita Winters, esté atenta, por favor, porque viene la última pregunta, y por tanto, la más importante de todas. ¿Usted tiró el bolso, la pistola y el *pendrive* antes o después de matar a Sandra Álvarez?

El silencio se apodera de la sala de interrogatorios. MacMillan se lleva las manos a la cara, tapándose la boca. Winters balbucea algunas sílabas ininteligibles. Bell espera, de pie, con los dos puños apoyados sobre la mesa, inclinado hacia delante, mirando con fijeza a Isabella.

—¡La pistola no disparaba! Tuve que luchar por mi vida, por favor, créanme, ella se resistió a darme todo, no quería. Hubo un forcejeo, yo caí con ella al suelo, nos arañamos, nos tiramos del pelo, bueno, fue una típica riña de mujeres, con mordiscos, arañazos, terribles tirones de pelo...

—Y claro, Sandra, como consecuencia de esos tirones tan terribles, murió.

—No sé cómo pudo morir, yo la dejé viva.

—No siga mintiendo, señorita Winters. Tenga un poco de dignidad. Usted la mató, asúmalo. Sus abogados tratarán de que pase el menor número de años en prisión. En el juicio, dependiendo del jurado, le irá peor o mejor, pero ya no tiene sentido seguir con la farsa. El equipo forense no ha encontrado un solo arañazo en el cuerpo de Álvares. Tampoco erosiones en la piel provenientes de alguna caída. No hay nada de nada. Tan solo un fuerte impacto en la cabeza con un objeto contundente. Eso fue lo que le produjo la muerte. ¿Con qué la golpeó, Winters? Venga, dígalo ahora, ¿con qué objeto?

—¡Con un martillo, maldito hijo de puta negro de los cojones! —grita Winters saltando de la silla con las manos por delante, intentando agarrar del cuello a Bell. Él, tranquilo y sin alterarse, le sujeta ambas manos. El taquígrafo se levanta para ayudar a William. MacMillan también intenta tranquilizar a la histérica mujer, que sufre un ataque de nervios.

Mujeres policías acuden a la llamada de Bell. Winters no se calma y se ven obligados a sedarla, pues patatea sin cesar y da mordiscos y arañazos por doquier a las policías que tratan de reducirla.

Wachowski llega justo en ese momento. Contempla la escena y queda atónito. Tres mujeres policía están en el suelo, sujetando a la histérica

Winters, despeinada y echando espumarajos por la boca, con los ojos fuera de las órbitas, fuera de sí.

Los servicios médicos aconsejan a Bell esperar al menos una hora antes de reanudar el interrogatorio. Están intentando calmarla. Ella dice una y otra vez que el policía negro le ha hecho decir cosas que no quería, que la ha sacado de sus casillas y que está dispuesta a volver a la sala y continuar con las preguntas. Un psicólogo de la comisaría le recomienda que se calme primero, que coma alguna cosa, que se tranquilice. Cuando esté mejor, continuarán. Mientras, Darren y William discuten los pormenores de la declaración de Eliska y lo que hacer con Martins, pues la denuncia de Natalia es verosímil. El robo de los doscientos mil dólares puede ser una excusa, pero ninguno de los dos aspectos parece presentar relación con la muerte de Sandra Álvares. Al fin les avisan a los detectives de que el interrogatorio puede continuar. Isabella Winters está más calmada, pero ruegan que haya miembros del equipo médico por si surge una nueva crisis. Darren entra primero en la sala. Después Bell. Winters está sentada en otra silla, más cerca de la puerta. La abogada está escribiendo en su ordenador portátil. Dos mujeres policía acompañan a Isabella, una a cada lado.

—Bien, señorita Winters. No tendremos en cuenta sus últimas ocho palabras, pero sí las tres anteriores, pues son clave. Ha dicho usted que la golpeó con un martillo. ¿Lo llevó usted ex profeso para la ocasión? ¿Lo encontró en el callejón?

—Lo suelo llevar en mi bolso, para autodefensa, nunca se sabe cuándo te pueden asaltar. Hace años que lo llevo.

—Bien, ¿qué ha hecho con él? Necesitamos analizarlo, para comprobar que es cierto lo que dice.

—Lo tiré al cubo de la basura de mi casa. Es posible que aún esté en el contenedor, eso depende de cuándo lo hayan vaciado.

—¿Cómo la mató, señorita Winters? ¿De un solo golpe, de varios? — pregunta Bell.

—Ella estaba forcejeando para que yo no le arrebatara el bolso. Con mi mano izquierda intentaba quitarle el bolso, donde tenía el *pendrive*. Con la derecha, rebuscando en mi bolso, que llevaba colgado del hombro, saqué el martillo y le di un golpe. Me asusté, solo quería dejarla aturdida, que se desmayara, no sé, lo que fuera, para quitarle el bolso y salir de allí, pero parece que el golpe fue mortal. Solo un golpe, tiene que creerme. No me ensañé con ella, no me había hecho nada malo nunca. Quizá ahora empiecen todos a hacerme caso, he sido siempre una completa desconocida, nadie me ha tenido en cuenta.

—Fíjese cuántas personas hay ahora mismo aquí prestándole atención. Si es lo que quería, lo ha conseguido. ¿Cree que merecía la pena? Antes tenía una vida, mejor o peor, pero era libre. Eso se acabó, señorita Winters. Queda usted detenida como la responsable del asesinato de Sandra Álvares. A partir de ahora, su abogada le dirá qué trámites le esperan. Por mi parte, es todo. Darren, si quieres añadir algo...

—Sí, Bill, si me permites. Señorita Winters, ¿el señor Martins la había sometido a algún tipo de abuso sexual durante el tiempo que ha trabajado para él?

—Ya me da todo igual. Sí, sí, ese cerdo se ha aprovechado de mí. Eso fue antes, hace años, cuando yo era muy joven, y supongo que más atractiva para él. Me invitaba a cenar, decía que tenía grandes planes para mí. Yo accedía voluntariamente, nunca me forzó, pero sí usó su influencia. Es un cerdo que lo único que quiere es acostarse con el mayor número de mujeres que pueda, como si quisiera alcanzar un récord. Prefiero no seguir hablando de él, me da asco. Lléneme adonde haga falta, estoy lista. Ah, señor Bell, disculpe, perdone, nunca he hablado así a nadie, no me importa el color de su piel, fue

un insulto para hacerle daño, me he vuelto loca. Espero que sepa perdonarme.

—Como le he dicho, está olvidado. Nuestro taquígrafo, Marc, ni siquiera ha transcrito esas palabras, ¿verdad, Marc?

—Iba a escribirlas, Bill, pero las ha dicho tan deprisa y me han pillado tan de improviso que no lo he entendido bien, y por eso no constan —dice Marc guiñándole un ojo a William.

—Gracias, Marc.

Capítulo 20

Darren y William hablan en el despacho de Bell sobre los pormenores del caso, cuando suena el teléfono interno de William.

—Bill, en la casa de Martins parece que hay problemas. Nos han llamado Spencer y Thomas, Martins está como loco, exigiendo que se detenga a la ladrona y se le haga declarar dónde esconde el dinero que le robó ayer por la tarde de su domicilio. Se está poniendo agresivo. Los chicos iban a detenerlo, cuando esa mujer, la rusa, Natalia... no recuerdo ahora ese apellido complicado, ha pedido tu presencia. Dice que te necesita, que tú sabes que ella ayer estuvo contigo, quiere que lo cuentes delante de Martins. Se niega a creer nada. No sé si...

—Vamos ahora mismo para allá Darren y yo.

Los detectives llegan a la mansión de Heitor. Tienen a Martins esposado y sentado en una silla del salón. Al ver a Bell, Martins se queda, por un instante, paralizado.

—¿Qué vas a hacer, policía? ¿Has venido a llevarme detenido? —grita fuera de sí.

—¿Qué ocurre, señor Martins? La policía ha traído aquí a la señorita Natalia para que pudiera recoger sus objetos personales sin problemas. Hemos hecho bien, visto lo inadecuado de su comportamiento. ¿Qué le habría hecho si hubiese venido ella sola?

—Aquí nadie parece tomar en serio mi demanda, que es muy grave. Me ha quitado doscientos mil dólares. Es una miserable ladrona, además de desagradecida. Y está aquí, libre, recogiendo todo como si hubiera estado en un hotel de lujo.

—Tengo entendido —dice Bell— que en los hoteles de lujo no suelen

acosar sexualmente a los huéspedes, como sí parece que ha sucedido en esta mansión de alto copete.

—¡Eso es una burda mentira! Es su palabra contra la mía, ella puede decir A, yo diré B. Así me parece que no vamos a llegar muy lejos. Son palabras.

—Claro, señor Martins, pero su dinero es otro cantar, ¿verdad? Son billetes y pueden tocarse, ¿no es eso lo que insinúa?

—Bien dicho, policía, por una vez coincidido con usted. Tienen que estar, desde luego, en alguna parte.

—Bien, de eso nos iremos ocupando luego; antes, permítame, vamos a escuchar unas bonitas grabaciones que tengo en mi móvil.

Bell saca su teléfono, lo manipula durante unos segundos y se hace el silencio.

—Natalia, Natalia, querida, ¿cuándo vas a dejar de ser tan fría conmigo? Te estoy ofreciendo todo, y más que te daré si hace falta, tú disfruta, no te preocupes de nada. Venga, bañémonos en mi zona de playa privada, nadie puede entrar, me pertenece. Vamos a bañarnos desnudos. Es de noche, nadie podrá ver nada desde ninguna parte.

—Señor Martins, agradezco de verdad, pero no me apetece ahora. Y desnuda, claro que no, ¿qué se ha pensado? No voy a quedarme sin ropa delante de usted.

—Pasaremos un buen rato, ya lo verás.

—Subo a mi habitación, ¿sí? Discúlpeme.

Unos días más tarde, sucedió esto otro:

—Heitor, por favor, no se acerque tanto, estoy comiendo.

—Me gusta contemplarte con esta luz, estás divina, Natalia.

—No me toque (se oye un manotazo).

—Ay, qué arisca eres. ¿Sois así todas las esclavas? Qué frías, qué poco comprensivas con un admirador...

—Señor Martins, creo que esto está yendo demasiado lejos. Marcho de su casa, agradezco su interés hacia mí, pero creo que usted se confunde.

—Acabarás siendo mía tarde o temprano, querida. Vale, vale, come tranquila, ya me voy. Volveremos a hablar.

—Hay algunas grabaciones más —dice Bell cortando el audio—. Estas eran las más suaves. Por suerte, la señorita Vekareva ha grabado una gran parte de todos los acosos a los que se vio sometida. En cuanto lo veía aparecer, conectaba el vídeo de su teléfono. Imágenes no hay, porque tenía que disimular, pero ya ha oído la calidad del sonido. No cabe duda de que es su voz y es la de Natalia. ¿Cómo ha definido usted la denuncia por acoso continuado? «Burda mentira», creo. Ya ve que no hay mentira de ningún tipo. Más bien se queda corta, en mi opinión. Un cerdo así es un peligro para todas las mujeres que trabajan con usted.

—¿Cómo ha dicho? ¿Me ha llamado «cerdo»?

—Es posible que ese vocablo, utilizado como adjetivo calificativo, no sea la palabra más adecuada. Le pido disculpas.

—Ya era hora de que se disculpara usted alguna vez conmigo.

—Hijo de puta le cuadra más. Un auténtico cerdo hijo de puta.

—William, estás de servicio, tranquilo —dice Darren.

Tanto Thomas como Spencer se acercan a Bell, pues temen que de un momento a otro se abalance contra el señor Martins.

—Es muy posible que Isabella Winters también presente denuncia por acoso laboral continuado contra usted —exclama William calmándose de repente—. Me voy a ocupar, señor Martins, de indagar acerca de cuántas mujeres han sido acosadas por usted en su trabajo, prevaliéndose de una situación de poder. Por otra parte, creo que usted sabía que Isabella es la autora del crimen de Sandra Álvares.

—¿Isabella? No la creo capaz de hacer algo así —dice Martins con

sorpresa, que a todos les parece natural menos a Bell, que piensa que es fingida.

Bell mira a Martins con el mayor desprecio del que es capaz. Heitor se asusta ante esa mirada y deja de hablar. Sus compañeros están preocupados, temen que reaccione mal y que acabe golpeando al director, pero no sucede.

—Sea como fuere, queda usted detenido con los cargos de acoso sexual. En la comisaría tendrá lugar un interrogatorio y después habrá un careo con la señorita Natalia Vekareva. Si es necesario, le proporcionaremos un traductor jurado para que pueda expresarse como merece, sin las limitaciones que ahora tiene con el idioma.

Natalia sonríe, agradecida, y baja los ojos. Quiere explicar a Bell el porqué de su huida de la casa durante la madrugada, pero no ve el momento, pues es el propio William quien levanta a Heitor de la silla y lo saca de la casa, esposado como estaba

Nota de los autores

Esperamos que hayas disfrutado leyendo este libro tanto como nosotros disfrutamos escribiéndolo. Estaríamos muy agradecidos si puedes publicar una breve opinión en Amazon. Tu apoyo realmente hará la diferencia.

Conéctate con Adrián y Miguel Aragón

Si tuvieras alguna sugerencia, comentario o pregunta y deseas ponerte en contacto con nosotros por favor escríbenos directamente a adrian@autoresaragon.com. También nos puedes encontrar en:

[Amazon](#)

[Facebook](#)

[Twitter](#)

Saludos,

Adrián y Miguel Aragón

Otras obras de Adrián y Miguel Aragón

[Supremacía \(Max Cornell thrillers de acción nº 2\)](#)

[Secuestro \(Max Cornell thrillers de acción nº 3\)](#)

[¿Quién mató a Ángela Blanco?](#)

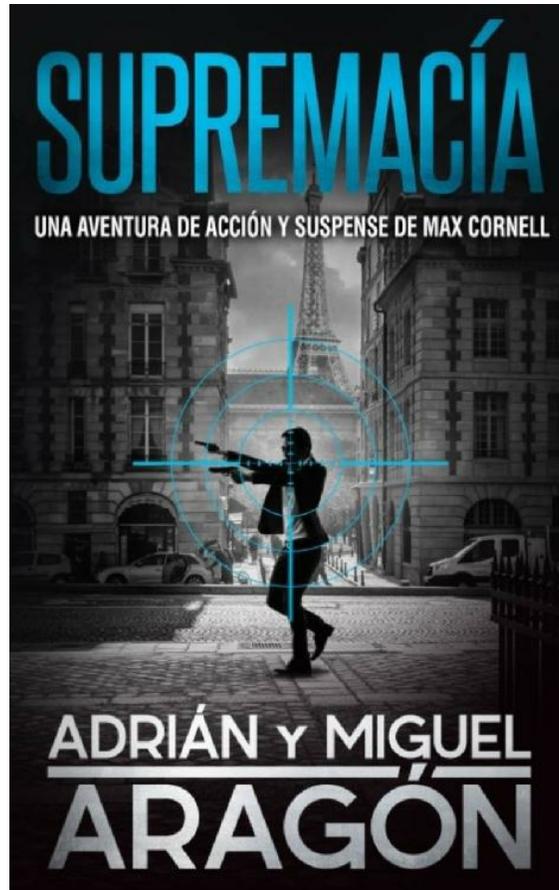
[El Asesino de las Cruces](#)

[Persecución Mortal](#)

[Infiltrado](#)

[Venganza de Sangre](#)

Supremacía (Max Cornell thrillers de acción nº 2)



La Sociedad Atón de París, integrada por importantes personalidades del mundo de la política y las altas finanzas, se presenta como un grupo dedicado a la promoción de estudios científicos y avances tecnológicos con fines humanitarios. Sin embargo, numerosas sospechas indican que, detrás de esta cara benefactora, se ocultan actividades ilegales y oscuros objetivos.

Escondido bajo el disfraz de un prestigioso político inglés, Max Cornell se adentrará en el seno de la Sociedad Atón para investigar las verdaderas tareas que este grupo lleva a cabo.

Un decisivo encuentro se dará entre los lúgubres laberintos de las catacumbas de París. Max se reunirá con Klaus Fablet, el enigmático líder de

la Sociedad; pero los hechos tomarán un giro inesperado cuando Max descubra que, como prueba de lealtad, deberá asesinar a la mujer que Klaus tiene secuestrada allí: nada menos que a Solange Dufort, la hija del primer ministro.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Secuestro (Max Cornell thrillers de acción nº 3)

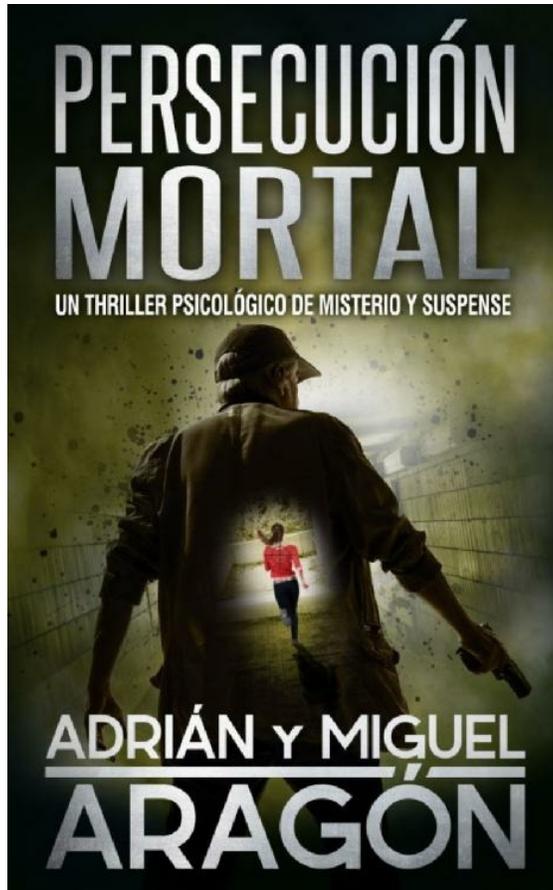


Max Cornell ha recibido un nuevo encargo de la SCLI. En esta ocasión los miembros del equipo deberán dispersarse por los cinco continentes en búsqueda de sus objetivos: sicarios tan expertos en el arte de la guerra como ellos

La integridad de la capital inglesa está en juego. Todo va bien hasta que uno de los objetivos se resiste a aceptar su destino. A cambio de su vida, ofrece información: detalles sobre la muerte de Arcángel que Max no podrá ignorar. Las consecuencias de estos nuevos datos son imprevisibles.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Persecución Mortal



Brad Moore es un sicario al que se le encarga la tarea de atrapar al responsable de hackear los sistemas de una importante empresa londinense que, al ver burlada su seguridad informática, corre el riesgo de que ciertos secretos turbios salgan a la luz.

Después de realizar minuciosas averiguaciones, Moore obtiene el nombre de la principal sospechosa: Crystal Connor, una joven graduada con honores en la carrera de Ingeniería Informática de la Universidad de Cambridge.

Inmediatamente, Moore comienza a seguir el rastro de la chica, hasta que repentinamente se entera de que ella había muerto algunos años atrás en un accidente automovilístico, justo después de su fiesta de graduación.

Todos aceptan esta historia como verdadera, a excepción de Moore, quien comienza a notar que ciertas piezas del rompecabezas no encajan.

Es así que el sicario se propondrá llegar al final del asunto en una carrera contrarreloj, colmada de crímenes, muertes misteriosas y oscuros secretos.

Disponible en Amazon – Adquiérela [AQUÍ](#)

¿Quién mató a Ángela Blanco?



En una noche oscura, el cadáver de una mujer es encontrado dentro de un contenedor de basura. Es el cuerpo de Ángela Blanco, una joven que había quedado minusválida tras un trágico accidente de coches que acabó con la vida de su madre.

El principal sospechoso del crimen es el enfermero de Ángela, un apuesto joven que fue contratado por la familia para cuidar de ella a tiempo completo.

El caso le será asignado al mejor detective de la ciudad, Félix Morales, quien deberá enfrentar uno de los casos más difíciles de toda su carrera profesional.

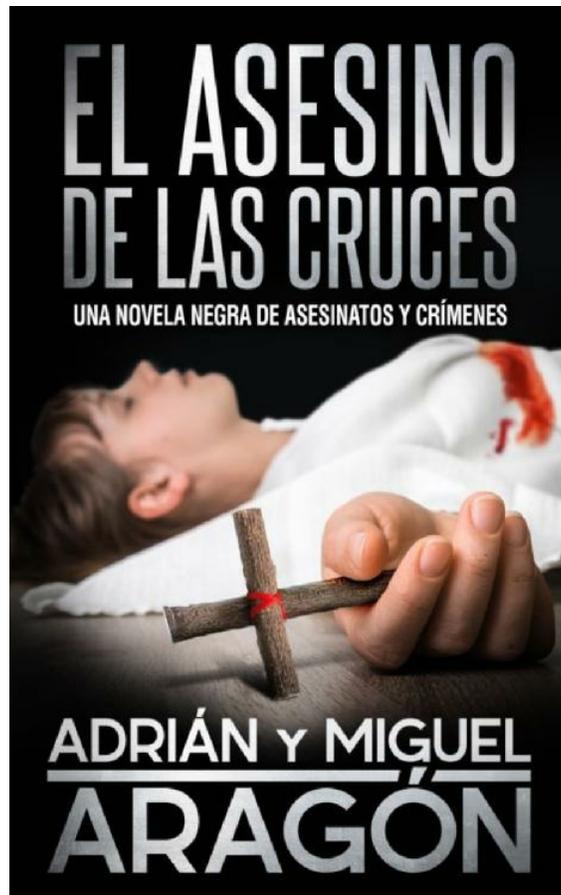
Morales tendrá que utilizar al máximo su inteligencia e intuición para

desenmascarar a un astuto y sigiloso asesino, que intentará despistarlo constantemente con falsos señuelos.

La ambición de poder, el amor y la envidia atraviesan la trama de esta gran novela de Adrián y Miguel Aragón, en la que al fin de cuentas, nada resulta ser lo que parece.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

El Asesino de las Cruces



Una serie de extraños asesinatos conmociona a toda la ciudad de San Luis. Los cuerpos ensangrentados de las víctimas presentan exactamente las mismas heridas y portan en sus manos el mismo objeto: una cruz.

El caso es asignado al mejor detective del departamento de homicidios de San Luis, el italoamericano Harvey Moretti, y a su habitual compañera, Sara Suhr. Juntos, emprenderán una de las investigaciones más importantes de sus vidas.

¿Qué motivos llevaron al asesino a cometer estos brutales crímenes? ¿Qué mensaje pretende ocultar detrás de aquellas marcas y cruces?

Harvey y Sara deberán enfrentarse a un criminal sumamente inteligente y

sigiloso, que actúa sin dejar pista alguna, calculando minuciosamente cada uno de sus movimientos.

La peculiar astucia de los detectives será su principal arma para develar el misterio y desenmascarar al temido asesino de las cruces.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Venganza de Sangre



Cameron West es un detective retirado de Filadelfia, que arrastra consigo un complicado pasado. Hijo mayor de una familia sin padre, siempre sintió la responsabilidad de proteger y enseñar a sus dos hermanos, aunque ellos nunca lo oyeron y terminaron involucrados en el crimen y las drogas.

Un día, una terrible noticia llega a oídos de Cameron: en Boston, Massachusetts, un narcotraficante es asesinado. Es Donovan, el más pequeño de sus hermanos.

Con el gran dolor de haber fracasado en su intento de ayudar a su familia, el detective moverá cielo y tierra para encontrar al asesino y llevarlo ante la justicia. Para esto, necesitará la ayuda de la inspectora a cargo de la

investigación, María Giganti.

Cameron cuenta con sus rápidos puños y una sangre fría excepcional para introducirse en el ambiente de las mafias locales. El sentimiento de culpa que le corroe el alma hará el resto.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Infiltrado



Una banda de ladrones tiene a la policía de todo el mundo desesperada: ya sean joyerías, bancos, cuadros de museos, las cuentas bancarias de millonarios o incluso otros ladrones, esta extraordinaria banda de delincuentes escapa cada vez sin dejar rastro, ni una sola pista.

La Interpol asigna el caso a Jack Dupont, policía sagaz y ambicioso, quien hará todo lo posible por detenerlos. Presionado por sus jefes, decide sacar de prisión a Simon Keller, inteligente y escurridizo ladrón, hábil conductor de todo tipo de vehículos, que más de un dolor de cabeza causó a la policía en otros tiempos.

Jack Dupont le ofrecerá a Keller un trabajo a cambio de su liberad:

infiltrarse en la banda para ayudar a capturar a los criminales. Ante esta oportunidad, Keller no dudará en aceptar, sin imaginar que esta experiencia cambiará radicalmente el rumbo de su vida.

Disponible en Amazon – Adquiérela [AQUÍ](#)